



UN AMOR



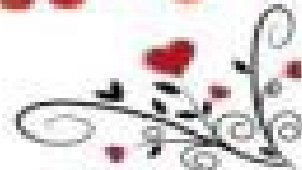
SALPICADO DE



PURPURINA



MARTINA LEIVA



UN AMOR
 SALPICADO DE
PURPURINA

MARTINA LEIVA

Primera edición.

Un amor salpicado de purpurina

©Martina Leiva

©enero, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Santoña, febrero 2014

Era un viernes por la noche y, después de ver una película, mi mejor amiga Marina y yo, acabábamos de salir del cine. Hacía muchísimo frío, así que ambas decidimos que íbamos a cenar en mi casa, donde ella también se quedaría a pasar la noche.

Mi nombre es Lucía, y tanto Marina como yo tenemos quince años y residimos en una preciosa villa costera en la zona oriental de Cantabria, que se llama Santoña.

Cuando llegamos a casa, encontramos a mi padre, Esteban, metido entre fogones. Aunque mi padre no era cocinero de profesión, sino profesor de música de primaria en un colegio de mi localidad; era un apasionado de la cocina y no había plato que se le resistiera. Mi madre llegaría un poco más tarde, cuando terminara su turno en el hospital, pues ella era enfermera de profesión y vocación.

Marina y yo nos conocimos en primero de primaria, hacía ya siete años, en el colegio donde mi padre impartía sus clases. Desde ese día nos volvimos inseparables.

Al entrar en el salón, nos encontramos con que mi padre tenía puesto un canal de la televisión autonómica de Andalucía, donde se estaba celebrando lo que parecía ser una gala en un teatro. En ella, salían varios presentadores con antifaces y plumeros dorados.

Extrañadas, ambas nos miramos, preguntándonos qué podía ser eso y, para salir de dudas, le preguntamos a mi padre que, en ese preciso momento, entraba en el salón.

—Papa, ¿tienes un momento? ¿Nos puedes explicar qué es eso que está puesto en la televisión?

—Claro cariño, es la Gran Final de los Carnavales de Cádiz. Una amplia muestra musical que abarca los temas desde varios puntos de vista. Un nuevo compañero del trabajo, que es gaditano, me ha hablado de este concurso, y al final, como buen profesor de música, he terminado viéndolo entero. Hoy es el día de la Gran Final, donde los mejores se juegan el primer puesto en cada modalidad.

—¿De verdad tenemos que verlo? Jo, es que me parece un rollo, y justo cuando en otro canal están dando un concierto de nuestro grupo favorito. Ese al que, por cierto, no me dejaste ir el verano pasado.

—Cariño, ese tema ya lo hemos hablado muchas veces. Con quince años no vas a ir a un concierto tú sola, además, los padres de Marina están de acuerdo con nosotros. Cuando tengas dieciocho años, irás donde te salga del alma, pero mientras tanto, no. Con el tema de la

televisión, ¿por qué no lo veis mientras cenamos? Y, si no os gusta, os vais a tu habitación, y allí veis lo que queráis. Aunque me apuesto lo que quieras, a que te va a atrapar igual que lo ha hecho conmigo.

—Buuuueeeenoooo veeeeengaaaaa, vamos a darle una oportunidad.

Al principio, tanto Marina como yo, éramos reacias a ver el chiringuito ese que había montado en la tele, pero para no dejar a mi padre solo, decidimos quedarnos con él a verlo, mientras esperábamos que mi madre llegara del trabajo.

Lo primero que apareció en pantalla, y según nos iba comentando mi padre entusiasmado, ya que parecía haberse vuelto un experto en la materia, fue una chirigota. Los participantes iban caracterizados de políticos y, según su opinión, tenían todas las papeletas para llevarse el primer premio.

No sabía si se llegarían a llevar algún premio, pero lo que sí os puedo decir es que nosotros nos reímos lo más grande.

En ese instante, llegó mi madre que, por lo visto, también se había enganchado a esto del carnaval.

—No he podido llegar antes, casi a la hora de salir, ha llegado un chico de vuestra edad que se había caído de un patín y tenía una herida muy fea.

Se quedó embobada frente a la televisión y le dijo a mi padre que se iba a cambiarse de ropa en un santiamén, ya que se había duchado en el trabajo, y venía a toda prisa para cenar y disfrutar del carnaval junto a él.

Como ya teníamos la mesa puesta, solo faltaba ir a la cocina a traer la deliciosa tortilla de patatas y la apetitosa carrillera al vino que mi padre había preparado hacía un ratito.

Mientras nos sentamos a la mesa para cenar, mi madre me preguntó cómo nos estaba yendo en el instituto. Ambas cursábamos tercero de la ESO y esa misma mañana habíamos tenido un examen de matemáticas, esas que me llevaban por la calle de la amargura. A pesar de que me pasaba horas estudiando y mi padre me lo explicaba con más paciencia que el santo Job, yo era incapaz de pillar los conceptos.

Después de que terminamos de cenar, volvimos al sofá para seguir disfrutando de los carnavales. Mis padres lo hicieron con una copa, mientras que nosotras nos conformamos con un refresco.

Justo en el momento en que nos sentábamos, apareció en la pantalla la que, con el tiempo, se convertiría en la comparsa de mis amores.

Me quedé prendada de sus voces, de su manera de cantar, de su afinación cantando... Vamos, de toda y cada una de sus cualidades.

Y ahí empezó, sin saberlo, la gran historia de mi vida. Esa que, como se suele decir, sin comerlo ni beberlo, iba a poner mi existencia patas arriba.



Mientras tanto, el mismo día en diferente lugar...

Cádiz, febrero de 2014

Rafa salía de jugar un partido de fútbol junto a su amigo Javi, y no paraba de meterle prisa.

Entre resoplido y resoplido, caía un empujón para que corriera más. Y es que estaba a punto de empezar el acontecimiento más esperado para un gaditano como él; no se trataba de la final de la Champions ni de un clásico entre Barcelona y Real Madrid, sino de la Gran Final del concurso de agrupaciones en el emblemático Gran Teatro Falla.

—Venga, tío, aligera, que si andamos más lentos vamos a terminar haciéndolo para atrás como los cangrejos. A este paso, voy a llegar cuando estén dando los premios.

—Joder Rafa, no seas *porculero*, que todavía no son ni las ocho y la final empieza a las nueve y media.

—Ya, colega, pero antes tengo que hacer una parada en el quiosco para comprar provisiones de chuches que me ayuden a aguantar toda la noche. También tengo que ducharme y preparar la cena, y al final, me coge el toro, ya lo verás, porque mi comparsa canta en segundo lugar.

—Mira que eres cansino con el mismo tema, que chinche de tío.

—Sí, sí, tú protesta todo lo que quieras, pero en cuanto tenga la edad, yo voy a cantar en ese grupo, y solo me quedan dos añitos.

—Pero ¿cómo vas a entrar ahí? Si en ese lugar solo cantan los mejores y, perdona que te diga, pero tú cantas menos que un grillo con reuma. Si el año pasado quisiste entrar en la coral del instituto para ir probando, y no lograste pasar de la secretaria de entregar la inscripción. Cuando el profesor de música te vio llegar, te sugirió que mejor lo dejaras para otro año, porque ese ya lo tenía completo.

—Pero es porque se dio cuenta de que me estaba cambiando la voz.

Minutos más tarde, al entrar en su casa...

—Mamáááá, ya estamos aquíííí!!!!

—Rafa, corazón mío, no soy sorda.

—Voy a mi habitación a dejar las cosas, y ya mismo estamos en el salón viendo la final.

—No creas que voy a estar toda la noche ahí, que eso es para gente como tú, no como yo, que me tengo que levantar a las seis para ir a trabajar.

Chari, la madre de Rafa, era una madre soltera que se ganaba la vida como limpiadora en unas oficinas. Además, durante los fines de semana, cogía todo el trabajo extra que le salía. Era una verdadera luchadora, sin el apoyo de una familia, que hacía todo lo posible por sacar a su hijo adelante.

Rafa y Javi, tras acabar la cena, se acomodaron a su lado para disfrutar de la final del concurso.

La imaginación de Rafa ya lo situaba encima de ese escenario, vestido con su disfraz y cantando junto a su comparsa favorita. Era tal su entusiasmo, que, en un determinado momento, quiso hacer un quejido cantando, y lo que le salió fue un gallo más grande que los que venden en Portugal para predecir el tiempo.

Su amigo Javi se estaba trinchando de la risa, pero lo que él nunca se habría imaginado es que, con el paso de los años y contra todo pronóstico, su amigo lograría cumplir el sueño más grande que había tenido. Un sueño que se haría realidad y que le cambiaría la vida para siempre, sacudiendo sus cimientos desde lo más profundo.

Capítulo 1



Lucía

En la actualidad...

Eran las doce y media de la mañana cuando, tras terminar el último examen de las oposiciones, Marina y yo salíamos de la Facultad donde se había realizado el mismo. Las dos llevábamos preparándonos esas oposiciones desde hacía meses, con todo el sacrificio que ello conlleva.

Los padres de Marina fallecieron en un accidente de coche cuando a ella le faltaban días para cumplir los 18 años, dejándola sumida en deudas y más deudas. Para poder salir de ese pozo, se vio obligada a venderlo todo. Se quedó con una mano delante y otra detrás, pero con la tranquilidad de que nadie, nunca más, aporrearía su puerta para cobrar. Desde ese día, mis padres la recibieron en casa como si fuera parte de la familia, y se hicieron cargo de su educación tanto como de la mía.

—Amiga, esta noche salimos. ¡¡¡Vamos a quemarlo todo!!! —me dijo en la misma puerta de la Facultad.

—Ni que lo digas. Estoy deseando salir a bailar y tomarme un cubata.

—Ahora ya solo nos queda esperar a los resultados y que el esfuerzo que hemos hecho haya dado sus frutos y tengamos nuestra recompensa.

Llegamos a nuestra casa, sí nuestra, porque fue un regalo de mis padres a las dos por finalizar la carrera con unas notas buenísimas. Mis padres no es que nadaran en dinero, que eran dos trabajadores normales y corrientes, pero recibieron una pequeña herencia de un pariente lejano y, como hormiguitas que eran, lo dejaron en una cuenta a plazo fijo a nombre de Marina y mío. No era muy grande, pero para las dos teníamos más que suficiente.

Era un pequeño apartamento a pie de playa porque, aunque aquí el tiempo nos daba pocas oportunidades de poder disfrutar de ella como tal, tanto Marina como yo, éramos dos enamoradas del mar. Tenía una cocina bastante amplia, que se abría al salón por medio de una península, que usábamos para desayunar la mayoría de las mañanas.

Cada una teníamos un dormitorio, los dos iguales de tamaño, porque hicimos unas reformas y los tres pequeños dormitorios que tenía, los transformamos en dos más grandes, con un pequeño vestidor que ambas compartíamos. En el pasillo había una despensa y un cuarto de baño completo, con un lavabo con dos senos y una encimera de mármol donde teníamos todos nuestros productos de belleza.

—Tengo una llamada perdida de mi padre, no me he acordado de que lo tenía en silencio, voy a ver que quería —le comenté a Marina, saliendo hasta la pequeña terraza que estaba al lado del salón.

—Vale, mientras tanto, voy preparando la comida —me contestó ella, que tenía la misma habilidad y pasión por los fogones que mi padre. Yo no sabía freír ni un huevo. Es más, el aceite caliente me daba pavor, y cuando tocaba hacerme la comida, porque estaba sola, optaba por un sándwich de pavo, y mucho era.

Cogí el teléfono y marqué el número de mi padre, recibiendo respuesta al segundo tono, seguro que estaba esperando mi llamada.

—¿Qué quiere el amor de mi vida? —le dije a mi padre en cuanto contestó, pues esa era la manera en que yo le hablaba siempre cuando me llamaba.

—En primer lugar, saber cómo os salido ese último examen, y en segundo, preguntarte si podéis pasar por mi casa un momento —me contesto mi padre.

La casa de mis padres estaba a la vuelta de la esquina. Vamos, que, si pegaba un buen grito, se enteraba a la primera.

—Marina no creo que pueda, porque está metida en la cocina preparando la comida, pero yo estoy ahí en cinco minutos.

—Venga, pues da un salto que te espero aquí.

En cuanto llegué a casa, mi padre me recibió con un gran abrazo y me comió la cara a besos. No importaba la edad que tuviera, para él siempre sería su niñita consentida.

A continuación, fuimos hasta el salón, donde me tenían preparados unos aperitivos y, junto a ellos, había un sobre.

—Vamos cógelo, es para vosotras — me dijo mi padre, con una cara de ilusión que no era normal. Parecía que era la mañana de Reyes y yo volviera a tener cinco años.

—¡¡¡No me lo puedo creer!!! ¿¡Esto es en serio!?! —le dije a mi padre totalmente sorprendida.

—Sí, cariño, totalmente en serio, puedes creerlo.

—¡Ay, qué ilusión! ¡¡¡¡Por fin, uno de mis sueños hecho realidad!!!!

—Le dije a tu madre que te pondrías así. Parece que te hemos regalado un pase privado para el concierto de un cantante famoso.

—Mejor papa, mucho mejor, créeme. Sabes que el sueño de mi vida siempre ha sido ver el carnaval en directo, y vienes tú y me regalas dos entradas para la gala que se va a celebrar aquí la semana que viene. ¡¡¡Y encima viene mi agrupación favorita!!! ¿Sabes que eres el hombre de mi

vida?

—No seas tan zalamera, anda. Le dije a tu madre que te pondrías así. —Se reía.

—¡Deja que se lo diga a Marina!

—Créeme cuando te digo que a tu amiga no le va a hacer tanta ilusión como a ti, aunque también tengo claro que te acompañaría hasta el Infierno si hiciera falta.

Salí corriendo hacia mi casa para darle la noticia a Marina. Físicamente, éramos totalmente opuestas. Mientras que yo era morena de ojos verdes, ella era rubia de ojos azules, juntas parecíamos Zipi y Zape. En lo referente a personalidad, también éramos como la noche y el día, porque yo era la típica chica tímida a la que todo le daba vergüenza, y Marina era mucho más arrojada y atrevida que yo, pero nos complementábamos a las mil maravillas.

—Marina, ¿a qué no sabes lo que me ha regalado mi padre por haber terminado las oposiciones? —le dije nada más entrar por la puerta.

—¿Pues no sé hija, un coche? Porque visto lo visto con tu familia, me da la impresión de que tienen un árbol que, en lugar de hojas, da billetes de quinientos —me contestó ella con ese arte que tenía.

—Que no tonta, mucho mejor.

—¿Mejor que un coche? Si me dices que es un avión, y no de los de Playmobil, me caigo muerta ahora mismo.

—Qué payasa eres, coche ya tengo el de mi madre que, aunque tiene unos añitos, sabes que es vintage y me encanta. Sigue probando.

—Chica, pues no sé, no se me ocurre nada ahora mismo.

—¡Dos entradas para la gala de carnaval de la semana que viene!

—¿¡Y eso es mejor que un coche!? La madre que te parió. Sabes que te acompañaré, pero no es una cosa que me quite el sueño, fíjate.

—Tía, que viene mi agrupación favorita. —Le lloriqueé poniendo la cara del gato de *Shrek*.

Automáticamente, ella pegó una carcajada que yo creo que hasta mi padre la oyó desde su casa. Ella era conocedora de mi sueño de escuchar esa agrupación en directo, pero no se había dado la oportunidad. Porque, cuando venían a Santoña, normalmente se terminaban las entradas antes de que me enterara y el ir a Cádiz en carnaval era totalmente inviable para nosotras.

—Anda tontita, si sabes que voy contigo encantada. Todo sea por conocer a un gaditano

gracioso que me quite las penas, que últimamente con eso de las oposiciones, hace mucho tiempo que no me doy un homenaje.

—Desde luego, hija, tú siempre pensando en lo mismo —le respondí mirándola a los ojos.

Y es que, para mí, el sexo sin amor era prácticamente inconcebible. Había tenido una pareja durante cuatro años, pero aquello terminó hacía unos meses, porque nos dimos cuenta de que, más que amor, era costumbre, y decidimos dejarlo y mantener nuestra amistad intacta. Desde entonces no había vuelto a estar con nadie. Me centré en mis oposiciones y en sacar la mayor nota posible para poder sacar mi plaza y reírme del mundo con mi trabajo fijo.

Desde que terminamos la carrera y mientras nos preparábamos las oposiciones, para no depender de mis padres, nos buscamos un trabajo en una tienda de ropa deportiva. Sabíamos que dejaríamos ese trabajo en cuanto nos asignaran nuestras plazas. Lo único que realmente deseábamos era que nos tocara juntas, sin importar el lugar, así que incluso habíamos puesto velas a todos los santos habidos y por haber.

Y por fin llegó el día de la gala. Ese día me levanté muy, muy nerviosa. Incluso más todavía que cuando presenté el trabajo de fin de carrera.

Me fui al vestidor a decidir mi *outfit* para esa noche, todo me parecía mal. O era demasiado arreglado, o demasiado informal. No me veía bien con nada.

—¿Me quieres explicar, por favor, qué coño te pasa? —me decía Marina totalmente desesperada —Chica, ni que fueras a la gala de los Oscar. Si tú estás guapa hasta con una sábana por encima, así en plan fantasma. —Se reía.

—Calla, calla, no me pongas más nerviosa de lo que estoy.

Al final, me decanté por unos vaqueros azul oscuro de pitillo que, según mi amiga, me hacían un culo de infarto. Yo no era ni demasiado delgada ni demasiado gorda, tenía curvas donde debía tenerlas, como decía mi madre. Un chaleco azul pastel con raya diplomática en azul marino, a modo de top, cuya botonadura era cruzada y, de ese modo, quedaba un escote en «V» la mar de atractivo. Lo combiné con unas cuñas azul marino y una americana del mismo color porque, aunque estábamos en verano, en mi tierra siempre refresca.

Y ahí estábamos las dos, en la puerta de esa sala de fiestas donde se iba a celebrar la gala de carnaval, esperando nuestro turno para entrar y ver qué nos deparaba la noche.

Capítulo 2



Rafa

Soy Rafa, y, como buen gaditano de pro, carnavalero de vocación y butanero de profesión. La verdad es que ser butanero no era el sueño de mi vida, pero mientras preparaba las oposiciones para entrar en la policía, me servía para ayudar a mi madre en casa. Diréis que con veintiséis años que tenía, ya era hora de que estuviera independizado, y tenéis razón, no os voy a discutir lo contrario, pero es que la Chari es mucha Chari. Nunca conocí a mi padre, ya que mi madre fue madre soltera.

Os cuento, mi madre era natural de un pueblecito con mucho encanto de la sierra de Cádiz, Setenil de las Bodegas. Con quince años, entró a trabajar en el servicio doméstico en una casa de una familia pudiente, allí en su pueblo. Ella estaba contentísima, el sueldo era bueno, tenía un techo y comida gratis, lo que le permitía ahorrar todo lo que ganaba, porque era una mujer sencilla que no gastaba en demasiado.

Todo iba bien hasta el día en el que apareció en escena el hijo de los señores. El típico señorito andaluz con mucha labia, que conseguía de las mujeres lo que quería sin el mayor esfuerzo. Mi madre terminó enamorándose de él hasta las trancas, pues le prometía que, en cuanto terminara sus estudios y tuviera un futuro laboral, se la llevaría de allí y formarían una familia. Y ella, como una tonta, cayó en sus redes.

Resumiendo, un buen día se vio en la calle, embarazada de casi meses de mí, sin trabajo y con sus pocas pertenencias metidas en una maleta. Con la vergüenza de que la señalaran por la calle, al ser un pueblo pequeño, las noticias corrían como la pólvora. Además, el temor de cruzarse con mi padre la llevó a tomar la decisión de mudarse a la capital, donde esperaba comenzar de nuevo y dejar atrás todo lo que había vivido.

Mis primeros años los pasamos viviendo en lo que aquí se llama «un partidito», que no es otra cosa que un pequeño apartamento de un dormitorio, en una azotea y que, para los dos nos servía. Mi casa tenía tanta humedad, que no era necesario ir a mariscar a las rocas de la playa, si había suerte y llovía, al día siguiente podías coger cangrejos en la pared del salón.

Afortunadamente, y con mucho esfuerzo y trabajo de mi madre, a los cinco años, pudo comprar su pisito, ese en el que vivíamos ahora. Era un piso de dos dormitorios en la zona de Campo del Sur, con un amplio balcón que daba al mar. Nunca fui muy amante de los deportes náuticos, aunque si me gustaba respirar ese aroma tan característico que desprendía la playa por la mañana.

Desde que tengo memoria, el carnaval ha sido una de mis pasiones más grandes, y siempre he soñado con salir en la comparsa de mis amores, esa que era una de la más laureadas, y ha sido

reconocida como una de las mejores en los últimos años.

Nunca me ha gustado estudiar, e intenté dejar los estudios al terminar cuarto de la ESO, pero mi madre no me lo permitió. Siempre me decía que no se había matado a trabajar para sacarme adelante, y que yo, su hijo, terminara siendo un *donnadie* que, el día de mañana, no tuviera donde caerse muerto.

—Si tienes capacidad para aprenderte las letras de carnaval, esa capacidad la tienes también para los estudios, no hay discusión posible —me decía cada vez que tenía la oportunidad.

—Joe mamá, es que no es lo mismo, el carnaval me gusta y la historia no.

—Pues ya sabes, el que algo quiere, algo le cuesta. Y procura sacar de un siete para arriba, porque como me suspendas alguna, te doy un sopapo que tocas las palmas con las orejas.

Esa era la única condición que me puso: «quieres salir en carnaval, pues a hincar codos». Y eso hice, hincar codos hasta que terminé el bachillerato, y ahí me planté, no quise seguir estudiando.

Mi amigo inseparable, mi *bro*, Javi, él sí siguió estudiando, y terminó Magisterio en Educación Física. Actualmente estaba trabajando en un colegio cerquita de casa, ya que ambos vivíamos en el mismo edificio.

Mi sueño de entrar en la comparsa en cuanto cumpliera los dieciocho años, se alargó hasta los veinte, pues antes estuve haciendo infinidad de cursos *on-line* para prepararme para ello. Además, lo iba compaginando con la academia a la que me inscribí para prepararme para los exámenes de la policía.

Era un tío atractivo, aunque suene un presumido que yo lo diga, pero tanto Javi como yo, llamábamos la atención por la calle. Ambos medíamos alrededor de un metro ochenta y cinco, morenos y de ojos color miel en mi caso, mientras que él los tenía marrones. Éramos de complexión fuerte y atlética, ya que a los dos nos encantaba hacer deporte y mantenernos en forma.

Él tenía a todo el claustro de profesores loquito por sus huesos, y yo, con mi trabajo de repartidor de bombonas de butano, digamos que alguna que otra insinuación también había tenido.

«*Métemela aquí, que ya luego mi marido me la mete adentro*», para mí era muy común escuchar eso, y no refiriéndose a la bombona precisamente.

Nuestra vecina Paca, que era una adorable anciana de setenta y cinco años, cada vez que coincidía por las escaleras con alguno de los dos, siempre tenía la misma conversación.

—A ver si lleváis a mi nieta al cine o a tomar algo por ahí, que con lo bonita que es, no le sale novio.

—Un día de estos, señora Paca —era nuestra contestación siempre.

Y es que, no encuentro las palabras para describir a Nuria, la nieta de la señora Paca. No es que fuera fea la muchacha, es que era un poquito incómoda para la vista. ¿Habéis visto la serie de Betty la Fea? Pues Betty era Bo Derek al lado de esta muchacha. Dicen las personas mayores que, antes, cuando una mujer quería que le saliera un novio, iba a San Antonio y le enseñaba el tirante del sujetador. Pues tantas veces fue la pobre, que ya el santo le decía cuando había repetido ropa interior.

Bueno, a lo que iba, que me voy por los Cerros de Úbeda. Yo me tomaba mi trabajo temporal muy en serio pues, con esos ingresos, ayudaba a que mi madre estuviera un poco menos deslomada de trabajar.

Pero que me lo tomara en serio no quiere decir que perdiera mi esencia al trabajar, y siempre iba con una sonrisa en la cara. Y es que ese era mi *modus operandi*, tomármelo todo con filosofía.

—Ya está aquí el butanero de la alegría, para que te laves el chumino con agua calentita, lo mismo por la noche que por el día. —Así decía cada vez que paraba mi camioneta en un barrio.

Y es que yo pasaba del típico «Butaaaaanooooooooo» o el chocar las bombonas para alertar a los vecinos de que estaba el camión de reparto allí. Sí, soy peculiar, lo reconozco.

Ese fin de semana, me tocaba cantar con mi comparsa, el viernes por la noche en Madrid y el sábado en Santoña. A mí me encanta, pero llega un momento en el que tanto viaje y tanto ajeteo, me hacía plantearme el dejarlo, ya que no podía hacer planes con mis amigos.

Cuando no tenía que cantar fuera, me gustaba salir con Javi por ahí. Esa semana, el jueves era festivo, y decidimos ir a un local nuevo que había abierto hacía poco y que era de ambiente ochentero.

—*Bro*, me muero por tomarme un ron con cola bien cargadito. Hace mil años que no me tomo uno —le dije a Javi tal y como entramos en el local.

—Pues venga, ya estás tardando en ir a por dos, uno para ti y otro para mí. Te espero en aquella mesa del rincón, antes de que nos la quiten.

A la vuelta, vi a dos preciosidades bailando en la pista, y en cuanto llegué a la mesa, se lo dije a mi amigo.

—Vamos a la pista que hay dos bombones bailando que quitan el sentido.

—Una de dos, o ligas, o te ganas un guantazo de esos de los que te cambian los empastes de sitio. —Se reía.

Y allá que fuimos los dos, a la conquista de, lo que yo pensaba que eran, tierras extranjeras.

—¡Ole las mujeres de *guirilandia*! Si fuera diabético, no me importaría morir de una subida de azúcar por dos bombones como vosotras. —Salió por esa boquita mía. Y es que, a veces, hubiera sido mejor que fuera mudo.

—¿*Guirilandia*? ¿En serio te funciona eso para ligar? — me dijo la rubia, que tenía un cuerpo de los que provocan infartos.

La morena me echó una de esas miradas que intimidaban, de las que no sabes si se te van a tirar a comerte los morros o a arañarte la cara.

—Te quieres ir ya, chaval, *guirilandia* ni *guirilandia*, si nosotras somos de la Viña, más gaditanas no podemos ser las dos —me contestó la morena con una cara de asco que daba gusto verla.

—Mujer, tampoco hay que ser tan desagradable, con decir que no os interesamos, es suficiente —le dije yo.

—Eso chica, que no hay que perder los modales —le respondió la rubia.

—Tía, ¿pero no te das cuenta de que estos carnavaleros son todos iguales, que se creen que a las tías se les van cayendo las bragas a su paso? Son más simples que el mecanismo de un botijo. Si tienen una neurona más que un caballo para no ir cagándose por los pasillos — soltó la morena y se quedó tan ancha.

A todo esto, mi amigo Javi estaba que se tiraba al suelo de la risa. Ni qué decir tiene que me comí los mocos esa noche.

Y llegó el momento en el que nos montamos en el autobús para ir hasta Santoña. Hasta Madrid habíamos ido en AVE, pero desde allí hasta el siguiente destino, nos tocaban unas cuantas horas de carretera.

Capítulo 3



Lucía

Y ahí estábamos las dos, dentro de la sala de fiestas, ocupando nuestras localidades que, no sé cómo lo pudo hacer mi padre, pero estaban situadas en la primera fila y justo en el centro.

Veíamos el escenario en su totalidad, y el ambiente era inmejorable.

—Te juro que me sudan hasta las manos, es como si tuviera que cantar yo —le dije a Marina que, sentada a mi lado, me miraba totalmente asombrada.

—Es que no me lo puedo creer, estás más nerviosa que en el primer examen de las oposiciones.

—Ni que lo digas, tengo una sensación muy extraña.

En ese momento, Marina giró la cabeza y me miró, como preguntando si era tonta de nacimiento o lo había perfeccionado con los años.

Pensareis lo mismo que ella, pero es que yo tenía como una especie de presentimiento, era como si intuyera que mi vida iba a cambiar. Tras varias horas de espectáculo, llegó el momento que llevaba esperando desde que llegamos.

—Y con todos ustedes, señoras y señores, ¡una de las agrupaciones más premiadas en los últimos años! —anunció el presentador.

El grupo, con su colorido disfraz, se situó encima del escenario, y se dispusieron a afinar los instrumentos. Un escalofrío me recorrió la espalda y por un momento, nuestras miradas se cruzaron.

Intentaba disimular, desviando mi mirada hacia el lado contrario, pero no todas las veces me era posible.

—¿Te has fijado en el *buenorro* de la esquina? No te quita el ojo de encima —me dijo Marina en un susurro.

—¿Quién? ¿El butanito? Tú estás chalada, tía. ¿Cómo me va a mirar a mí? Habrá dejado la mirada perdida en algún punto fijo.

—Sí claro, y qué casualidad que ese punto fijo sea el lugar donde tú te encuentras.

Y así pasamos toda la actuación, él mirándome y yo evitando su mirada. Cuando terminó la

gala, fuimos hacia la barra a pedir una copa, yo porque la necesitaba, y Marina porque se apuntaba a un bombardeo.

—Tú dirás lo que quieras, pero el butanito ese se ha llevado toda la actuación mirándote como si fueras un refresco con hielo en medio del desierto.

—Da igual, aunque así fuera, ¿qué pinto yo con un chico así? Si mañana mismo él estará en Cádiz y yo seguiré aquí, en Santoña.

—Hija mía de mi alma, ¿pero tan malo es que le des una alegría al cuerpo? No te estoy diciendo que te cases con él, solo que echas un buen polvo, que falta te hace. Porque yo lo tengo claro, como se me acerque el que tocaba la guitarra, va a componer más de una melodía en mi piel. Vamos, que no se escapa esta noche —me comentó riendo la muy puñetera.

Así estuvimos un buen rato, con el tira y afloja de por qué sí y por qué no. Cuando nos dimos cuenta, justo detrás de nosotras, estaban los dos, el que llamaban «el butanito» y el que tocaba la guitarra.

—¿Qué hacen dos bellas damas del norte tan solitas en la barra? —preguntó el denominado «butanito».

—Pues nada chico, aquí esperando a que dos gaditanos salados nos inviten a una copita —le contestó Marina.

—Ole ahí las mujeres directas, sí señor, pero que digo yo que antes tendremos que saber cómo os llamáis, es lo mínimo. Mi nombre es Rubén, y este es mi compañero Rafa.

—Hola, yo soy Lucía y esta es mi amiga Marina —respondí sin saber de dónde me había salido la voz.

—No podías tener un nombre más apropiado, porque tienes un resplandor que ni el sol de agosto en las aguas de La Caleta —dijo Rafa muy poético.

—Déjate de historias, chaval, que tú quieres lo que quieres, y créeme cuando te digo que yo voy a hacer todo lo posible porque eso suceda —soltó Marina por esa boquita, y yo no sabía dónde meterme.

Una hora estuvimos con ellos en aquel local, hasta que Rubén nos preguntó si queríamos dar un paseo por la playa.

Íbamos por parejas, Marina y Rubén delante, y Rafa y yo detrás. En ese paseo, más de una vez, la mano de Rafa rozó la mía «sin querer», nuestros amigos iban de la mano desde que salimos de la discoteca. Me hacía reír con sus ocurrencias, y llegó un momento en el que me sentí muy cómoda a su lado, era como si nos conociéramos de toda la vida.

Cuando nos dimos cuenta, estábamos los dos solos. Tan enfrascados íbamos en nuestra conversación, que ni habíamos notado que Rubén y Marina ya no estaban.

—Estos dos ya están camino al hotel, te lo digo yo —fue Rafa el que se dio cuenta.

—O de nuestra casa, que también puede ser.

—¿Vivís juntas?

—Sí, compartimos piso, pero eso es una historia muy larga de contar.

—Yo todavía vivo con mi madre, y no me vayas a decir eso de independizarme que ya me lo sé de memoria —me dijo riendo.

—Para nada, para nada, cada uno vive donde quiere o donde puede.

Tras varios minutos más paseando, llegamos a mi casa, esa en la que no se veía luz, lo que significaba que estaba vacía. Nos paramos en el portal y, por una vez, decidí hacer caso a la loca de mi amiga y le invité a subir. Total, ¿qué malo podía haber en pasar un buen rato?

—¿Estás segura de esto? Porque te garantizo que al Monopoly no voy a jugar. También te digo que no estoy buscando nada serio, y menos aún a distancia. Me quiero centrar en conseguir mi plaza de policía y que mi madre se sienta totalmente orgullosa de mí.

—Estoy totalmente segura de todo, aunque no lo parezca. Yo tampoco busco nada serio, hace unos meses que salí de una relación y no tengo la menor intención de empezar otra.

—Pues una vez aclarado todo...

Se lanzó a mi boca como si estuviera hambriento y en ella encontrara el más succulento de los manjares. Puedo jurar que, en toda mi vida, me habían dado un beso de ese calibre. Con un simple beso, me había calentado de tal manera, que no era capaz de meter la llave en la cerradura de mi casa.

Tal y como atravesamos la puerta, me echó contra la pared, pegando su cuerpo al mío, y haciendo que ardieran mis entrañas. Tenía toda la pinta de que iba a pasar una noche memorable, de esas que cuestan olvidar.

La ropa voló antes de que llegáramos a mi dormitorio, no me dio tiempo ni a enseñarle el piso. Con su mirada, y sin dejar de besarme, me preguntó cuál era la mía, cosa que le hice saber dándole una patada a la puerta.

Con todo el mimo del que fue capaz, me dejó sobre la cama, y pude admirar su cuerpo totalmente desnudo. Si vestido llamaba la atención, desnudo era todo un deleite mirarlo. Una obra maestra de la naturaleza.

Cuando se arrodilló entre mis piernas y las abrió, creí que moriría de vergüenza, pero se dio cuenta e hizo una broma para rebajar mi tensión.

—No me vayas a decir ahora que eres virgen, porque me caigo en redondo —dijo entre risas.

—No, por favor, solo que, a mi anterior pareja, el sexo oral no le gustaba mucho. Él iba al grano, pasaba de preliminares.

—Que tu pareja fuera un remilgado, no es culpa de los demás. Y a mí, personalmente, el sexo oral es algo que me fascina y disfruto muchísimo. Así que déjame que te muestre los placeres a los que no estás acostumbrada.

Acto seguido, metió su cabeza entre mis piernas, paseando su lengua por todo mi sexo, sin dejar un rincón que saborear. Me agarré a la ropa de la cama, pues pensaba que me iba a dar algo. Me llegó un orgasmo como no había tenido en mi vida, dejándome casi sin aliento. Con una sonrisa en los labios, se fue hasta su pantalón de cuyo bolsillo sacó un preservativo y, tras ponérselo, entró en mí de una sola estocada.

Estuvimos enredados durante varias horas, en las que repetimos una y otra vez, como si no estuviéramos bastante saciados el uno del otro. Una vez terminamos, lo vi levantarse y buscar su ropa por el suelo para vestirse. No estaba acostumbrada a eso, ni a una noche de sexo salvaje ni a que, nada más terminar, la otra persona se fuera.

—Bueno preciosa, ha sido un placer, pero el tren sale dentro de dos horas y tengo que pasar por el hotel a recoger mis cosas.

—Te acompaño a la puerta —le dije tras ponerme una bata.

Cuando llegamos a la salida, me dio un breve beso en los labios y salió sin mirar atrás. Sabía que era lo correcto, lo que habíamos hablado, pero no por eso no tuve una sensación de vacío, como si me faltara algo.

Me metí en la ducha y me acosté a descansar un poco, a la espera de que llegara Marina para que ambas nos pusiéramos al día.

Capítulo 4



Rafa

Acabábamos de llegar a Santoña, y estábamos en la puerta del hotel esperando a que nos hicieran el registro. Normalmente cogíamos el camino de vuelta a casa después de cada actuación, pero en este caso, y sabiendo que terminaríamos de cantar tarde, decidimos quedarnos allí a dormir y salir en el primer tren de la mañana.

Descansamos un poco del trayecto, y nos fuimos a hacer la prueba de sonido. Sé que este era mi sueño desde muy pequeño, pero cada vez tenía más claro que esta etapa estaba llegando a su fin.

—*Yo me enamoré de ti...* —Empezamos a cantar en el local donde se realizaría la gala.

—Bueno, pues ya está todo listo, vamos a prepararnos que están a punto de abrir las puertas de la sala —dijo el director de la agrupación.

—Rafa, ¿puedes quedarte un momento y me ayudas a colocar el *attrezzo*? —me preguntó Rubén, mi compañero y guitarra. Yo sabía que no era para eso, porque él siempre lo hacía todo solo.

—Claro, dime en qué puedo ayudarte.

—No es nada, solo quería estar contigo a solas un rato. Te noto muy decaído últimamente, ¿algún problema en casa? Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, compañero. Gracias a Dios no hay nada preocupante, tú sabes, el día a día. Lo que pasa es que ya estoy cansado de ir de acá para allá. Entre el trabajo, la academia y la comparsa, no me da la vida. Estoy pensando muy seriamente en dejar la comparsa, porque es evidente que el trabajo y la academia no los voy a dejar.

—Venga ya, hombre, esto es solo un momento de debilidad, eso se soluciona echando un buen polvo que te quite hasta los pensamientos. Esta noche nos buscamos dos buenas *chatis*, y asunto resuelto, ya verás.

—Pues falta me hace, no te digo que no, que ni para eso tengo tiempo —respondí entre risas.

Y llegó el momento de salir al escenario, pues ya el presentador de la sala nos había anunciado. De pronto sentí algo muy raro, pero no le di importancia. «Los nervios», me dije.

Nada más subir, me fijé en dos chicas que estaban sentadas en la primera fila. Bueno, más

concretamente en una de ellas. Tenía unos ojos que me cautivaron, con unas pestañas espesas que parecían dos abanicos. Me llevé toda la actuación pendiente de ella y de sus movimientos, esos que delataban que ella también se había fijado en mí, pero intentaba disimularlo.

Una vez que terminamos de cantar, me fui corriendo a cambiarme de ropa, antes de que perdiera la oportunidad de conocerla y quedarme con las ganas.

—¿Dónde vas con tanta prisa, *quillo*? Esto no tendrá nada que ver con una morena con ojazos que estaba sentada en la primera fila, ¿verdad? —me dijo Rubén con mucho arte.

—¿Tú también la has visto? Joder, con lo buitres que son esta gente, como se adelante alguno, se acabaron mis posibilidades —le contesté apenado.

—Venga ya, como si fuera posible que se fijaran en los demás estando tú. Y sí, la he visto, pero yo me inclino más por la amiga —respondió entre risas.

—Pues ya estás tardando en vestirme y en salir de aquí, te espero en la puerta.

Salí del vestuario, tratando de encontrar a esos dos pibones con la mirada, porque, estaba seguro de que donde estuviera una, iba a estar la otra. Después de cinco minutos intentando localizarlas, lo di por imposible, había demasiada gente.

—¡Me cago en todo lo que se menea! Llevo desde que he salido intentado localizarlas y no hay manera. Estoy por coger el micro y llamarla —comenté a Rubén en cuanto salió del vestuario.

—Pues estaría precioso, vamos. Como cuando se pierde un niño en la playa, *«ding dong ding, atención se ha perdido una muchacha morena que estaba sentada en la primera fila, viste pantalón vaquero y chaleco celeste a rayas, si alguien la encuentra, se ruega la lleven a la puerta del vestuario. Ding dong ding»*.

No podía parar de reír, es que este Rubén tenía cada ocurrencia que era peor que yo. Al cabo de un rato, mi amigo las localizó en la barra. Nos abrimos paso hasta llegar a ellas y nos situamos justo detrás. Te juro que no escuchaba lo que estaban hablando, era como si me hubiera quedado hipnotizado con esos ojos.

—¿Y si salimos de aquí y vamos a dar un paseo por la playa? —preguntó Rubén en un momento dado.

—Por nosotras perfecto, que está el ambiente demasiado cargado ya —contestó la amiga, que resultó que se llamaba Marina.

Estuvimos paseando por la playa, hasta que nos dimos cuenta de que estábamos solos, tanto Marina como Rubén habían desaparecido. Llegó un momento en el que la incomodidad que veía en ella al principio se esfumó, e hice varios intentos «sin querer» de rozarle la mano.

Casi sin darnos cuenta, llegamos a la puerta de su casa, esa en la que parecía que no había

nadie. Cuando me preguntó si quería subir, las dudas me asaltaron. No quería que se sintiera obligada a nada, pero creo que en realidad era una excusa que yo me había buscado para intentar disimular mis inseguridades. Podía ser muy fácil enamorarse de Lucía, y eso estaba totalmente fuera de mis planes a corto plazo. El tener pareja, digo, y mucho menos a tanta distancia. Mi vida estaba en Cádiz y no estaba dispuesto a que eso cambiara.

Una vez que todo quedó claro, me lancé a la acción, y lo hice como yo sabía hacerlo. Con un beso, sentí que se estremecía, y yo pretendía que ese temblor fuera aún más intenso.

La ropa voló antes de llegar a su dormitorio, donde la posé en la cama con toda la delicadeza de la que era capaz y ella se merecía. Verla desnuda, y completamente sonrojada, fue para mí un deleite total. Tan avergonzada estaba, que tuve que bromear con ella para intentar calmar sus nervios.

Lo que sentí al saborearla era comparable a cuando te comes una fruta fresca en pleno verano. Cuando logré que culminara en mi boca, pensé en lo que se había perdido el idiota de su exnovio.

Me levanté corriendo a buscar un preservativo en el bolsillo de mi pantalón. Quien dice uno, dice varios, porque mi intención era aprovechar la noche todo lo que pudiera, e intentar saciarme de ella, ya que sabía que era más que probable que no nos volviéramos a ver nunca más.

Cuando entré en ella, sentí como si estuviera tocando el cielo con mis propias manos. Nunca había experimentado algo así antes, y supe en ese instante que esa noche quedaría grabada en mi memoria para siempre.

Repetimos no una ni dos veces, sino todas la que tuvimos oportunidad, hasta que, de repente, miré el reloj y comprendí que el tiempo se me escapaba como arena entre los dedos.

Me levanté, busqué mi ropa y me despedí de ella, que me acompañó a la puerta. Le di un breve beso en los labios y salí andando sin mirar atrás, porque si lo hacía, la metería dentro de nuevo y perdería el tren con total seguridad.

Una vez en el hotel, me di una ducha, recogí mis cosas y bajé a reunirme con mis compañeros.

—Espero que me digas que has triunfado como el refresco americano —fue lo primero que me dijo Rubén nada más verme.

—¿Acaso lo dudas? Mira mi cara *chavalote*, es de haber salido como los toreros, a hombros y por la puerta grande —contesté entre risas.

—Pues arreando, que es gerundio, y vamos a perder el tren. Ya me contarás los detalles por el camino.

Subimos al tren, y empezaron las risas y las bromas, pero mi cabeza no paraba de darle vueltas a esos ojos y ese cuerpo hecho para pecar y que me habían cautivado por completo.

Con esa imagen me quedé dormido, deseando de llegar a casa y volver a la rutina.

Capítulo 5



Lucía

Tal y como Marina llegó a casa esa mañana, lo hizo con una cara resplandeciente que indicaba, a todas luces, la noche tan espectacular que había pasado. Entró en mi habitación para interrogarme sobre la mía, ya que cuando ellos se fueron, tan solo estábamos paseando.

—Te iba a preguntar qué tal tu noche, pero viendo las sábanas llenas de purpurina, veo que al final me hiciste caso.

—¿Purpurina? ¿En las sábanas? ¡Ay, la leche, que no me di ni cuenta de que todavía le quedaban restos de maquillaje del disfraz!

—Bah, eso ahora no tiene importancia. Nosotras, como el anuncio, a la lavadora y punto. Lo que sí importa es que me digas que has pasado la mejor noche de tu vida, porque yo sí que la he pasado. Chica, ese hombre en la cama es un espectáculo, no te lo puedes ni imaginar. Bueno, en la cama, en el sofá, contra la pared, en la ducha....

—Vamos, que no os habéis dejado ni un rincón de la habitación del hotel sin disfrutar —le comenté entre risas. Unas risas que eran alegres en apariencia, pero en el fondo sentía un vacío en mi interior como nunca había experimentado—. Pues déjame que te diga que, al final, también te hice caso y no dejé pasar la oportunidad de pasar una noche con Rafa. Si llego a arrepentirme, prefiero que sea por algo que hice, que por algo que no hice.

—¿Y te has arrepentido? —me preguntó con la incredulidad reflejada en su rostro.

—Pues la verdad es que por una parte no, pero por otra sí. No me arrepiento porque he pasado una noche que, me parece a mí, que no voy a volver a pasar en la vida. He llegado a tocar el cielo con los dedos.

»Me he sentido especial, deseada, como si no le importara nada ni nadie más que yo. Pero por ese mismo motivo viene mi arrepentimiento, ya que sé que va a ser difícil de olvidar, y con su marcha he sentido un vacío muy grande.

Así, le expliqué cómo me sentía, con todo lujo de detalles. Ella me conoce a la perfección y sabe que, para mí, tomar la decisión de acostarme con una persona que acababa de conocer, me había costado un mundo. No juzgo a quienes lo hacen, ojo, cada uno es muy libre de hacer lo que le dé la gana. Marina solía hacer lo mismo y jamás le dije nada, pero yo no era así. Lo que me daba por pensar era que, en cuestión de minutos, Rafa había logrado conquistar mi corazón. Como bien dijo Marina, después de ver las sábanas, el nuestro había sido un amor salpicado de purpurina. Tras esa conversación, dimos el tema por zanjado, aunque en mi cabeza seguía dándole vueltas.

Entre nuestro trabajo y la espera de que salieran las listas de las oposiciones, fueron pasando los días. Los nervios de la espera nos estaban consumiendo, ya que, en breve, sabríamos si nuestro esfuerzo había tenido recompensa, así como si seguiríamos juntas o, por el contrario, tendríamos que coger cada una un camino distinto, y eso era lo que peor llevábamos.

Llegó el día tan esperado como temido. Ese en el que, por fin, se publicaron las dichas listas. Y ahí estábamos las dos, delante de la pantalla del ordenador, sin querer buscar nuestros nombres. Al final, y entre risas nerviosas, nos decidimos a verlo. Sí, habíamos aprobado las dos, y nuestros nombres estaban publicados en los primeros puestos, lo que nos daba la opción de poder elegir destino.

Con el listado de destinos impreso, un subrayador, y muchas ganas, nos pusimos a mirar dichos lugares, buscando solo aquellos en los que había más de una plaza disponible o esos otros en los que dos plazas estaban cerca.

Tras mucho descartar, solo nos llegó uno. Ese que, ni en mis mejores sueños, esperaba que tuviera la oportunidad. Uno que adoraba y temía a partes iguales, y eso que no lo había pisado en la vida. Sí, sí, ese mismo que estáis pensando: Cádiz.

—¡No me lo puedo creer! El destino es un poquito caprichoso. Llevas toda la vida queriendo conocer Cádiz, y ahora vamos a vivir allí —me dijo Marina con guasa—. ¿Te imaginas llegar y que te encuentres a Rafa por la calle?

—Eso debe ser como encontrar una aguja en un pajar. Pero también te digo que no sé qué es peor, si encontrármelo y que pase de mí, o que no lo vea más —contesté con carilla de pena.

—Por mucho que me digas, sé de sobra que no has podido quitarte a ese hombre de la cabeza. A mí me da igual si veo a Rubén o no. Si me lo encuentro, le daré dos besos y a otra cosa, mariposa. Pero tengo claro que, si es a Rafa al que tenemos el placer de encontrarnos, a ti se te baja la tensión, fijo que sí.

—No seas cabrona, hazme ese favor. Me dejó muy claro que ni tenía pareja ni la quería, que lo que pasó fue cosa de una noche, y en esa noche se quedó, por mucho que yo no haya podido olvidarlo. Es su decisión y tengo que respetarla. ¡Si cuando nos despedimos no intercambiamos ni los teléfonos! Más claro, el agua. Podríamos haber sido amigos, aunque fuera en la distancia, pero él no tenía ni siquiera esa intención.

Ahora nos tocaba buscar alojamiento. El colegio estaba en Cádiz capital, y queríamos un piso no muy grande en las inmediaciones del colegio, pero tampoco estábamos cerradas a buscar en las localidades cercanas. Todo dependía de los precios que fuésemos encontrando.

Al final, nos decantamos un piso cerca de la playa de La Caleta que vimos en un portal de casas de Internet. Nos cautivó, sobre todo, su cercanía al mar, ya que estábamos acostumbradas a ello, pues desde nuestra casa actual también se veía.

El precio del alquiler era bastante asequible, y con el sueldo de las dos, podíamos pagarlo fácilmente. Cosa harto complicada en una ciudad donde la vivienda escasea por falta de suelo y

los precios de los alquileres suelen ser casi prohibitivos.

Llamamos a la inmobiliaria para concertar una cita, aunque ello implicara tener que desplazarnos hasta Cádiz, pero preferíamos verlo in situ, que actualmente hay muchas estafas en ese sector. Te ponen publicada una foto, te fías, picas y cuando llegas nada tiene que ver con dicha foto.

Comentamos con mi padre dónde habíamos elegido coger las plazas que habíamos obtenido, y nos dio una gran idea. Como nos íbamos definitivamente a Cádiz, podíamos alquilar nuestra casa y, con ese dinero pagar el alquiler de la casa nueva. Cuando fuésemos a Santoña en Navidad o en vacaciones, siempre podíamos quedarnos en su casa. De ese modo, tendríamos el sueldo íntegro de las dos. Eso hicimos, hablamos con una inmobiliaria de nuestra localidad y lo pusimos en alquiler.

Como mi padre estaba de vacaciones, se ofreció a acompañarnos, de ese modo, podíamos llevarnos las cosas más necesarias para dejarlas allí, y ya el resto prepararlas para que nos las mandaran con una empresa de mudanzas.

—Chicas, allá vamos. En busca de vuestra felicidad.

—Papá, por favor, qué poético —le dije entre risas. Y allá fuimos, con el coche cargado hasta los topes y un montón de horas por delante.

Después de casi doce horas, ya que hicimos varias paradas para estirar las piernas, llegamos a nuestro destino. Mi madre había decidido pedir los días libres para la mudanza definitiva. La chica de la inmobiliaria ya nos esperaba en la puerta.

Subimos hasta el ático, donde se encontraba el piso. Debo decir que las fotos no le hacían justicia, era una maravilla. No era muy grande, pero sí totalmente práctico. Contaba con tres dormitorios, dos de ellos bastante amplios y con una cama de matrimonio cada uno, así como con un armario empotrado. El otro era más pequeño, que habían habilitado como despacho, con un escritorio y dos estanterías, que eran perfectas para colocar nuestros libros, porque tanto Marina como yo éramos dos ávidas lectoras.

La cocina estaba abierta al salón, con una pequeña península que me recordaba a la nuestra de Santoña. Los electrodomésticos eran de última generación, en acero inoxidable y que, según nos dijo la chica, estaban por estrenar, al igual que el resto de los muebles. Los dueños la habían comprado muy barata, como inversión, de ahí el precio del alquiler, ya que veían un abuso pedir más, e hicieron una reforma integral en ella, con vistas a poderla alquilar. Según nos dijo, había otras viviendas alquiladas en el mismo edificio que casi duplicaban su precio. El salón no era muy grande, pero lo suficiente para tener un sofá de buen tamaño, una mesita de café y un mueble para la televisión.

Pero la joya de la corona era la terraza. Se accedía a ella desde una puerta en el salón, y estaba totalmente equipada para tener un pequeño *chill out* urbano. El suelo estaba cubierto de césped artificial, y tenía un toldo que se podía recoger cuando quisiéramos. En uno de los laterales, había un sillón de mimbre con dos butacas a juego y una mesa delante, y en el otro lateral, una

barbacoa eléctrica. Era ideal para pasar las noches de verano con amigos, esos que esperábamos conseguir con el tiempo.

Mi padre quedó totalmente asombrado con la vivienda, incluso más que nosotras.

—¿Qué te parece? —le pregunté queriendo saber su opinión.

—Que, si no os la quedáis vosotras, me la quedo yo —nos dijo entre risas.

Marina y yo intercambiamos miradas, buscamos a la chica de la inmobiliaria con la mirada, y al mismo tiempo exclamamos:

—¡Nos la quedamos! —Totalmente eufóricas.

Ya era oficial, teníamos trabajo y vivienda. En la otra punta del país, sí, pero estábamos completamente seguras de que, allí, íbamos a ser felices.

Subimos las cajas que teníamos en el coche, cada una llevando las suyas hacia su habitación, ya tendríamos tiempo para organizarlas más adelante. Luego, decidimos dar una vuelta por los alrededores para familiarizarnos con la zona. Unas horas después, decidimos que era momento de dar por concluido el día y regresamos a Santoña para terminar de organizar todos los detalles de la mudanza.

Capítulo 6



Rafa

Llevaba cabizbajo desde que llegamos de Santoña. No era algo habitual en mí, que siempre estaba cantando y derrochaba alegría, pero no se me iba determinada morena de la cabeza.

A veces pensaba si había actuado de manera impulsiva al decirle que no buscaba una relación seria, pero en otras, llegaba a la conclusión de que había tomado la decisión correcta. Miles de kilómetros nos separaban, y yo no estaba dispuesto, por nada del mundo, a dejar a mi madre sola. Ella había hecho demasiados esfuerzos y sacrificios ya por mí, que no podía pedirle que empezara de nuevo en la otra punta de España.

—Rafa, cariño mío, ¿qué te pasa últimamente? Te noto decaído. Cuéntamelo, anda, nada como una madre para darte consejos —me dijo mi madre mirándome con lástima. Y es que, como ya he dicho, normalmente yo era un derroche de guasa y alegría.

—Nada mamá, de verdad, es sólo que estoy cansado.

—¿Es por alguna chica? —insistía ella.

—Joder mamá, que no. ¿Qué chica ni chica? Sabes que el echarme pareja no está dentro de mis planes ahora mismo. Primero tengo que labrarme un futuro, no quiero ser butanero toda la vida, por mucho que no lo gane mal.

—Si es que, cada día te pareces más a tu padre, y no lo digo solo en lo físico, que en eso eres una fotocopia de él, sino en los comentarios que haces.

—No me cabrees, hazme el favor, sabes que me molesta mucho que me compares con ese cabronazo, que no tuvo ningún reparo en meterse en tu cama, pero tampoco tuvo ninguno en echarte a la calle conmigo en tu vientre. Yo no soy ni jamás seré como él.

—Es verdad, mi vida, tú tienes una nobleza y un corazón que tu padre no tuvo ni tendrá nunca. Perdóname, cielo, pero es que estoy preocupada. Tú no eres así.

En ese momento, le conté a mi madre mi intención de dejar la comparsa, ya que, entre unas cosas y otras, no tenía vida. Toda mi existencia se quedaba relegada a trabajar por la mañana, estudiar por la tarde y, los fines de semana, subirme a un autobús o a un tren, y cantar con la agrupación.

Que sí, que era mi sueño, pero ese sueño últimamente se estaba tornando una pesadilla. Quería tener tiempo para mí, para poder jugar un partido en la playa con mis amigos de toda la vida, poder salir a tomar una copa y tener la oportunidad de conocer a alguien que me quitase a

la morena de la cabeza. Porque, aunque yo dijera que no quería pareja, la verdad es que anhelaba tener estabilidad, tanto económica como sentimental.

Mi madre me apoyó absolutamente en todo lo que le planteé, aunque yo sabía de antemano que iba a ser así, ya que yo lo era todo para ella al igual que ella lo era todo para mí.

Y así fue, ese fin de semana era mi última actuación con mi comparsa, no estaba dispuesto a pasarme lo que quedaba de verano de autobús en autobús, por mucho dinero que ello me dejara. Porque, aunque no lo he contado antes, de cada fin de semana cantando sacaba mi buen dinerito, del que le daba la mitad a mi madre y el resto lo ingresaba en el banco, junto a gran parte de mi sueldo como repartidor de butano, para lo que pudiera surgir, ya que no tenía apenas gastos.

Llegué al local de ensayo, donde habíamos quedado para dar un último repasito al repertorio antes de coger carretera camino de nuestro próximo destino.

—¡Hombre, si acaba de llegar la alegría del grupo! Butanito, *pichorra*, que caro te haces ver —dijo Rubén, en cuanto me vio entrar.

—Hola a todos —respondí en general—. Antes de que nos subamos al bus, me gustaría comentar una cosita contigo Fran. —Me dirigí al director de la agrupación.

—Perfecto, dame un segundo y enseguida estoy contigo.

—Rafa, tío, ¿estás bien? No te veo buena cara —me dijo mi compañero mientras esperaba a que el director pudiera atenderme.

—La verdad es que no, he tomado una decisión que, aunque es un poco dolorosa, creo que es lo mejor para mí y para mi salud mental.

—¿No me digas que te vas a meter a monje, allá en un convento donde Cristo perdió la alpargata? —dijo con toda la guasa.

—¿Qué dices, capullo? ¿Me ves tú a mí cara de meterme a cura?

—Si lo hicieras, en la iglesia que te tocara, habría *overbooking*, bancos de repuesto iban a tener que poner. Si no, acuérdate de cuando el padre Marcos llegó a la del barrio. Hasta mi madre, que es atea desde que nació, iba a misa todos los días —comentó riendo.

—Y a confesarse, que ponía al pobre cura colorado perdido con las cosas que le contaba, que también lo recuerdo.

En ese momento, se acercó Fran hasta donde estábamos nosotros, indicándome con la mano que me lanzara a hablar. Le conté la decisión que había tomado y, aunque intentó convencerme de que no lo hiciera, al final aceptó mi renuncia, pero con mucha pena en sus adentros.

Esa fue una actuación muy emotiva, ya que iba a ser mi última intervención, aunque mis compañeros todavía no lo sabían.

Cuando terminamos de cantar, me acerqué a ellos y los hice partícipes de la noticia. Hubo reacciones de todo tipo, desde el que se mostraba incrédulo ante lo que estaba contando, hasta el que se abrazó a mí con lágrimas en los ojos. Porque, a pesar de que la gente no lo crea, habíamos creado una familia. Eran muchos kilómetros y muchas horas las que llevábamos a nuestras espaldas y, con nuestros más y nuestros menos, éramos una piña, esa de la que se marchaba un miembro.

El cariño que me demostraron fue espectacular, me arroparon todos y cada uno de ellos, entendiendo mis razones para hacerlo. Y ese fue el fin de una etapa de mi vida. Una que me dio momentos muy bonitos y la posibilidad de conocer a gente maravillosa, como una morena que todavía no había logrado sacar de mi cabeza. Pero ya era hora de pasar página.

Era sábado por la mañana, y sabía que mis amigos estarían en la playa. Si bien en esta época era prácticamente imposible jugar un partido de fútbol allí, por la cantidad de gente que solía haber, seguro que estaban entorno a una nevera con cerveza fresquita. Y no me equivoqué; en el mismo sitio de siempre se encontraban. Ninguno sabía que había dejado la comparsa el fin de semana anterior, pues preferí callar y darles la sorpresa. Últimamente no contaban conmigo para sus planes, porque siempre estaba ocupado cantando por ahí.

Me planté delante de ellos y le quité a Javi el botellín de las manos. Inclino su cara hacia arriba, y me miró como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Hoy no tienes que ir fuera a cantar? —me dijo totalmente alucinando con mi presencia, porque no era lo habitual.

—Eso se acabó, he dejado la comparsa. Me estaba consumiendo y ya no daba más de sí. Entre el trabajo, la academia y la comparsa, el dinero que tengo guardado lo iba a tener que gastar en mi entierro.

—Desde luego, mira que eres bruto, hermano —me dijo Abraham, otro de nuestros amigos de toda la vida—. Si crees que es lo mejor para ti, pues bien, hecho. Que ya teníamos pensado hacer una foto tuya en cartón piedra a tamaño natural, para que estuvieras presente, digo.

Pasamos el día en la playa, entre bromas y risas, así como algún otro abrazo por parte de Javi, que era el que peor llevaba mi ausencia, ya que éramos como hermanos, y el no poder contar conmigo para muchas cosas, le pasaban factura.

Capítulo 7



Lucía

Ya estábamos en la casa nueva, esperando a que llegara el camión de la mudanza. Mi madre, tal y como prometió, había pedido esos días libres y, junto con mi padre, estaba allí con nosotras. Mientras esperábamos, nos dispusimos a disfrutar de esa maravillosa terraza, sentados a la sombrita y con una jarra de zumo helado, para mitigar un poco el calor.

No estábamos acostumbrados al calor de Andalucía, pero el simple hecho de poder disfrutar de la playa ya merecía la pena. Habíamos hecho planes para, después de que llegara el camión de la mudanza y dejáramos cada caja en su lugar correspondiente, bajar a la Caleta, ese rinconcito tan sumamente acogedor en el que poder darnos un baño.

—Dios, qué calor hace, estoy deseando terminar con todo esto para bajar a la playa y estrenar mi nuevo bikini —comentó mi madre.

—Eso, eso, y después al chiringuito. —Ese era mi padre, totalmente entusiasmado con la idea.

En ese preciso instante, sonó el interfono de la calle. Eran los de la empresa que habíamos contratado para traer nuestras cosas. Los muebles los dejamos allí, ya que en esta casa no necesitábamos nada e incluyéndolos podíamos subir un poco el precio del alquiler.

La casa se alquiló casi al momento. Se la quedó una pareja joven que había llegado a la localidad como resultado de un traslado laboral del chico. Sería su primera vivienda, ya que antes de eso, no habían vivido nunca juntos. Se veía que la iban a cuidar con mucho mimo, y nos preguntaron si podían hacer algunos cambios, a lo que le dijimos que sí, que, sin ningún problema, porque entendíamos que para ellos no eran necesarias dos habitaciones con cama doble. Con lo que íbamos a sacar del alquiler, nos daba para pagar el nuestro más la cuota de la comunidad, así que solo tendríamos que sacar del sueldo los suministros básicos.

Una vez dejamos todo colocado, y tal y como habíamos planeado, nos fuimos a la playa. Era un lugar muy peculiar. En ella podías encontrar el típico extranjero haciendo fotos junto con el señor que pregonaba que llevaba marisco fresco. Las familias al completo estaban ahí. Mis padres, en cuanto se dieron ese bañito en aguas del Atlántico, se fueron a un bar que había en la misma playa. Según ellos, iban a reservar una mesa para comer, pero la realidad era bien distinta. Ahí estaban los dos, cervecita en mano, degustando una de las comidas más demandadas en la capital gaditana, las tortillitas de camarones.

Mientras, tanto Marina como yo, estábamos tumbadas en una toalla en la arena, intentando coger un poco de color, porque no es que estuviéramos blancas, estábamos transparentes, y no era plan de llegar al trabajo como si acabáramos de llegar de Siberia.

—¿Qué te ocurre, Lucía? Te has quedado como pensativa —preguntó Marina mirándome—. Te estoy hablando, pero da la impresión de que no te has enterado de nada.

—Pues la verdad es que me he evadido tanto en mis pensamientos, que ni he escuchado que me estabas hablando. Pensaba si nos irá bien en el trabajo, si los compañeros serán agradables. En definitiva, si hemos acertado eligiendo este destino.

—Alma de cántaro, ¿pero tú has visto la gente de aquí? Si son todo amabilidad. Esta mañana cuando bajé a correr, me encontré con Toñi, la vecina del tercero A, una señora de mediana edad que me dio la bienvenida al vecindario con dos besos y un abrazo, y me dejó muy claro que, si necesitábamos algo, que no dudara en bajar, que tanto ella como Paco, nos ayudarían en lo que fuera. Sus palabras exactas fueron: «Marina, bonita, colgar un cuadro, cambiar una bombilla, lo que sea, aquí estamos mi Paco y yo».

—No sé, a veces pienso que voy a echar de menos el norte y, sobre todo, a mis padres.

—Eso es normal, cariño, claro que los echaremos de menos, pero estoy totalmente convencida de que estamos en el lugar correcto.

Marina y sus palabras me tranquilizaron bastante, la verdad. Mi madre estaba haciendo aspavientos con las manos, en un intento de llamar nuestra atención, para que fuéramos a comer y es que, ni nos habíamos dado cuenta de la hora que era. Con lo fácil que hubiera sido coger el móvil y mandarnos un WhatsApp, pero, al parecer, las cervecitas ya estaban haciendo su efecto.

Cuando llegamos al bar, donde estaban mis padres, la mesa ya estaba llena de succulentos manjares. Habían pedido un surtido de pescado frito, que según nos dijo el chico que nos atendía, llevaba cazón en adobo, calamares, chipirones, puntillitas, que eran como los chipirones, pero más pequeños, todo ello acompañado por una ensalada marinera y una fuente de tortillitas de camarones, a la que parecía que mi madre se había aficionado.

—Traiga también una jarra de sangría de vino blanco, por favor —dijo mi padre al camarero—. No sé lo que es, la verdad, pero he escuchado a los de esa mesa de ahí pedirla y, si lo piden ellos que parecen que son de aquí, tiene que estar bueno.

Tanto Marina como yo, estallamos en carcajadas. Mi padre es único. Mi madre estaba a su rollo, liada con las tortillitas de camarones como si no hubiera un mañana.

Cuando terminamos de comer, nos bajamos de nuevo a la playa. Nos quedamos de piedra cuando empezamos a ver que, en cada grupo de sombrillas, los hombres, o se habían marchado, o estaban durmiendo, los niños en la orilla y las mujeres jugando al bingo. Marina miró a mi madre y ella le devolvió la mirada divertida. Algo estaban tramando, y me quedó todo clarísimo cuando las vi levantarse a las dos e irse en dirección a las sombrillas más cercanas. Estuvieron un rato hablando con aquellas mujeres, en un tono que parecían que eran viejas amigas que se encontraban después de mucho tiempo.

A los cinco minutos, me llamaron para que me acercara, cosa que hice. Ya tenían ellas preparados los cartones para jugar. Casi me muero de la vergüenza.

—Lu, corazón mío, ponte cremita protectora. Porque si no, después cuando te duches, vas a parecer un salmonete —me dijo Maruja, una de las mujeres que se encontraban allí, preocupándose por mí.

—Ya mismo, Maruja, gracias. Y, ¿sabes una cosa? Lu solo me llamaba mi abuela materna, cuando ella falleció no quise que nadie más me llamara así. Pero tu tono protector y tu forma de ser me recuerdan mucho a ella, y no me ha molestado en absoluto, puedes llamarme así cuando quieras. —Me levanté y le di un beso en la mejilla. Cada vez estaba más segura de haber elegido bien.

—El tono, la forma de ser y las arrugas, que de eso tengo más que la bota de un cojo —me respondió con toda la gracia. Y es que esa mujer me había conquistado.

Eran las ocho de la tarde cuando nos subimos para casa. Entre el viaje, las cajas y la playa, estábamos agotados. Una ducha, una cena rapidita y a la cama, que mañana sería otro día. Marina y yo dormimos en su habitación, para dejarle a mis padres la mía. No era plan de dormir cada una en una cama doble y mis padres en el sofá del salón.

A la mañana siguiente, nos despertó el olor del café y de las tostadas recién hechas. Cuando nos levantamos, ya tenía mi padre preparado el desayuno en la mesa de la terraza. Y es que él se había proclamado el cocinero oficial y si además le sumamos que a mi madre la cocina le daba alergia, pues ya está todo explicado. En esa mesa se podía dar un banquete, qué barbaridad, había de todo. Una jarra de café acabado de hacer, tostadas calentitas, jamón, pavo, aceite, aguacate y un cuenco de fruta troceada. Si me como eso me llevo un mes en ayunas.

—¿Qué planes tenéis hoy? —preguntó mi madre.

—Chico plan que tenemos, abrir las cajas, sacar las cosas, colocarlas en su sitio, ordenar la ropa. ¿Sigo?

—No hija mía, no sigas, que estoy cansada solo de escucharte. Bueno, pues en cuanto terminemos de desayunar, nos ponemos al lío, que ocho manos trabajan más rápido que cuatro.

—No, mamá, vosotros arreglad solo los utensilios y cosas de la cocina, luego os vais a hacer un poquito de turismo, que desde que habéis llegado solo habéis visto la playa. De lo demás nos encargamos nosotras, que sabemos cómo va todo.

Y eso hicieron, terminaron con la cocina y se fueron a pasear y a conocer la ciudad. A la vuelta, mi madre venía encantada, decía que, si nos quedábamos en Cádiz definitivamente, ella se venía en cuanto se jubilara. No había echado cuentas de que todavía le quedaban quince años.

Capítulo 8



Lucía

Habían pasado ya unos días desde que mis padres se fueron. Los echaba muchísimo de menos a ambos, pero hablábamos todas las noches por videollamada. De Rafa no tenía noticias, no habíamos coincidido ni una sola vez desde que llegamos a Cádiz. No lo había visto ni de lejos, pero no por eso era capaz de sacarlo de mi cabeza ni de mi corazón.

Todas las noches, al irme a dormir, me venían a la mente los recuerdos de sus besos, lo que me transmitían sus ojos, sus manos al acariciarme, como si fuera una valiosa figura de porcelana que se podía romper. Pero a la vez, ese ímpetu suyo mientras estábamos juntos. Luego me acordaba de sus palabras, y me sentía una idiota por pensar en él, cuando estaba claro que, aunque nos encontráramos, lo nuestro no iba a llegar a ningún lado, y no ya por los kilómetros que nos separaban.

Y llegó el día uno de septiembre, ese en el que teníamos que incorporarnos al trabajo porque, aunque el curso no empezaba oficialmente hasta el día nueve, nosotros teníamos que incorporarnos antes para planificar el curso.

Yo estaba atacada de los nervios, sin saber qué nos íbamos a encontrar. Marina, por el contrario, se levantó muy tranquila y cantando una canción de Romeo Santos que hablaba de los nuevos comienzos.

Para mi primer día, elegí un pantalón cargo en color camel, junto con una camiseta de tirantes blanca y mis cuñas color camel. El bolso lo estaba estrenando, era del mismo color, pero en esparto y bastante grande para que me cupiera la agenda, la Tablet y todos mis bártulos. Marina eligió un pantalón vaquero finito y ancho, y una camiseta de rayas marineras, con un escote en «V» que le hacía un pecho precioso, sandalias azul marino y bolso a juego. Ese día ambas llevábamos el pelo suelto. Ya cuando empezaran las clases era inviable llevarlo así, ya que tanto ella como yo impartíamos clases en educación infantil.

Eran las nueve menos cuarto de la mañana cuando poníamos un pie por primera vez en el colegio. Estaba a cinco minutos andando de donde vivíamos, por lo que decidimos no mover el coche. Aquí la gente lo movía para lo imprescindible, porque el tema aparcamiento traía por la calle de la amargura a todos los residentes.

Nada más entrar, la chica que estaba en la conserjería nos indicó muy amablemente hacia dónde nos teníamos que dirigir. Además, nos hizo un breve recorrido por las instalaciones, ya que la persona que tenía que atendernos no había llegado todavía.

Se notaba que era un centro prácticamente nuevo o, por lo menos, recién reformado, porque tanto el patio como las aulas, estaban equipados con las últimas novedades en educación. El

comedor era muy coqueto, con las mesas de colores para los más pequeñitos, ya que, según nos explicó Ana, la conserje, la mayoría de los niños que usaban el servicio de comedor eran de cuatro, cinco y seis años, cuyos padres no les daba tiempo a llegar a la hora de salida. Los más mayorcitos esperaban a los padres en el patio en caso de que fueran a recogerlos más tarde del horario habitual.

Por fin llegó Susana, a quién luego vimos que todos llamaban Susan, la directora del centro. Nos explicó que seríamos las responsables de la tutoría de los dos cursos de infantil de cinco años, lo que nos resultaría más fácil y haría más cómodo llevar las clases en conjunto. Al vivir juntas, no tendríamos que quedarnos por las tardes, ya que solo lo haríamos los lunes, que era el día asignado para reunirnos con los padres de los alumnos.

Susan nos acompañó a la sala de profesores, donde ya estaban nuestros compañeros, y nos presentó a todos ellos. Marina no podía dejar de mirar al profesor de educación física, que se llamaba Javi, y él también le devolvía la mirada. Estuvimos un rato organizando la agenda escolar, y luego se pusieron a comentar cómo les había ido el verano. Cuando llegó nuestro turno de hablar, les explicamos que éramos del norte y que habíamos elegido este destino para no separarnos, ya que tanto allí como aquí vivíamos juntas.

—Entonces sois pareja, ¿no? —soltó una de nuestras compañeras, Rocío, con muy mala baba, pues minutos antes habíamos contado que nos criamos juntas y que éramos como hermanas.

—No cariño, ni somos pareja ni somos lesbianas. Que no es nada malo, oye, no estoy insinuando eso, que cada uno es muy libre de acostarse con quién le plazca, pero es que a mí todavía no me ha dado por cruzarme de acera. Es más, desde que hemos salido de casa, venimos caminando por la misma —contestó Marina con mucho arte. Y es que yo me había quedado muda. No por la pregunta en sí, sino por la maldad con la que estaba hecha. Algo que no sabía a qué venía, pues acabábamos de llegar y no hicimos mal a nadie.

Lo mismo es que ella quería nuestra plaza para algún amigo o familiar, pensé para mis adentros. Pero luego me daría cuenta de que no era por eso. Se debía a que Rocío estaba interesada en Javi, y este se estaba comiendo con los ojos a mi amiga.

A la salida, Javi propuso que fuéramos a tomar algo todos juntos, ya que apenas eran las doce y media del mediodía, y todos aceptamos. Nos sentamos en una terracita que había con vistas al mar. Javi nos dijo a Marina y a mí que vivía cerca, en un piso que había heredado de sus padres, quienes habían fallecido unos años atrás. Nosotras le contamos que habíamos alquilado un piso junto a la Caleta, al lado del hotel que había allí, y que nos había salido muy bien de precio. También le contamos lo que habíamos hecho con nuestra casa de Santoña.

A todo esto, Rocío nos miraba con una cara de asco impresionante. Era como si tuviera un mojón en la nariz. Y todo porque Javi no le había hecho caso.

Marina comentó que teníamos una terraza espectacular en nuestra casa, y Javi organizó todo para hacer una barbacoa ese mismo sábado al mediodía. Rocío, al saber que la había organizado él, se apuntó de inmediato. No entiendo cómo la gente puede ser tan hipócrita, venir a la casa de alguien que te cae mal solo por complacer a un hombre, que además pasaba de ella

olímpicamente.

Javi se ofreció a acompañarnos a casa, con la correspondiente cara de mala leche de Rocío. Por el camino, estuvimos hablando de la posibilidad de contratar a alguien que nos ayudara con la limpieza de la casa, dos o tres veces por semana. Ya que el alquiler se pagaba solo, era un gasto que nos podíamos permitir y que haría que los fines de semana pudiéramos estar tranquilas y disfrutar de la tierra.

—¿Ya tenéis a alguien? Quiero decir, si habéis hablado ya con alguien. Porque si no habéis buscado a nadie, conozco a la persona idónea para ello. Es la madre de mi mejor amigo, y una segunda madre para mí. Ella trabaja por las tardes limpiando las oficinas de un banco, pero por la mañana aprovecha todo lo que le sale. Y contar con algo fijo, aunque sean dos veces a la semana, le va a venir de lujo.

—Pues perfecto entonces, a ella le viene bien y a nosotras mejor. Habla con ella y, si le interesa, nos lo dices mañana en el trabajo y ya vemos cómo quedamos con ella para concretar las condiciones y demás.

—Claro que le va a interesar, es una trabajadora incansable y una luchadora nata, además de ser la persona más encantadora que conozco. Estoy completamente convencido de que os vais a llevar de lujo. Ah, y otra cosa, pasad de Rocío; desde que entró el año pasado en el colegio, ha estado detrás mí, y cada vez que una chica se me acerca, para ella es su rival. Sé que está feo que yo lo diga, pero en la cena de Navidad del año pasado, me lo dejó muy claro.

—Pues a mí me parece gilipollas, qué quieres que te diga. Yo voy a pasar de ella, pero como se atreva a causarnos problemas en el trabajo, ahí ya no respondo. —Se sulfuró Marina.

Entre charla y charla, llegamos a casa, despidiéndonos de él con dos besos y quedando en vernos al día siguiente en el trabajo.

Capítulo 9



Rafa

Había pasado ya un tiempo desde que abandoné la comparsa y, poco a poco, volvía a ser yo. Me creé una rutina que me estaba ayudando a poner cada cosa en su sitio.

Por la mañana, me iba a trabajar bien temprano, con la idea de terminar prontito y así poder ir al gimnasio. Mi objetivo era ponerme en forma y estar listo para las pruebas de la policía local, que tendrían lugar más pronto que tarde.

Después de comer, me tocaba acudir a la academia en la que estaba matriculado para preparar la parte teórica. Esa parte me resultaba muy fácil, ya que tenía una facilidad pasmosa para retener conceptos.

Por la noche, cuando el calor no era tan intenso, me gustaba salir a correr por el paseo de la playa. Unas veces lo hacía desde la parte de arriba, mientras que otras veces prefería bajar a la arena, así, cuando terminaba, aprovechaba para darme un chapuzón en el mar, lo cual solía sentarme de maravilla y era perfecto para descansar una vez llegaba a casa y me daba una ducha.

Todos los días me cruzaba con una chica de mi edad que era realmente guapa. Tenía un cuerpo de esos que hacen girar cabezas y una sonrisa tan cálida que daban ganas de achucharla. No era Lucía, pero quizás podía ayudar a olvidarme de ella.

Lo curioso es que su cara me resultaba muy familiar, pero no lograba ubicarla en ningún lugar, no era capaz de recordar de qué podía conocerla. Aunque tenía una buena memoria para los conceptos, era un verdadero desastre reconociendo caras. Más de una vez me había pasado que me saludaban por la calle y no sabía de quién se trataba. Contestaba por educación, pero no porque realmente reconociera a esa persona.

Cada vez que nos cruzábamos, ella me sonreía y yo le devolvía la sonrisa. Hasta que uno de los días, en los que yo estaba estirando antes de empezar a correr, se paró a mi lado y entablamos una conversación.

Raquel, que así se llama la chica, también se estaba preparando para las pruebas de la policía local, y su cara me sonaba de que estaba conmigo en las clases de la academia. No la reconocí porque cuando acudía, solía usar gafas ya que, tal y como ella mismo me dijo, veía menos de cerca que un gato de escayola.

Su naturalidad y frescura me gustaban mucho, pero, como dije antes, no era Lucía, esa que todas las noches, al cerrar los ojos cuando me metía en la cama, se instalaba en mi cabeza hasta que era capaz de dormirme. Me dije a mi mismo que eso no podía seguir así, que estábamos a miles de kilómetros y que, casi con total seguridad, ella había pasado página, y yo debía hacer lo

mismo.

Era jueves por la mañana, y Javi había quedado en venir a casa, puesto que tenía que tratar un asunto de trabajo con mi madre. Como yo había terminado mi jornada laboral, decidí quedarme en casa en vez de ir al gimnasio, y así, de ese modo, poder hablar con él de lo que me ocurría, y poder conocer su punto de vista.

—Buenas casi tardes, Chari. Ya está aquí tu segundo hijo —dijo Javi en cuanto atravesó la puerta de mi casa. Esa misma que abrió mi madre.

—Hola, corazón mío. Mi segundo hijo que me tiene tan abandonada como el primero. ¡Ven aquí que te coma la cara a besos!

—Desde luego, mamá, te presentas a un concurso de exagerados, y te echan por profesional. ¡Qué barbaridad, lo que hay que escuchar!

—Tú chitón, que contenta me tienes. Además, que mi niño no ha venido a verte a ti, sino a hablar conmigo. Dime vida mía, ¿qué es eso que tenías que contarme? ¿Te has echado novia?

—Anda, anda, novia ni novia. Aunque no te voy a negar que ha llegado una chica nueva al colegio que me llama mucho la atención. Si todo sale según lo previsto y dices que sí a lo que te voy a proponer, la vas a conocer muy pronto —comentó Javi y yo lo miré con cara de incredulidad. Se lo había contado antes a mi madre que a mí.

—A ver si es verdad y alguno de los dos me hace abuela pronto, ahora que todavía puedo disfrutar de los niños. Porque, de aquí a unos años, no voy a poder ni moverme. Venga, empieza a largar cuál es esa proposición.

Javi empezó a contarle que dos chicas que habían entrado nuevas en su trabajo estaban buscando una persona que las ayudara con las labores domésticas, para poder disfrutar de su tiempo libre. Le explicó dónde vivían y que, si ella estaba de acuerdo, al día siguiente la acompañaría para que las conociera y le dijeran las condiciones del trabajo.

Mi madre, loca de contenta, le dijo que sí, que por supuesto. Para ella contar con algo fijo también por las mañanas, era un alivio económico considerable. Yo estaba en contra de que cogiera más trabajo, porque con lo que ella ganaba limpiando en las oficinas, más mi sueldo y mis ahorros, podíamos tirar perfectamente hasta que cogiera mi plaza en la policía local. Porque, una vez que eso ocurriera, tenía claro que se terminaron para ella todos los trabajos esporádicos, se quedaría solo con el de por la tarde, y para que tuviera algo que hacer. Ya había trabajado bastante para sacarme adelante, ahora me tocaba a mí cuidar de ella.

Después de que mi amigo hablara por teléfono con su compañera y fijaran la hora para verse, le propuse a Javi que bajáramos a tomar algo al bar de la esquina, ya que mi madre tenía que salir a llevarle la compra a una de las ancianitas a las que cuidaba. No solo se encargaba de limpiarle la casa y prepararle la comida, sino que también la ayudaba con las compras, así que pensé que sería un buen momento para salir un rato.

—Mamá, anda, siéntate y tómate algo con nosotros antes de irte.

—No, no, de eso nada, que luego en el mercado hay mucha gente y mira la hora que es. Cuanto antes me vaya, antes vuelvo, si no, no me dará tiempo de comer antes de irme a las oficinas. —Esa era la vida de mi madre, siempre corriendo y con el estrés en las venas. ¿Cómo iba a estar gorda, si no paraba quieta ni un momento?

—Venga, pues nada, te espero para comer. Cuando suba, prepararé unos filetitos en salsa de roquefort que tanto te gustan con unas patatitas panaderas —le dije mientras se marchaba. Ni me contestó, solo agitó una mano indicando que hiciera lo que me diera la gana.

Una vez que mi madre se había marchado, empecé a relatarle a mi amigo toda mi historia, cómo había conocido a esa chica en el norte, cómo habíamos pasado la noche juntos, las palabras que le dije, el que no podía quitármela de la cabeza y la aparición de mi compañera de academia en escena. Todo ello, sin decirle el nombre de ninguna de las dos. No fue algo premeditado, simplemente no surgió.

—¿En serio me has echado en cara, hace un rato, que no te contara lo de mi compañera? ¿Tú que llevas guardándote esto meses? Es que no me lo puedo creer. Es para mear y no echar gota, macho —contestó totalmente indignado. Y la verdad, tenía toda la razón del mundo.

—Lo sé, llevas razón, pero ponte en mi pellejo, por favor. No sabía, y sigo sin saber, cómo gestionar esto que me está pasando. No puedo haberme enamorado de ella en unas horas, me niego a aceptarlo. Además, es que vive en la otra punta del país y, por lo que sé, tiene allí a sus padres, así que es prácticamente imposible que pueda plantearse mudarse aquí. Y yo paso de tener una relación a distancia.

—Respira, que parece que te vas a ahogar. Vamos por partes. En primer lugar, te has enamorado de ella hasta las trancas, aunque te niegues a verlo. Si tienes tan claro que con ella no es viable una relación, pues tendrás que olvidarla.

—¿Y crees que no lo sé? ¿Qué no me he dado cuenta? Eso llevo intentando desde que volví de esa actuación, y créeme cuando te digo que no he podido.

—Es entonces cuando llegamos al punto dos. ¿No dicen que un clavo saca a otro clavo? Pues date una oportunidad con esa chica de la que me has hablado. Según tú, es guapa, te atrae tanto físicamente como su personalidad. Inténtalo, ya sé que no es la otra, pero creo que, poco a poco, conseguirás quitártela de la cabeza. Además, ya sabes, el roce hace el cariño.

Estuvimos en la terraza del bar casi una hora más, contándome sobre su nueva compañera. Por lo que me iba contando, y aunque él lo negara, también había caído en las garras del amor. Me fue diciendo que estaba dispuesto a conquistarla, por mucho que la coñazo de Rocío se pusiera en medio.

Cuando nos fuimos, yo también tenía claro que lo iba a intentar con Raquel que, tal y como había dicho Javi, el roce hace el cariño, y ella me atraía mucho, no al punto de atracción de Lucía, pero iba a conseguir sacarla de mi cabeza y de mi corazón a toda costa.

Capítulo 10



Rafa

Con la idea en mente de invitar a Raquel a tomar algo, así llegué a la academia esa tarde. Normalmente, acudía vestido con un chándal o alguna ropa cómoda, pero hoy había decidido arreglarme un poco más.

Tampoco es que me hubiera puesto un traje de chaqueta, que no es que fuera a ir a una boda, sino a la terraza de un bar que habían abierto nuevo al lado de la playa, un lugar en el que estar tranquilos y poder conocernos un poco mejor. Había optado por un pantalón chino en color gris oscuro, una camisa blanca de lino, que resaltaba mi bronceado, y las deportivas blancas que mi madre me había regalado por mi cumpleaños el mes anterior, y que todavía no había estrenado.

Llegué a la academia y ahí estaba Raquel, en la puerta fumándose un cigarro con otras chicas del curso. La miré y le hice gestos para que se acercara, no iba a decirle nada delante de las demás, para que me dijera que no y me muriera de vergüenza.

Se acercó a mí, y me dio un abrazo y un beso en la mejilla, cosa que me asombró y me encantó a partes iguales. Al principio, y debido al *shock* inicial, no le correspondí el abrazo, pero solo fueron unos segundos, ya que seguidamente, la cogí de la cintura, apretándola fuerte contra mí.

—Buenas tardes, preciosa. ¿Qué tal todo? —hablé mientras la abrazaba.

—Ahora, mejor. Creí que te había molestado mi manera de saludarte.

—Sería un idiota si me molestara el abrazo y el beso de una mujer bonita. Y, no sé tú, pero yo no me tengo considerado eso. A lo mejor un poquito gilipollas, pero poca cosa —dije mirándola muy serio, pero era ironía totalmente.

—No, no, para nada, ni una cosa ni la otra, eres un tío magnífico —comentó totalmente sonrojada—. Nos están mirando, y me da muchísima vergüenza.

—Déjalas, ni caso. Yo te he llamado para proponerte una cosa. ¿Tienes algo que hacer al salir de aquí? Lo digo por si te apetecía venirte conmigo a tomar algo y así conocernos un poquito más. ¿No te parece?

—No, digo sí.

—A ver, aclárate, ¿sí o no? La primera cita y ya pretendes volverme loco.

—Ay, es que me pones nerviosa. Que no tengo nada que hacer, que sí me voy contigo a tomar algo, que me parece genial eso que has insinuado de conocernos mejor.

Entramos en la clase entre los cuchicheos de los demás, cosa que a mí me traía sin cuidado, pero a Raquel parecía que le daba mucha vergüenza y apuro ser el centro de atención.

Yo, debido a mi reciente pasado como comparsista, estaba acostumbrado a que se hablara de mí, tanto cosas buenas como no tan buenas. Mi fama de mujeriego, esa que me había ganado a pulso, me precedía allá donde fuera. Pero estaba decidido a cambiar, tenía que dar un giro de ciento ochenta grados a mi vida, esa que se había movido a base de carnaval, hasta que entendí que había llegado el momento de madurar, por mucho que yo dijera que no era una pera ni ninguna otra fruta para andar madurando.

Cuando salí de la academia, la esperé en la puerta, ya que ella esa tarde tenía una clase a la que yo no asistía, pues en esa materia en concreto, yo no necesitaba ayuda. En cuanto me vio, se acercó sonrojada, me encantaba verla así, tan atrevida para unas cosas y tan vergonzosa para otras. Esa vez fui yo quien la sorprendió con un beso en la mejilla y echándole la mano por el hombro. Su cara estaba del color de una gamba a la plancha, hasta sudores le caían por ella, mientras que yo sonreía, era un deleite para la vista verla así.

De esa manera, entrelazados, pues ella me rodeó con su brazo por la cintura, fuimos dando un paseo hasta la terracita del bar. Estaba a rebosar de gente, pero tuvimos suerte, porque rápidamente se quedó una mesa libre, en esa en la que nos acomodamos para ver la puesta de sol mientras nos tomábamos una cerveza.

Estuvimos hablando de todo un poco, desde nuestra infancia hasta nuestra motivación para entrar en la policía. Me contó que vivía con su único hermano, que también era policía, pero nacional, que fue el primero que se trasladó a Cádiz por motivos laborales. Tenía veinticuatro años, y era de un pueblecito de Jaén.

Estaba visto y comprobado que siempre me fijaba en mujeres de fuera de mi ciudad. Aunque si tuviera que marcharse, cosa poco probable, afortunadamente estaba más cerca que Lucía. Y otra vez acudía a mi cabeza, todo lo relacionaba y comparaba con ella, cosa que no era justa para Raquel, así que volví a centrarme en su conversación.

Había llegado aquí con dieciocho años, tras una discusión con su padre, ya que quería que se fuera a trabajar al campo, a lo que ella se negaba. Decía que ese trabajo no estaba hecho para ella, que no es que fuese una floja, pero que tenía claro que no quería trabajar de sol a sol para ganar cuatro míseros duros. Su hermano la apoyó y la invitó a venir con él. Desde entonces, trabajaba por las mañanas en una perfumería y se preparaba en la academia por las tardes.

Entre unas cosas y otras, eran ya pasadas las nueve y media de la noche, así que dijimos de pedir algo para picar y ya irnos cenados. Pedimos un dobladillo de caballa para cada uno, muy típico de aquí, y que no es otra cosa que un pequeño bocadillo con un filete de caballa en conserva, una rodaja de tomate natural y un poco de mayonesa. Una bolsa grande de patatas chips para compartir y dos cervezas.

Cuando terminamos, le dije de acompañarla a casa, porque, aunque yo vivía a cinco minutos andando de donde estábamos, ella vivía en la plaza de Mina, bastante más lejos de mí. Al pasar por la plaza de San Francisco, había una heladería abierta, y le pregunté si le apetecía uno. Estaba haciendo todo lo posible por arañar algunos minutos más a su lado, pues me sentía tan a gusto con ella, que por momentos me iba quedando más claro que podía ayudarme a sanar mi corazón.

Entramos y pedimos una tarrina para compartir de helado Selva Negra, que era una mezcla deliciosa de tarta de chocolate con cerezas, en el que, en cada bocado, te encontrabas los trocitos de tarta y las cerezas enteras, junto con dos cucharillas. Nos sentamos en un banco de la plaza, justo enfrente a su portal, y entre risas nos lo comimos, aprovechando esa media horita extra que pasamos juntos.

Una vez en su puerta, y ya con ella abierta, no pude resistirme más y le di un breve beso para despedirnos. Fue un simple roce de mis labios con los suyos, pero lo suficiente para saber que no era la misma sensación que tuve al besar a mi morena, pero también que me había gustado mucho. Era muy dulce, y me quedé con ganas de profundizar más, pero quería ir despacio por una vez en la vida. No quería apresurarme ni generar ilusiones, tanto para ella como para mí.

Llegué a casa con una sonrisa en los labios, esa misma que notó mi madre al verme.

—Cuéntame ahora mismo a qué se debe esa cara de tonto que me traes.

—A qué, por una vez en mucho tiempo, soy feliz —le respondí entre risas, cogiéndola en brazos y dando una vuelta en redondo con ella.

—Pues no sabes lo que me alegro. Me tenías muy preocupada, no eras tú. Te faltaba esa sonrisa sincera y ese brillo en tus ojos. Sí tú estás feliz, yo lo estoy más todavía. Por fin he vuelto a ver mi niño.

—Oye, ¿fuiste al trabajo ese que te comentó Javi?

—Claro que sí, y he salido encantada. Con las chicas y con las condiciones. Me van a dar de alta en la seguridad social, como servicio doméstico, porque dicen que, si me caigo o me pasa cualquier cosa, tengo que estar cubierta, que ellas no se lo perdonarían. Y encima, el sueldo es bastante bueno, tengo que ir tres días a la semana, los que me venga mejor a mí, me lo dejan a mi elección, y los puedo ir cambiando por semanas, para adaptarlos si me sale otra cosita.

—Mamá, ya no vas a coger nada más. Te quedas con estas chicas, las dos señoras mayores y las oficinas, se acabó. No me hagas enfadarme. Si fuera por mí, ni siquiera hubieras cogido esto último.

Y así, fue contándome todo, lo simpáticas que eran las chicas, lo bien que se había sentido con ellas, lo bonita que era la casa.... y lo mucho que le gustaba la compañera de trabajo de Javi para él. Decía que era muy dicharachera, y guapísimas eran las dos a rabiar.

Capítulo 11



Lucía

Habíamos quedado encontrarnos con Javi en mi casa para conocer a Chari, la mujer que se iba a encargar de la limpieza y acondicionamiento de nuestro piso, y estábamos esperando a que llegara con ella. Mientras tanto, decidimos sentarnos en el sofá de la terraza, aprovechando los últimos rayos de sol que quedaban, pues ya se acababa el verano. Con una jarra de sangría bien fría a nuestro lado, intentando mitigar un poco el calor, ya que, aunque el otoño comenzaba a asomarse, las temperaturas en las horas centrales del día eran todavía altas.

Sonó el interfono y Marina, como un resorte, se dispuso a abrir. Los esperaba con la puerta abierta y casi en el rellano de la escalera, pero no por el ansia de conocer a Chari, sino por ver a Javi, pues me daba en la nariz que le había calado hondo ese hombre. Yo me situé detrás de ella, observando divertida la situación, pues al salir del ascensor, se iluminaron los ojos a los dos.

Al decir Javi que era la madre de su mejor amigo, pensé que sería una mujer de unos cincuenta y cinco o sesenta años, pero era todo lo contrario a lo que me había imaginado, era guapísima y debía rondar en torno a los cuarenta y pocos.

Tras los saludos correspondientes, nos pusimos a hablar de las condiciones del contrato, las horas, el sueldo y demás. Ella quería empezar ese mismo día, pero nosotras le dijimos que no. Lo que sí le pedimos y que, por supuesto le íbamos a pagar a parte, era si podía hacernos el favor de venir el domingo, pues al planear la barbacoa para el sábado, teníamos claro que al día siguiente la casa amanecería de miedo, aunque nosotras quitaríamos lo más gordo, las pisadas y demás no habría quien las limpiara por la noche.

—Claro que sí, mis niñas, eso no hay ni que preguntarlo, y de pagar a parte nada, eso entra dentro de mi sueldo —sugirió dispuesta.

—No, no, Chari, eso es trabajo aparte, y nosotras encantadas de abonártelo. El contrato será a partir del lunes, déjanos ahora una copia de tus documentos para pasarlos al asesor y que él se encargue de todo.

Así fue como logramos concretamos con ella todos los aspectos relacionados con su trabajo en nuestra casa, acordando que vendría el domingo al mediodía, para que pudiéramos descansar un poco más por la mañana, ya que intuía que la noche iba a ser muy larga.

Javi se ofreció a acompañarla, pero ella rechazó la oferta, alegando que tenía que ir a limpiar y ordenar a la casa de una de sus abuelitas, como ella las llamaba, que quedaba justo en el edificio de enfrente. Así que decidió quedarse con nosotras para ultimar los preparativos de la barbacoa.

Le dijimos que, si quería invitar a su amigo, no había problema, pero cuando lo llamó para

preguntarle, él declinó la invitación. Dijo que estaba conociendo a una chica y que no quería dejarla sola ni llevarla a nuestra casa, así que prefería dejarlo para más adelante, cuando ella tuviera un poco más de confianza.

Creó un grupo de WhatsApp con toda la gente que estaba invitada, para coordinar lo que cada uno iba a llevar y la hora de llegada. Se decidió que traerían carne, patatas chips, olivas, jamoncito del bueno, como dijo Arturo, otro de nuestros compañeros y que tenía todo el arte del mundo. También se incluyeron quesos, picos y las bebidas, lo compraría todo una persona y los demás le haríamos un Bizum para que fuera más sencillo.

Cuando nos quedamos solas, observé a Marina con mirada interrogante, ya que ni me había comentado que le gustara Javi, pero yo se lo noté desde el minuto uno en que se encontraron los dos, porque a él tampoco le dejaba indiferente el asunto, lo tenía claro.

—Marinita, Marinita, ¿me vas a decir qué te pasa por esa cabecita? Y no me digas que nada, por favor, no vayas a insultar mi inteligencia, que se te nota a leguas.

—No me digas eso ni en broma, ¿tanto se me nota? —comentó totalmente avergonzada—. Si es que yo intento que no se me note, pero se me van los ojos, es que es tan guapo, tan simpático, tan agradable, tan....

—Vale, vale, que ya he captado la idea. ¿Y piensas hacer algo al respecto? ¿O vas a esperar a que te traiga flores y bombones para declararse?

—Es curioso que seas tú la que me digas eso, con el trabajito que te costó intimar con el carnavalero. Vamos, como si ella se tirara al cuello cada vez que le gusta un hombre —relataba por lo bajo mientras se levantaba del sofá—. Lo que hay que oír....

Al final, terminamos a carcajadas limpias, planeando cómo seducir al pobre Javi, iba del «se lo voy a decir claramente» al «mejor se lo pongo en los *post-it* que lleva en la mochila», pasando por «contrato fuegos artificiales y que se lo pongan en el cielo», y es que era mortalita, se le ocurría cada cosa que no era ni medio normal.



Llegó el sábado por la mañana, y ahí estábamos decidiendo qué ropa ponernos para la barbacoa. Queríamos algo que no fuera demasiado elegante, como si fuéramos a una boda, pero tampoco tan informal que nos confundieran con unas indigentes. Al final, nos decidimos por unos *shorts* vaqueros: los míos eran blancos y los de Marina en azul clarito. Ambas elegimos unas camisetas de tirantes finitos con escote en «V», que nos favorecían mucho a las dos, aunque en colores diferentes; yo elegí una en azul marino y ella se decantó por una en rojo. Para completar el conjunto, nos pusimos unas cuñas de esparto que no solo nos hacían lucir más estilizadas, sino que también eran súper cómodas.

Todos llegaron al mismo tiempo, ya que habían decidido esperar a que estuvieran todos para subir, y así nouviéramos que estar abriendo la puerta cada dos por tres, y la verdad es que lo agradecemos. En general, sus atuendos eran bastante similares al nuestro, excepto Rocío, que se

había puesto encima todas las prendas con brillo que tenía en su armario. Era una barbaridad, porque no solo eran muchas, sino que cada una de ellas pertenecía a una firma bastante cara, poco asequible para la mayoría de los bolsillos, ¡qué ostentación para una comida entre amigos!

—¿Te has fijado como viene mi prima? Parece que la han sacado del anuncio ese de las burbujas del champán. Si cuantificamos el importe de todo lo que lleva puesto, la suma es igual al producto interior bruto de toda la región de Andalucía. —Reía mientras hablaba.

—Ni que lo digas —dijo Javi, que estaba detrás de nosotras y no nos habíamos dado cuenta, también entre risas—. Lo mismo se ha confundido y se ha pensado que estaríamos aquí hasta las campanadas de fin de año, y no quería desentonar. Con lo bonitas que estáis las mujeres al natural, sin tanta parafernalia.

Decidí salir a la terraza a charlar con mis compañeros, para dejarlos a ellos dos solos en la cocina. Esperaba que, con suerte, la cosa se descontrolara y que se abrieran el uno al otro. Aunque, si eso ocurría, no podía evitar pensar que a Rocío le daría un jamacuco, o que podría terminar tirándose de los pelos con mi amiga, que también era una posibilidad.

El día transcurrió de lo más a gusto, y estuvimos hasta casi las doce de la noche, a excepción de la mala cara de Rocío cada vez que Javi se dirigía a Marina de manera cariñosa, ya fuera dándole un beso en la mejilla, acercándole algo de comer, o sacándola a bailar, momento en el que las dos se ponían rojas, mi amiga por vergüenza y la otra de rabia, aquí se estaba cociendo algo a fuego lento.

A la mañana siguiente, y mientras Marina dormía y yo me preparaba el desayuno, apareció Chari, con su sonrisa tan característica y su alegría desbordante. Le dije que se sentara a tomarse un café conmigo, en tanto mi amiga no se levantaba, y aprovechamos para charlar un poquito.

—Chari, con lo bonita y joven que eres, ¿cómo es que no te has buscado otra pareja? —le pregunté después de contarme que no estaba con el padre de su hijo, y explicarme su historia.

—Yo digo como la cantante esa, no quiero más dramas en mi vida... me enamoré una vez, no me dieron la oportunidad de que saliera bien, así que se acabó. Además, tengo claro que, como quise a ese hombre, no voy a querer a nadie más, y es que todavía lo tengo en un trocito de mi corazón, tampoco sería justo para la otra persona que no pudiera quererle al cien por cien.

Me dejó pensando con esa afirmación que me hizo, ¿me pasaría a mí igual? ¿No olvidaría a Rafa y sería incapaz de amar a otro hombre? No, yo me lo quitaría de la cabeza costase lo que costase, porque con él no tenía ninguna oportunidad, me lo había dejado claro.

Capítulo 12



Rafa

Mi intento de relación con Raquel iba bastante bien, hasta yo estaba sorprendido de lo a gusto que estaba con ella, las risas que nos pegábamos y la complicidad que había entre los dos, aunque en el tema íntimo, no habíamos pasado de cuatro besos, esos que no me hacían sentir las mariposas en estómago que sentía cuando besé a Lucía, pero me decía a mí mismo que poco a poco iría sintiendo más, que todo era cuestión de tiempo.

Esa noche, al llegar al portal de Raquel, me comentó que su hermano estaba de guardia todo el fin de semana, que, si me gustaría subir un rato con ella, que la casa estaba vacía. En un primer momento, dudaba si aceptar la oferta, porque me sorprendió bastante que fuera ella la que diera el paso, pero tras el *shock* inicial que ella notó en mi cara, le dije que sí, pensando que era lógico que fuésemos un paso más allá, ¿quién en el siglo en el que estábamos no pasaba de los besos a la edad que teníamos y siendo medio normal?

Subimos y empezó a enseñarme la casa, y no pude evitar recordar cuando subí a casa de Lucía, y lo diferente que se estaba dando la situación porque, mientras con ella no pasé de conocer el vestíbulo y su dormitorio, Raquel me estaba dando un recorrido completo por su casa, mostrándome cada rincón y detalle.

Cuando nos sentamos en el sofá con un refresco en la mano, ya que me ofreció una cerveza, pero decidí rechazarla porque quería estar lo más lúcido posible ante lo que intuía que iba a pasar, y ya llevaba unas cuantas en el cuerpo. Dejé los vasos sobre la mesita que teníamos frente a nosotros, y me incliné para besarla; un beso que empezó siendo muy dulce pero poco a poco se fue volviendo más apasionado.

Entonces, la cogí por los brazos, y la hice sentarse a horcajadas sobre mí, para que pudiera sentir la dureza de mi sexo en el suyo, mientras mis manos se deslizaban por debajo de su camiseta, desabrochando su sujetador para liberar sus pechos y poder acariciarlos sin ninguna barrera. Ella misma levantó los brazos, facilitando que le quitara ambas prendas, y en cuanto lo hice, me llevé sus pechos a la boca, deleitándome con ellos, mientras ella trataba de contener los gemidos que escapaban de su boca, yo metía sus manos bajo mi camisa. En ese momento, me vino a la cabeza la imagen de Lucía, recordando cómo con ella todo fluía de manera natural, sin necesidad de guiarla, pero pensé que quizás Raquel solo necesitaba un poco más de tiempo para adaptarse a lo que estaba sucediendo.

La levanté entre mis brazos y la coloqué de pie, indicándole que me dijera cuál era su dormitorio. No me parecía apropiado hacerlo en el sofá donde su hermano se sentaba cada noche a cenar y ver la televisión, que fue lo que ella me dijo mientras me enseñaba el salón. Atravesamos su puerta entre besos, y terminé de desnudarla, sentándola en el filo de la cama,

arrodillándome para degustarla, con dos dedos a la vez que mi lengua recorría su sexo, y ella se agarraba a las sábanas. Cuando le llegó su orgasmo, temblaba como un parajito en medio de una tormenta, y mientras se recuperaba, yo me desnudé y me puse un preservativo; menos mal que siempre llevaba uno en la cartera, el que íbamos a usar y que me daba la excusa perfecta para irme en cuanto terminara, ya que no me sentía todavía con fuerzas para quedarme a pasar la noche.

La penetré con cuidado, ya que ella, antes de entrar, así me lo indicó, no le gustaba el sexo fuerte, ella lo quería todo más delicado, por Dios hasta en eso eran como la noche y el día, mientras Lucía me pedía más y más fuerte, Raquel me había dejado claro desde el minuto uno que con ella no iba a ser así.

Dicho y hecho, tal como terminamos, busqué mi ropa para vestirme y marcharme a casa. Tenía un torbellino de pensamientos en la cabeza, y ella me lo notó en la cara. Aunque en la calle teníamos una gran complicidad y nos entendíamos a la perfección, en la intimidad todo era diferente. ¿Podría acostumbrarme a eso? ¿Serían mis sentimientos lo suficientemente fuertes como para llenar ese vacío?

—¿Te marchas? ¿No te quedas a dormir? Sé que no he estado muy bien, pero es que estaba muy nerviosa —se lamentaba intentado justificar su actitud con respecto al sexo.

—No pasa nada, bonita, ha sido fantástico, es solo que mi madre no se encontraba del todo bien hoy, y no me gustaría dejarla sola esta noche —mentí para no hacerla sentir mal.

Se puso una bata y me acompañó a la puerta, nos dimos un profundo beso y quedamos en vernos al día siguiente, pero en mi cabeza no paraba de dar vueltas, una y otra vez a mi morena particular, lo que daría porque estuviera aquí y poder intentarlo con ella, pero no podía ser, estaba a miles de kilómetros.

No pegué un ojo en toda la noche, y a la mañana siguiente me levanté con más mala cara que los pollos de Simago, que se diría en mi tierra, hasta las vecinas a las que les repartía las bombonas de butano me lo dijeron. «Chiquillo vete a dormir un rato, que menuda juerga te has tenido que pegar», fue la frase más escuchada en ese día, si supieran que no era por eso, ojalá y lo hubiera sido.

Llamé a mi amigo Javi por teléfono, pues ya había terminado su jornada laboral, ya que los jueves terminaba a las doce, y le propuse que nos viéramos, tenía que conocer su opinión al respecto, o me iba a volver loco, me veía con un embudo en la cabeza repartiendo estampitas alrededor de la Catedral; visualicé la imagen y estallé en carcajadas yo solo. Por supuesto, que me dijo que sí, que en cinco minutos nos veíamos en el bar de siempre, que le fuera pidiendo una cerveza y un paracetamol, porque tenía claro que lo que tenía que contarle le provocaría dolor de cabeza.

Justo cinco minutos después, apareció por la esquina, con su peculiar manera de andar, con las manos metidas en los bolsillos. Mi madre siempre le decía que, por culpa de esa manía suya, las mujeres iban a pensar que era manco o, por lo menos, que le faltaba algún dedo. Lo puse al día de mi historia, y le transmití mis dudas al respecto, las cuales él intentó aclarar, exponiéndome

sus razones para tirar por tierra esas dudas, que decía que eran totalmente razonables.

—Vamos a ver, son dos personas distintas, Rafa, no puedes compararlas todo el tiempo, porque una siempre saldrá perdiendo, y no es justo para Raquel ni para la relación que intentas tener con ella —expuso Javi muy serio y tranquilo.

—Sí, lo sé, pero es que no puedo evitarlo, hasta cuando nos besamos, me pongo a pensar, Lucía esto no lo hubiera hecho así, o lo haría de otra manera.

—No puedo opinar de cuál es mejor para ti, porque no conozco a ninguna de las dos, con una no hay opción a conocerla, pero con la otra se puede remediar. Además, tengo una idea, dentro de dos sábados es mi cumpleaños, y voy a dar una fiesta como todos los años, aunque tú te la has perdido estos últimos, ve con ella, así la conocemos y puedo opinar con propiedad.

Y en eso quedamos, en que iríamos a su fiesta de cumpleaños juntos, esperaba que me dijera que sí, porque me gustaría incluirla en los planes con mis amigos, para así integrarla en el grupo poco a poco. No sé qué haría sin Javi y sus charlas, me conocía como nadie y se ponía en mi piel sin rechistar ni juzgar, sin lugar a duda, era el mejor amigo que podía tener.

Capítulo 13



Lucía

Esa mañana amaneció un poco más fría de lo que estábamos acostumbradas, hacía bastante humedad y el cielo se veía encapotado, por lo que opté por coger una chaqueta un poco más gruesa para recorrer el camino de casa al colegio, porque lo que me faltaba era coger frío y enfermarme.

Marina, ya estaba lista y feliz porque, tal y como me imaginaba, se había ilusionado bastante con Javi, y estaba deseando volver a verlo, ya que todas las mañanas, antes de entrar a trabajar, nos tomábamos un café en el bar que estaba situado justo enfrente de la entrada principal del colegio.

Me alegraba por ella, y así se lo hacía saber todas y cada una de las veces que salía el tema en cualquier conversación, pero mi estado de ánimo estaba en horas bajas, no me podía olvidar de Rafa, ese hombre que, sin saberlo ni quererlo, se había adueñado de mi corazón y mi cabeza. Me preguntaba qué sería más doloroso: la posibilidad de no volver a verlo y así poder olvidarlo, o el riesgo de encontrarlo y que todos esos sentimientos que tanto me esforzaba por enterrar volvieran a aflorar con fuerza.

Llegamos al bar y con una excusa tonta, los dejé allí y me fui rápido para el colegio, no tenía ganas de nada, era como si el mal tiempo se hubiese instalado también en mis adentros, solo mis niños hacían que floreciera una sonrisa sincera con sus ocurrencias. Estaban hablando de que próximamente, era el cumpleaños de alguno de mis compañeros, y que estábamos todos invitados a una pequeña fiesta que le iban a organizar sus amigos, la verdad es que tenía cero ganas de acudir a dicha fiesta, pero tendría que hacer de tripas corazón si quería integrarme y tener más amigos, porque me veía de sujetavelas de Marina y Javi, y tenía claro que antes me quedaba en casa, por mucho que mi amiga insistiera.

—Lucía —me llamó Marina en cuanto me vio en el trabajo—. Dime, ¿te pasa algo? ¿Te veo muy apática?

—No es nada, no te preocupes, estaré incubando algo.

—Si estás así por lo que estoy comenzando con Javi, lo dejo ahora mismo, ya te lo he dicho muchas veces.

—Las mismas que yo te he dicho que no. ¿Es que estás loca? Ni se me ocurriría, vamos, sería lo último. Sabes que me alegro por vosotros, que no es eso, es que no logro olvidarlo y, estado aquí en su tierra, menos todavía. Salgo a la calle con el miedo de encontrármelo, pero contradictoriamente, con la esperanza y el anhelo de que eso suceda. No sé, debo estar volviéndome loca —dije entre risas, para quitarle hierro al asunto.

—¿Quién está loca? —preguntó Javi, que acababa de llegar— Porque yo conozco un loquero bastante eficaz.

—¿Y está bueno? Lo digo para presentárselo a esta, a ver si espabila y se quita de la cabeza a quién no debería de haber entrado nunca en ella.

Entre risas, y sin dar detalles, le conté a Javi que me había enamorado de un hombre que, aunque estaba de toma pan y moja, me dejó claro desde el primer momento que solo sería una noche, que en sus planes no estaba tener una relación y mucho menos a distancia, y tampoco le aclaré que el susodicho era gaditano, con lo cual pensó que lo había dejado en mi tierra.

El rato que estuvimos hablando me dio muy buenos consejos, haciéndome entender que, quizás no era el hombre de mi vida que, si se hubiese enamorado de mí de verdad, nada ni nadie le hubiera impedido el ir a buscarme, que no me hiciese más daño y que abriera mi corazón de nuevo. Bromeamos con que, en su fiesta de cumpleaños, ya me había enterado de que era él, me presentaría a un montón de amigos, que ya vería como entre ellos encontraba a alguien que me llamara la atención y me ayudara a cerrar ese capítulo de mi vida.

El cumpleaños era ese mismo sábado, estábamos ya a jueves y seguíamos sin tener regalo, porque Marina se había empeñado en que fuera conjunto de las dos, y yo en que tenía que ser uno de cada una, pues no era lo mismo que se lo diera yo a que se lo diera ella, con quien estaba empezando una relación. Entre tanto tira y afloja, al final acordamos que le íbamos a comprar un regalo conjunto y luego, uno de cada una, así no nos salíamos con la nuestra ninguna de las dos.

Y nos fuimos de compras, como regalo conjunto, le cogimos una Tablet nueva, porque observamos que la suya era muy antigua y tenía poca capacidad, cosa de la que siempre se estaba quejando, y, como regalo por separado, ella optó por un frasco del perfume que usaba normalmente, y que me resultó tremendamente familiar, pero no lograba ubicar a quién se lo había oído, y yo le compré una sudadera de una marca que le gustaba mucho, ya que siempre llevaba algo de esa firma para trabajar.

Al llegar a casa, me di una ducha rápida y me puse el pijama, dispuesta a instalarme en el sofá a ver una serie de una televisión de pago que, generalmente era de contenido infantil, a la que me había enganchado, con una trama de esas que te quitan el aliento, que no por ser de esa plataforma era destinada a niños, ni mucho menos.

Marina había quedado para salir con Javi a tomar algo, así que me encontraba en casa sola y necesitaba evadirme: de Rafa, del trabajo, del anhelo de mis padres, de todo, y no encontré mejor opción que esa. Me preparé un sándwich, mi paquete de patatas chips y un refresco, así como una tonelada y media de chuches. «O me evadía o terminaba en urgencias haciéndome un lavado de estómago», pensé riéndome yo sola.

Al rato, recibí la llamada diaria de mis padres, aunque era demasiado temprano, ya que ellos me solían llamar mucho más tarde, asustada contesté, pensando que había ocurrido algo. Sin embargo, resultó que no era nada grave; simplemente había olvidado por completo que mandé los documentos de Chari al asesor, que es hermano de un compañero de mi padre que también era gaditano, y que tenía que enviarme el contrato.

—Papá, qué temprano me llamas hoy, ¿ha sucedido algo?

—No cariño, por lo que veo, has olvidado que quedé en llamarte hoy para lo del contrato de la empleada del hogar. El asesor me ha dicho que ya está listo, y que podéis ir a firmarlo cuando queráis.

—Ostras, es verdad, se me había pasado por completo. Mándame la dirección por WhatsApp y mañana, cuando llegue Chari, me coordino con ella para ver cuándo le viene mejor.

Durante casi una hora, estuvimos charlando por teléfono, ya que mi padre me notó bajita de ánimos y estuvo intentando animarme, mi madre tenía guardia de veinticuatro horas en el hospital, así que no pudo estar presente en esa llamada, tenía unas ganas impresionantes de que llegara la Navidad para poder pasar los días de vacaciones con ellos.

El sábado finalmente llegó, y con él, la celebración del cumpleaños de Javi. Aunque no me apetecía nada salir, mi amiga no me dejó y organizó un día lleno de actividades. Empezando por la peluquería, ya que decía que tenía las puntas abiertas y había que sanearlas, seguido por sesión de manicura, en la que optamos por un diseño de uñas francesas con fantasía, con unos brillitos muy sutiles pero muy bonitos, y terminamos con otra de maquillaje, pero ya en casa y realizada por ella.

Me maquillé los ojos con efecto ahumado, en tonos que combinaban perfectamente con el vestido que iba a llevar, los labios en rojo pasión, porque decía que eso era lo que me faltaba en la vida, una experiencia pasional que me volviera los ojos del revés, si es que esta loquita era la mejor persona que podía tener en estos momentos.

Cuando salí de la habitación ya arreglada, Marina no pudo evitar decirme que parecía una estrella de cine. Me había puesto un elegante vestido azul marino que se amoldaba a mi cuerpo como un guante, con un tirante ancho y escote en «V», que era el tipo que más me gustaba, ya que realzaba la forma de mis pechos sin ir demasiado escotada. Para completar el conjunto, elegí unas medias que daban un efecto de piel bronceada y unos zapatos de tacón rojos que combinaban a la perfección con mi bolso y mi chaqueta.

Capítulo 14



Lucía

Decidimos ir caminando hasta el local que habían reservado para la celebración del cumpleaños de Javi, ya que no estaba lejos de casa y la tarde-noche estaba muy buena, la temperatura era muy agradable y no hacía nada de viento, vamos estaba ideal para ir dando un paseo.

Por el camino, fuimos charlando sobre cómo serían los amigos de nuestro compañero, y lo que podíamos encontrar al llegar, aunque nada más lejos de la realidad lo que pensábamos y lo que nos encontramos. El ambiente resultó ser muy agradable, la música estaba en un volumen perfecto, quien quisiera podía bailar, pero también permitía que pudiéramos mantener una conversación sin tener que gritar.

Javi nos fue presentando a todo el mundo que no conocíamos, y nos dijo que faltaba por llegar el hijo de Chari, ese del que su madre nos había hablado tanto que estábamos deseando de conocer, y que, al parecer, iba a llegar un poco más tarde pues estaba esperando a que saliera su chica de la tienda en la que trabajaba para ir juntos hasta allí, y que así ella no tuviera que acudir sola.

Estaba dispuesta a hacerle caso a mi compañero y amigo, tenía toda la intención de disfrutar, bailar, beber, comer y abrir mi corazón, quién sabía si entre todas las personas que estaban allí reunidas celebrando el cumpleaños, se encontraba de nuevo el amor, aunque empezaba a pensar que con mi media naranja se habían hecho un zumo.

—¿Cómo se lo está pasando la mujer más bonita de toda la fiesta? Después de mi Marinita, por supuesto, que no quiero que me corte los huevos, ahora que empiezo a utilizarlos de nuevo. —Se acercó a mí Javi, mientras íbamos a por unas bebidas a la mesa designada para ello.

—Pues, contra todo pronóstico, porque no las tenía todas conmigo de poder desconectar, me lo estoy pasando pipa. Arturo es la leche, no se puede tener más arte que él, me duele hasta la mandíbula de reírme, el chiste que acaba de contar del borracho ha sido la monda, de verdad que hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Y, la verdad es que es bastante atractivo, no me lo vayas a negar, además, no ha dejado de mirarte desde que has llegado. Hazme caso y abre tu corazón, es un tío que merece la pena, en serio, dale la oportunidad de conocerlo.

—Vamos, si por ti fuera, de aquí nos marchábamos directos al juzgado a organizar una boda —le contesté entre risas—. Solo te puedo decir que me lo pensaré, ahora mismo estoy demasiado saturada y, antes que nada, necesito poner mi vida en orden, encontrar mi lugar, y sanarme a mí misma, para luego poder dar el cien por cien de mí a la otra persona.

Volví al mismo lugar en el que estaba anteriormente, con dos copas en la mano, una para mí y otra para Arturo, que se la había ganado con creces por la buena noche que me estaba haciendo pasar. Pero, en un solo segundo, todo cambió, el destino me tenía preparada una sorpresa que no podía llegar a imaginar, una que, de nuevo, pondría mi vida patas arriba.

—Hombre, menos mal que apareces, pensábamos que ya no vendrías, casi llegas a la hora de irnos, macho, tú siempre igual. —Escuché que le decían a alguien que acababa de llegar.

—Ven, que te voy a presentar al hijo de Chari. Tiene la misma forma de ser que su madre, aunque físicamente no se parece a ella —susurró Javi en mi oído.

Al darme la vuelta, lo vi, y todo se nubló a mi alrededor, cómo podía ser la vida tan cabrona de ponérmelo delante así, por la buenas y acompañado de una mujer escultural. Sí, tal y como pensáis, el hijo de Chari era Rafa, ese mismo que me dijo que una relación no entraba en sus planes, y aparecía de la mano de otra.

Él pareció igual de sorprendido que yo, pero en su cara se notaba algo más que la sorpresa, incredulidad, era como si no se creyera que pudiera estar allí. Dos lágrimas cayeron por mis mejillas, las mismas que había intentado retener sin éxito, no quería que me viera llorar, no allí, no cuando él había pasado no solo la página, sino un capítulo entero, al parecer.

—Lucía... —dijo en un murmullo, y tanto Javi como Marina lo miraron extrañados.

Debía salir de allí, tenía que huir, no podía enfrentarme a él en ese momento, en esas condiciones, no estaba preparada, así que salí corriendo, sin mirar atrás y con las lágrimas nublando mi visión y sin prestar atención a esas voces que me llamaban y que no era capaz de distinguir. Cuando me di cuenta de que su mano estaba entrelazada a la de esa mujer, una mezcla de rabia y de dolor me invadió, como si un rayo hubiera atravesado mi pecho; pude escuchar el crujido que hizo mi corazón al romperse, y un fuerte dolor que me oprimía, como si estuviera a punto de hundirme por completo.

No sé el tiempo que estuve corriendo, ni me di cuenta del rumbo que cogí, solo quería escapar, lo más rápido y lejos que me fuera posible, y terminé en una playa en la otra punta de Cádiz, a la que llamaban La Cortadura, sentada en la arena y con un caos impresionante en mi cabeza. Estuve incluso tentada de llamar a mi padre para que viniera a buscarme, renunciar a mi trabajo y a todo, pero luego llegué a la conclusión de que no era justo, no lo era que yo tuviera que alejarme de todo lo que me gustaba: la ciudad, mis compañeros, a los que ya consideraba amigos, mi casa, en definitiva, a mi vida actual, cuando él ni siquiera se había despeinado en buscarse a otra.

Estuve allí toda la noche, sentada en la arena e intentando poner en orden mis pensamientos y mis sentimientos, hasta que me sentí preparada para volver, en mi teléfono tenía mil llamadas perdidas y un montón de mensajes, tanto de Marina, como de algunos compañeros que se encontraban en la fiesta, pero tan sumida estaba en mis pensamientos, que ni lo había escuchado sonar.

Lo primero que hice fue llamar a Marina para tranquilizarla. Me contestó verdaderamente

asustada, ya que no entendía lo que me había pasado, y es que ella no recordaba la cara de Rafa ni sabía que estaba allí. En el momento en que todo pasó, ella estaba en el baño y solo me vio salir corriendo hacia la calle. Pensó que me había pasado algo malo o que le había pasado algo a mis padres.

Tomé un taxi, y le pedí que me llevara a casa. El pobre taxista, asustado al ver mis pintas, pues llevaba todo el maquillaje corrido y toda la cara llena de churretes, así como las medias hecha jirones y los zapatos de tacón en la mano, me preguntó si estaba segura de querer ir a casa y no a un hospital o comisaria. Con una sonrisa le comenté que sí, que solo había sido una mala noche, un mal de amores. El hombre, que era mayor y muy amable, fue todo el camino dándome ánimos, diciendo que quien me había hecho eso no tenía perdón de Dios, que no me preocupara, *«con lo bonita que eres pronto conocerás al alguien y esto quedará en una triste anécdota»*, me decía totalmente convencido.

Al llegar a casa, me encontré con que Marina estaba esperándome en la puerta, y que, nada más entrar, me dio un impresionante abrazo, de esos que te indican que la otra persona estaba realmente preocupada, sintió un enorme alivio al verme sana y salva, así como Javi, que no había querido dejarla sola, y Arturo, que también estaba con ellos, por si necesitaban algo y podía ayudar, aunque solo fuera dando apoyo moral.

Javi estaba totalmente descolocado por lo que había ocurrido. Comentó que Rafa le había explicado, antes de que esto sucediera, lo que había pasado entre nosotros en Santoña, y que él mismo le animó a que conociera a esta chica, al igual que lo había hecho conmigo, animándome a que abriera mi corazón a alguien. Sin embargo, nunca se le había pasado por la cabeza que ambas historias estaban entrelazadas, que hablábamos el uno del otro, y se sentía un idiota por los consejos que nos había dado a los dos.

—Lucía, de verdad, perdóname, si llego a saber esto antes, os hubiera reunido a los dos para que hablaseis, y encima te meto a su madre en tu casa, si es que es para matarme —dijo totalmente preocupado

—No te preocupes, de verdad, estaré bien, solo tengo que recomponerme un poco. Entenderás que ha sido un *shock* verlo ahí, y encima con pareja, con lo clarísimo que me dijo que no entraba en sus planes. Y con respecto a Chari, ni qué decir tiene, que ella es una trabajadora estupenda, y que nada tiene que ver una cosa con la otra. Solo te voy a pedir un favor, no me lo nombres más. Él ha rehecho su vida y yo quiero hacerlo, es feliz, se acabó la historia, no quiero saber nada de él.

Y así fue como quedó la cosa, no quería saber nada de él ni que estuviera en mi vida, lo iba a borrar de mis pensamientos al igual que él había hecho conmigo. Javi era su amigo y la pareja de mi amiga, no teníamos por qué coincidir nunca más. Iba a sanar mi corazón y encontraría un hombre que mereciera la pena, que me quisiera como yo lo iba a querer a él.

Capítulo 15



Rafa

Había decidido tomarme la relación con Raquel con calma, yendo paso a paso, sin precipitarme, dándole una nueva oportunidad a lo nuestro, pues pensaba que merecía la pena, el tema de las relaciones sexuales seguro que mejoraría con el tiempo, en cuanto tuviéramos la suficiente confianza para decirle al otro lo que nos gustaba en ese aspecto, y que ella se viera más segura de mis intenciones.

No le había contado nada de mis sentimientos con respecto a Lucía, ni lo pensaba hacer, no tenía que ser plato de buen gusto enterarte de que tu pareja está enamorada de otra persona, por mucho que esté a kilómetros de distancia y no la vaya a volver a ver. Así que, al día siguiente de lo que pasó, y después de la conversación que tuve con Javi, en la que me abrió los ojos, pasé a buscarla por su lugar de trabajo.

Fue una sorpresa para ella, que no se lo esperaba, y más cuando entré en la tienda y le planté un beso en los labios, con el que quería transmitirle que todo estaba bien entre nosotros, y que ella aceptó de buen grado, aunque estuviera roja como un salmónete.

—¿Qué haces aquí? No me habías avisado de que vendrías a recogerme, ha sido una sorpresa, de verdad que me has dejado en *shock* con tu presencia y con ese beso.

—¿Qué pasa, que hay que coger audiencia para recoger a mi chica? O es que ¿habías quedado con otro? —le dije con mucha guasa.

—Mmm, tu chica, qué bien suena, y no seas tonto, con quién voy a quedar si no es contigo, es que tienes unas cosas.

—Claro, mi chica o ¿es que eres un hámster y no me he dado cuenta? Porque yo creo que, si es eso, eres un poquito grande, en vez de una rueda, te voy a tener que comprar una noria y ponerla de costado —le contaba mientras ella se reía.

Después de esperar a que terminara su turno, nos tomamos de la mano y juntos salimos para dar un paseo, con la intención de cenar en chiringuito que habían inaugurado recientemente en la playa, y que a ella le iba a encantar, porque allí servían un atún en adobo tan delicioso que era para cantarle una saeta. Y eso hicimos, di mi nombre al chico encargado de las mesas, pues había hecho una reserva por la mañana, no fuera a ser que llegáramos hasta allí y encontrarnos sin mesa disponible.

Nos indicaron cuál era nuestra mesa y nos dirigimos hacia ella, estaba en primera línea de la terraza, con una vista espectacular al mar y con la arena al alcance de nuestros dedos. Raquel se

descalzó y puso sus sandalias de tacón junto a la mesa, y enterró los pies en la arena, era una sensación que le encantaba.

Estaba preciosa, o por lo menos a mí me lo parecía; su atuendo era perfecto para la ocasión, pues llevaba un vestido camisero de lino en un tono verde militar, con botones en la parte delantera, bolsillos a la altura de sus pechos y un cinturón de la misma tela anudado en la cintura. Sus sandalias eran de cuña de esparto blancas, a juego con el bolso. Aunque yo tampoco me quedaba atrás, me había puesto un pantalón chino en *beige*, una camisa blanca de cuello Mao y unas deportivas también en blancas. Parecía que acabábamos de salir de una revista de moda y es que, si por separado llamábamos la atención, juntos éramos el centro de todas las miradas en la calle, pues ambos cuidábamos mucho nuestro estilismo.

Cuando el camarero vino a tomarnos nota, nos decantamos por el atún en adobo, unas tortillitas de camarones, unas patatas aliñadas con melva y, para beber, una botella de vino blanco, todo ello para compartir, ya que los dos queríamos probarlo todo.

—Amor, el sábado de la semana que viene es el cumpleaños de mi mejor amigo, Javi, y me gustaría que me acompañases —hablé mientras llenaba nuestras copas.

—Dímelo otra vez, que no me lo creo —inquirió asombrada.

—¿Qué el sábado es el cumpleaños de Javi y quiero que vengas? —Me hice el tonto, pues yo sabía que se refería a la palabra que había utilizado para dirigirme a ella—. Hija, el pobre cumple años cada doce meses y el mismo día, como todo el mundo, vaya.

—¡Qué payaso eres! Me refería a cómo me has llamado, lo otro es obvio, no va a cumplir años cada seis meses. —Reía encantada.

—Ah, vale, es eso. Amor, te he llamado amor, y acostúmbrate porque a partir de ahora es como me voy a dirigir a ti.

A ella se le iluminó la cara mientras escuchaba lo que le estaba diciendo, y se inclinó a dejar un beso en mis labios, que pretendía que fuera un simple roce, un piquito, pero que yo no dejé que fuera así, ya que pasé mi mano por su nuca, y la pegué a mí, profundizando dicho beso. Sabía que eso le daba muchísima vergüenza, pero me daba igual, no iba a limitar mis gestos de afecto por eso, ya aprendería que yo mostraba mi cariño dónde y cómo fuera.

Volvíamos paseando descalzos por la playa, cuando me dio un arrebato y la cogí por la cintura, levantándola y corriendo con ella en mis brazos, sus risas se escuchaban en el eco de la noche, y caímos a plomo en la arena. La tenía encima de mí, y rodé dejándola debajo, me apoderé de su boca, y ella me correspondió de manera salvaje, parece que se había dado cuenta de cómo me gustaban las cosas en el sexo.

Desabroché los botones de su vestido, dejándola con la ropa interior a la vista, y me puso la sangre hirviendo porque lucía un conjunto de una firma muy prestigiosa de encaje en verde agua, con un sujetador tipo *balconette* que le hacía un escote espectacular y un culote en lugar de

bragas. Bajé la parte alta del sujetador para dejar sus pechos al aire, y me lancé a ellos, mientras que ella metía las manos por debajo de mi camisa y me acariciaba mis pectorales, con la otra mano, me fui directo a su sexo, ese que rezumaba humedad por doquier, y que me volvió loco.

Sus gemidos y los míos se entrelazaron, con su mirada me pedía que la penetrara, y eso hice, primero con mis dedos, hasta que alcanzó el orgasmo, para, acto seguido, envestirla con una fuerte estocada que le hizo soltar un grito de placer que a mí me llegó al alma, y a otra parte, para qué vamos a engañarnos, esa que se puso más dura aún y que le estaba proporcionando un placer difícil de describir, alcanzando el clímax los dos a la vez.

Un rato nos llevamos tumbados en la arena casi sin poder movernos, recobrando el aliento que nos faltaba a los dos, y dándonos cuenta del lugar en el que había sucedido todo, era de locos, ninguno de los dos nos paramos a pensar que estábamos en medio de la vía pública, menos mal que, afortunadamente, no nos vio nadie.

De camino a su casa, hubo muchísimos gestos de complicidad entre los dos que sumados a lo que había ocurrido esa noche en la playa, me hicieron darme cuenta de que quizás ella tenía razón y que estaba nerviosa la primera vez que tuvimos sexo.

Los días fueron transcurriendo entre el trabajo, la academia y los ratitos que pasábamos juntos. Esa tarde decidimos dedicarla a buscar el regalo para Javi, lo cual fue un verdadero desafío, ya que él me había dicho que no quería nada material. Se me ocurrió la idea de buscar una foto de nuestra infancia y otra reciente en la que saliéramos los dos juntos, casi en la misma pose. Mandé que hicieran una pintura con esas imágenes y la enmarcaron. Además, le compramos una mochila para su trabajo que sabía que le encantaría.

Luego, nos dirigimos a su casa, ya que su hermano volvía a estar de guardia. En esta ocasión, iba a quedarme con ella; no iba a marcharme como la última vez, no se merecía ese desprecio por mi parte, cuando ella estaba poniendo toda la carne en el asador.

Esa noche fue realmente maravillosa, a pesar de que en algunos momentos la imagen de Lucía se cruzaba en mis pensamientos, pero enseguida la desechara y me centraba en Raquel, esa que lo estaba dando todo por nosotros, apostando por mí y por mis sentimientos, sin saber que todavía estaba en desventaja, cosa que iría mejorando con el tiempo, lo tenía claro.

Capítulo 16



Rafa

Ese era el día del cumpleaños de Javi y pasamos todo el día juntos, ya que mi madre le cocinó su comida favorita y lo invitó a comer, como todos los años, así como también le compró su pequeña tarta, decía que las primeras velas las tenía que apagar con nosotros, ya que consideraba que el primer deseo era el más importante y el que se cumplía seguro, ella y sus cosas.

Por la tarde-noche, lo celebraría junto con sus compañeros de trabajo y nuestros amigos de toda la vida, en el local que alquilábamos desde que cumplimos los dieciocho, y siempre con el mismo ritual, poníamos una mesa cargada de bebidas, un barril con cerveza y refrescos metidos en hielo, y pedíamos *pizza* en cantidades industriales de nuestra pizzería favorita, da igual que luego sobrara, nos las repartíamos y las recalentábamos en los días posteriores.

Me comentó que esa noche acudirían las dos chicas para las que trabajaba mi madre, y que eran sus compañeras de trabajo, alabando el carácter tan abierto de las dos y resaltando su belleza, sobre todo de una de ellas, con la que al parecer estaba empezando algo. Le expliqué que yo llegaría un poco más tarde, porque iba a esperar a que saliera Raquel del trabajo, para así ir los dos juntos y que no tuviera que acudir ella sola, que le daría más corte.

—¿Cómo os va? ¿Habéis arreglado el tema? —me preguntó con curiosidad.

—Pues la verdad es que sí. Creo que tenía razón, y la primera noche tan funesta, fue fruto de los nervios, porque luego nos ha ido de maravilla en todos los aspectos. Me parece que va a ser la que me ayude a olvidar y a sanar mi corazón.

—Ya verás como sí, te mereces ser feliz y ella es la más idónea, pasa página y cierra ese capítulo de tu vida, si no tienes intención de cambiar de lugar de residencia, porque de otro modo, no lograrás conseguir olvidarla.

Lo dejé en la puerta del local, donde ya estaban los chicos esperándolo para empezar a preparar todo. Había una cantidad indecente de alcohol, lo que hacía presagiar que íbamos a salir de ahí a gatas. Luego, me fui a buscar a mi chica en su trabajo; ella insistió en que primero pasáramos por su casa para que pudiera cambiarse de ropa y darle un toque a su maquillaje.

Casi una hora después, estaba entrando en la fiesta de la mano de Raquel, y dispuesto a que conociera a todos mis amigos, pero lo que no me esperaba era que la sorpresa me la iba a llevar yo.

— Hombre, menos mal que apareces, pensábamos que ya no vendrías, casi llegas a la hora de irnos, macho, tú siempre igual —me increpó Arturo, otro de mis mejores amigos.

No le hice caso, burlándome de él y de sus palabras enseñándole una peineta, y me dirigí hacia la parte del local en el que estaba Javi, que me hacía gestos con la mano para que me acercara, y en donde había también una chica que, de lejos, me resultaba familiar, y pensé que sería alguien de su trabajo. Al llegar, me dijo en un susurro, te voy a presentar a las chicas con las que trabaja tu madre, la del pelo castaño que está en el servicio, es con la que estoy empezando algo.

Cuando la chica se giró, creí que me daba algo, no podía ser de ninguna de las maneras, eso no era un sueño, era una pesadilla, todo el tiempo intentando olvidarla por la distancia que nos separaba, y ahora la tenía delante, qué cabrona era la vida.

Me miró igual de sorprendida que yo, pero al fijarse en que mis dedos estaban entrelazados con los de Raquel, y la forma en la que esta se dirigió a mí, llamándome mi vida, la sorpresa se tornó en dolor, en traición aún sin serlo, porque entre Lucía y yo no había nada, pero así me sentí, como si la hubiera traicionado, y dos lagrimas se resbalaron por sus mejillas, lo que me dejó claro que sentía por mí lo mismo que yo por ella. Solo me salió decirle:

—Lucía...

Mientras todos me observaban sin entender qué estaba ocurriendo, ella salió corriendo, pero mis pies parecían estar pegados al suelo, incapaz de moverme, ni de gesticular, ni de hacer absolutamente nada. Dios ¿por qué no pude reaccionar? ¿Y si esta era la última vez que la veía? Cuando quise salir detrás de ella, una mano me lo impidió; era alguien que merecía todas las explicaciones del mundo, y a quien se las daría más tarde. En ese momento, lo único que realmente me importaba era asegurarme de que ella estuviera bien.

—Es que no me lo puedo creer —decía Marina dirigiendo su mirada hacia mí—. Con toda la gente que hay en el mundo, y tienes que ser tú su mejor amigo y el hijo de la mujer que trabaja en casa.

—El mundo es muy grande, pero Cádiz es muy pequeño y, viviendo los dos aquí, tarde o temprano se iban a encontrar, aunque no entiendo nada de lo que ha ocurrido, espero que alguien se digna a explicármelo —respondió Raquel.

—No te preocupes que luego te lo explico todo, ahora solo quiero saber que se encuentra bien.

Después de un montón de llamadas que se desviaban al buzón de voz, y de que todos se dispersaran para buscarla, Javi me dijo que me fuera con Raquel y le explicara todo. Me aseguró que, tan pronto como ella apareciera, me enviaría un mensaje, sin importar la hora que fuera. Sentía que había arruinado el cumpleaños de mi mejor amigo, pero tenía la intuición de que eso no iba a ser lo único que se arruinaría esa noche.

Caminamos en un incómodo silencio uno junto al otro, esperando a ver quién iniciaba esa conversación que ninguno de los dos queríamos tener, pero que era inevitable que tuviéramos, por la salud mental de los dos. Al final, fue ella la que dijo de sentarnos en un banco de la plaza de Mina, que a esas horas estaba solitaria, y me preguntó qué había sucedido con esa chica.

Le conté absolutamente todo, desde cómo nos conocimos, lo que había sucedido aquella noche, eso que le dije con respecto a tener una relación de pareja, mis sentimientos hacia ella, y el dolor que había notado en Lucía horas atrás al ver nuestras manos entrelazadas, lo volví a ver esta vez en los ojos de Raquel, la cual estaba atenta a todas mis explicaciones, pero con las lágrimas saliendo a borbotones.

—Creía que los sentimientos eran recíprocos, pero me acabo de dar cuenta de que solo he sido para ti como una tirita, esa que ayuda a curar una herida pero que, en cuanto está curada, se retira de un golpe seco —sollozaba al hablar.

—Te juro que no, Raquel, yo me encuentro muy a gusto contigo, lo que yo menos me esperaba es que me iba a encontrar a Lucía aquí, y mucho menos en el cumpleaños de Javi. Si es que hasta mi madre trabaja en su casa, ayudándolas con las tareas domésticas.

—¿Me estás queriendo decir que, si ella no hubiese aparecido, no me habrías contado nada? ¿Es eso?

—Pues no sé lo que hubiera hecho, no te voy a mentir, supongo que habría esperado a olvidarme por completo de ella antes de contarte nada.

—Me puedes explicar, por favor ¿en qué lugar me deja a mí esto? ¿Qué es lo que somos ahora?

—Después de esto, no puedo engañarme más a mí mismo y mucho menos a ti. Sé que puedes pensar que, a buenas horas, pero te prometo que le he dado muchas vueltas antes de iniciar algo contigo. No creo que podamos ser pareja en este momento, más sabiendo que mi corazón le pertenece a otra mujer, pero lo que sí me gustaría es que pudiéramos seguir siendo amigos.

—No tienes derecho a pedirme esto; no, cuando sabes que me haría mucho daño, no me lo merezco. Te entregué mi corazón en bandeja de plata, y tú lo has tirado al suelo, así que no me pidas que encima te deje pisotearlo.

Se levantó del banco en el que estábamos sentados y, con un hasta nunca, me dejó allí, destrozado por partida doble y sin tener ni puñetera idea de lo que iba a ser de mí a partir de ahora.

Entré en mi casa con una cara que lo decía todo, solo me faltó una mirada de mi madre para derrumbarme por completo y llorar como un bebé, cuando ella vino corriendo hacia mí y me abrazó como cuando era pequeño y me caía, acunándome entre sus brazos hasta que me calmé. Le conté absolutamente todo lo que había ocurrido, tanto con Lucía como con Raquel, y me sinceré con respecto a mis sentimientos, ella me escuchaba y me dejaba desahogarme.

—Has hecho lo que creías que era mejor para todos, aunque te hayas equivocado de lo lindo. Solo te voy a pedir una cosa, que respetes la decisión de Raquel, a ella no he tenido el placer de conocerla, pero a Lucía, sí. Tengo claro que es un amor de persona. Si crees que tienes que luchar por ella, hazlo, no seas cobarde, pero con todas las cartas bocarriba desde el primer momento, sin más secretos.

Y pensando en eso me acosté, en que mi madre tenía razón e iba a luchar por ella, así tuviera que arrastrarme en el intento para que me escuchara, que me mandara a la mierda si lo creía necesario, que yo no me iba a rendir.

Capítulo 17



Lucía

Había llamado a Chari por teléfono para saber cuándo le venía bien acudir a la cita con el asesor para firmar el contrato y que todo quedara solucionado, ya que decía que para ella era una tranquilidad tener todo ese tema atado. Le pasé la dirección de la asesoría, y quedamos en vernos en una hora en la cafetería que había justo al lado, pues antes de entrar y de firmar nada, quería hablar con ella de su hijo y de lo que había sucedido, me gustaría que todo siguiera igual entre las dos, porque no quería malos rollos entre nosotras, y no quería que nos afectara en nada.

Cuando doblé la esquina, ya estaba allí, con su habitual pose y esperando a que yo llegara, parecía impaciente por querer decirme algo, y tenía una leve intuición de lo que podía ser.

—Antes que nada —dijo muy apurada—, quiero decirte que estoy al tanto de todo lo ocurrido ayer con mi hijo, y me gustaría que... —No la dejé seguir hablando.

—Mira Chari, voy a ser muy clara, lo que pasó entre tu hijo y yo, nada tiene que ver con la relación que tenemos nosotras, por ello te pido, no, te suplico, que ni siquiera me lo nombres. Intento olvidarlo por todos los medios, y que me lo nombren a cada momento, me va a impedir hacerlo.

»Yo voy a seguir contigo igual que antes, y espero que sea recíproco, así que vamos a dejar a tu hijo donde esté que, seguro que está mejor que yo, y vamos a tomarnos un café antes de que sea la hora concertada con el asesor.

Nos tomamos ese café charlando de las cosas cotidianas de la casa, tocamos el tema de las vacaciones de Navidad, que todavía no tenía claro dónde las iba a pasar, y ella me dijo que, si le tocaba la primitiva, las pasaba en las Bahamas. Me reía, aun sin ganas, pero esa risa no me llegaba a los ojos, me daba tanta pena verme así, aunque ella me entendía y se ponía en mi lugar, porque sabía lo que dolía un mal de amores.

Llegó el momento de la cita, y ambas nos dirigimos a la asesoría agarradas del brazo, como si nos conociéramos de toda la vida, y es que esa mujer me infundía tal ternura, que no iba a rechazar ninguna muestra de afecto por parte de ella, por mucho que fuera la madre del hombre que más daño me había hecho hasta la fecha.

Abrí la puerta y le di paso a Chari, que se quedó plantada al ver al asesor, con la cara blanca como el papel y temblando como las hojas de un árbol con levante, de verdad que me asusté, porque creía que se iba a caer en redondo por una bajada de tensión o de algo, hasta que me giré y yo también vi al asesor. Era como si al atravesar esa puerta, hubiésemos entrado en una cámara del tiempo y estuviéramos en el futuro, lo miraba y veía a Rafa dentro de veinte años, qué impresión más mala.

—¿Rafael? —murmuró Chari casi sin voz.

—¿Chari? —respondió él igual de sorprendido.

Y mientras tanto, ahí estaba yo, alternando la mirada de uno a otro, como si estuviera en un partido de tenis y totalmente descolocada, seguía sin entender qué demonios estaba pasando. El asesor se dirigió hacia mí, llamándome por mi nombre, y comentándome que ya estaba todo listo para firmar, que su hermano le había hablado muy bien de mi familia, y por eso había intentado tener todo listo lo antes posible. A continuación, volvió la cara hacia Chari, indicándole que tenían que hablar cuando la firma se hiciera efectiva, lo cual hicieron nada más guardar la carpeta y grabar la firma digital.

—Bueno, yo me voy ya, que parece que vosotros tenéis que hablar y es algo personal —expresé en cuanto mi firma estuvo estampada en el contrato.

—De eso nada, si tú te vas, yo también —dijo Chari para, a continuación, susurrarme con una mirada suplicante que no la dejara sola— ¿Qué es lo que quieres, Rafael?

—Pues que me expliques por qué te fuiste, por qué no me merecí ni una simple nota que me dijera que me dejabas —reclamó él con mucho dolor.

—¿Qué yo qué? —Se levantó ella muy sulfurada.

—Creo que aquí ha habido un malentendido por parte de los dos, aunque imagino que ha sido causado por gente con mucha maldad. —Medié entre los dos—. A ver Rafael, ¿cuál es la historia que te contaron a ti? Si ponemos las cosas en claro, a lo mejor llegáis a sacar conclusiones.

—Pues, yo volví a casa después de unos meses, ya que había estado muy ocupado intentando aprobar todas las asignaturas a la primera, para poder llevar a cabo mis planes con ella y no marcharme nunca más, además de que también estaba haciendo prácticas que me sirvieran para poder abrir luego mi propio negocio. —Paró para llenarse un vaso de agua y tomar un sorbo, pues se veía que tenía la boca seca.

»Cuando llegué a mi casa y no la encontré, decidí preguntarles a mis padres de manera sutil. Ellos me informaron que se había marchado con un tratante de ganado que había estado en la finca para comprar algunas reses. Me contaron que él era viudo y tenía un bebé, pues su mujer había muerto en el parto.

»Al enterarse de esta situación, ella vio la oportunidad de conseguir el estatus social que anhelaba, así que no dudó en casarse y marcharse, asumiendo el papel de madre del bebé. Por eso decidí venirme a Cádiz, para evitar cruzarme con ella y con su marido, ya que eso me habría dolido demasiado.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —interrogó ella, expresando en su rostro asombro y dolor a partes iguales— Porque yo llevo aquí veinte años y jamás me he cruzado contigo.

—¿Viniste aquí con tu marido y el niño? —preguntó él con resignación.

—Con mi marido no, porque no lo hay ni nunca lo ha habido. Pero con el niño, sí. —La miró,

sin entender nada—. Bueno, pues ahora es mi turno. Cuando estuviste en casa la última vez, me quedé embarazada, pero no se lo conté a nadie; guardaba el secreto hasta que regresaras, ya que creí que tú debías ser el primero en saberlo.

»Sin embargo, un día, a causa de los vómitos que trataba de disimular diciendo que estaba mal del estómago, me desmayé. Tuvieron que llamar al médico, quien, tras reconocermelo, les dijo a los señores que era algo normal en mi estado y que debía guardar reposo unos días y seguir el tratamiento que me había indicado.

»Pasados esos días en lo que estuve en cama, me hicieron llamar para informarme que tú les habías contado que te habías acostado conmigo varias veces. Me dijeron que, aunque el niño fuera tuyo, no tenías intención de asumir tu responsabilidad ni a volver conmigo, ya que habías conocido a una chica de buena familia y estabais iniciando una relación. Así que decidieron despedirme y ofrecerme una pequeña indemnización.

»En resumen, me quedé sin trabajo y sin dinero, con los pocos ahorros que tenía y una barriga de cinco meses. Decidí mudarme a Cádiz porque no iba a soportar verte con otra por las calles del pueblo.

Miré a los dos, totalmente alucinada, preguntándome cómo era posible que existiera tanta maldad en el mundo. Era increíble pensar que alguien fuera capaz de destruir a su propio hijo solo para evitar las habladurías de la gente; simplemente no me lo podía creer.

En los ojos de ambos, las lágrimas brotaban sin control, y era evidente que el dolor estaba haciendo mella en los dos. En ella, porque no se había dado cuenta de que Rafael era incapaz de comportarse así, y en él, porque no podía creerse que sus padres le hubieran arrebatado al amor de su vida, todo por culpa del dinero.

Estuvieron hablando más de una hora, contándose ambos cómo había sido su vida, en la que resultó que Rafael, al igual que Chari, no se había casado, pues nunca pudo olvidar a la mujer de su vida y no estaba dispuesto a empezar una relación con nadie sin poder ofrecerle todo su amor.

Viendo que ya estaban más tranquilos, decidí que era momento de irme, porque allí ya no pintaba nada. Ellos necesitaban un tiempo a solas para decidir qué iban a hacer con sus vidas, y cómo querían retomar su relación, si como pareja o como amigos. Tenía claro que se amaban con locura, y considerando que todavía eran jóvenes, pues Chari tenía cuarenta y cinco años y Rafael cuarenta y siete, era más que viable que se dieran una segunda oportunidad.

Con todo eso en mente, me dirigí a mi casa, donde Javi y Marina estaban preparando algo de cena para los tres. Mi amiga insistía en que no me iban a dejar sola, y después de cenar, veríamos una de esas películas que te hacen reír a carcajadas, para levantar un poco el ánimo y quitarnos esa cara de mustias que teníamos.

Capítulo 18



Rafa

Me levanté esa mañana con un dolor de cabeza horroroso, fruto de no haber pegado ojo en toda la noche, y con la sensación de que algo iba a pasar. Mi madre llevaba unos días muy rara, y no me quedaba claro si era porque lo sucedido entre Lucía y yo, le había traído consecuencias en su relación con ella, o lo que le afectaba era otra cosa, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

—Mamá, me haces el favor y me cuentas ya qué coño te pasa —le dije medio mosqueado porque acababa de echarse sal en vez de azúcar en el café—. Es que llevas unos días que estás como medio lela, hija, parece que te han abducido los extraterrestres.

—Es que.... tengo que contarte algo. No sé cómo te lo vas a tomar... —decía dudando, sin saber la manera de contarme aquello que me tenía que decir.

—Al grano, mamá, al grano. Si es porque te has echado novio, déjame decirte que, por mi parte, no hay problema. Es más, ¡ya era hora! Eso sí, elige bien, por lo que más quieras, que, con un cabrón en nuestras vidas, ya hemos tenido bastante —exclamé eufórico, mientras ella me miraba con una mezcla de miedo y dulzura.

—Mejor no te digo nada, y que lo veas con tus propios ojos. Sí, eso es, que tú lo compruebes in situ —dijo más para ella que para mí—. Lo voy a llamar para decirle que esta noche cenamos los tres juntos, que busque un restaurante tranquilo.

—¿Un restaurante? ¿Desde cuándo te has vuelto tan sibarita? En otras condiciones hubieras dicho que viniera a cenar a casa, que tú ibas a preparar su comida favorita.

La verdad es que cada vez me estaba asustando más con esta situación. No era normal que mi madre estuviera tan nerviosa ni las cosas que estaba haciendo. Empecé a pensar que tal vez era alguien con mucho dinero, o, por el contrario, que ese hombre no tenía donde caerse muerto, y ella pensaba que yo me iba a oponer a esa relación.

Tal como alcancé la calle, cogí el teléfono, dispuesto a llamar a mi buen amigo Javi, para ponerlo al día de los últimos acontecimientos, y para saber si él tenía conocimiento de algo y podía arrojar un poco de luz al respecto, ya que yo me encontraba más perdido que un pulpo en un garaje.

—¿Qué le ocurre, sucede o acontece al amor de mi vida? —me respondió nada más descolgar la llamada y a carcajada limpia.

—Desde luego, que no eres más cabrito porque no eres más grande.

—Macho, si es que contigo tengo complejo de psicólogo, muchas veces me planteo si no

debería haber estudiado eso en lugar de Magisterio.

—Déjate de tonterías que es importante. ¿Dónde estás? ¿Podemos vernos dónde siempre? Tengo que contarte algo urgente y que me des tu punto de vista, a ver si entre los dos podemos poner algo en claro.

—Si es algo referente a Lucía, desde ya te digo que no me voy a meter ni a pronunciar en nada. Es mi compañera de trabajo y la mejor amiga de mi chica, no quiero me pase factura, ya eres mayorcito para sacarte solo las castañas del fuego. —Me dejó claro.

—El tema de Lucía está ahí, pero todavía no he pensado cómo abordarlo, es por otra cosa, ese puente ya lo cruzaré cuando me toque, pero ahora mismo, mi prioridad es otra.

En media hora, estábamos sentados en la terraza del bar de siempre, con una cerveza cada uno por delante, un paquete de patatas chips y unas olivas. Me inquirió a que le contara eso que tanto me preocupaba, y le expliqué todo con pelos y señales, sin dejarme nada dentro. Desde lo que habíamos hablado mi madre y yo hasta todas mis dudas con respecto a ese hombre.

Javi solo me escuchaba, no intervenía para nada, lo cual me extrañó bastante, puesto que, por regla general, ya habría soltado dos o tres amenazas hacia su persona, porque mi madre era tan importante para él como para mí. Su actitud me estaba dando a entender que él ya conocía la situación y, si me apuraba un poco, también conocía a ese hombre, y así se lo hice saber.

—Esta situación no es nueva para ti, ¿verdad? Tú ya lo sabías y me da la impresión de que hasta conoces a ese hombre. Qué verdad es eso que dicen que el cabrón es el último en enterarse, pero tal traición por tu parte, no me la esperaba, la verdad.

—¿De qué traición hablas? Nunca te he traicionado y no tengo intención de hacerlo ahora. Estoy al tanto de lo que está pasando, mi chica y Lucía me han puesto al día, pero no conozco a ese hombre personalmente. Solo te voy a dar un consejo: tú decides si lo tomas o no, ve a esa cena con la mente abierta. Escucha todo lo que te tengan que contar antes de reaccionar como un energúmeno, y déjala que sea feliz.

—Joder, tío, me estás asustando. Si mi madre se ha enamorado de una mujer, tampoco pasa nada, no es el fin del mundo, vamos, mientras que sean felices, a mí me da igual.

Una gran carcajada salió de lo más profundo de sus entrañas, hasta las lágrimas tenía saltadas de la risa, doblado por la mitad y sin poder parar de reír. Me dijo que no era eso, y en ese momento me sentí aún más confundido por todo lo que estaba pasando. ¿Qué podía tener a mi madre tan nerviosa, y por qué me haría comportarme como un energúmeno? Lo comprobaría esa misma noche.

Decidí ir a dar un paseo por la playa, pensando que quizás eso me ayudaría a tranquilizarme y a poner mis ideas en orden, ya que en ese momento mi cabeza era un auténtico caos. Me vino a la mente la imagen de los personajes de esa película infantil sobre las emociones, todas dándose empujones entre sí, intentando ponerse las primeras. No pude evitar sonreír al imaginarme esa escena, y me di cuenta de que, al final, iba a acabar con embudo en la cabeza.

Mientras paseaba, me crucé con Raquel, que salía de un bar acompañada de otra chica que se parecía mucho a ella, pero con algunos años menos. Supuse que era su hermana pequeña, esa de la que me había hablado y que trabajaba en el campo, a quien intentaba convencer de que cambiara de vida.

Me miró con una expresión que me recordó a la de alguien que ve como un chicle se ha quedado pegado en su zapatilla, una mezcla de resignación y desdén que me tocó el corazón. Sabía que no había actuado de la mejor manera, pero todo lo que viví y sentí a su lado, así como cada palabra que le dije, fue real. Ojalá algún día pudiéramos ser amigos, aunque lo veía poco probable, puesto que ni siquiera me había saludado.

Regresé a casa con la idea de darme una ducha y arreglarme para la cena donde conocería al novio de mi madre. Al entrar, la casa estaba vacía, solo encontré una nota que me indicaba el nombre de un restaurante y la hora, así que me di prisa para no llegar tarde. Me duché y, dado que el restaurante en cuestión era muy elegante, decidí arreglarme un poco más. Opté por unos pantalones chinos azul marino, una camisa blanca y una chaqueta del mismo color que el pantalón, pero con unas rayitas muy sutiles en celeste claro. Además de los complementos, así como los zapatos, elegí unos marrones, pues me parecía que era el color que mejor combinaba, y decidí no llevar corbata, ya que no me pareció necesario.

Llegué caminando al lugar donde habíamos quedado y allí estaba mi madre, preciosa, luciendo un vestido negro ajustado que le sentaba como un guante, con unos tacones negros a juego con el bolso. Además, llevaba una chaqueta roja que, junto con sus labios del mismo tono, le daba un toque de color a su atuendo. Frente a ella, había un hombre que era prácticamente de su misma edad, pero al que no había podido ver todavía porque estaba de espaldas a mí. A lo mejor es que era poco agraciado y esa era la preocupación de mi madre, que me opusiera a esa relación porque fuera feo, aunque ahora que lo pienso, valiente tontería, lo mejor sería que me acercara y me presentara.

Cuando mi madre me vio, le dijo algo a él, quien se giró inmediatamente para ponerse frente a mí. Su cara reflejaba la misma confusión que la mía. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién era ese hombre al que me parecía tanto? En un instante, comprendí quién era, y mi rostro cambió por completo, lo que no pasó desapercibido para mi madre y él, que me tomaron del brazo. Respiré hondo, y asentí con la cabeza, dispuesto a seguir el consejo de mi amigo y escuchar todo lo que me tenían que contar; ya tendría tiempo para hablar después.

Capítulo 19



Rafa

Mi madre me miró suplicante, pidiéndome con su mirada que les dejara explicarse, pero me resultaba muy chocante ver a ese hombre allí, era como si estuviera delante de un espejo, pero dentro de veinte años, ahora comprendía cuando decía que era un calco de mi padre, porque tenía que ser mi padre o su hermano gemelo, no había otra explicación.

Se acercó a mí y, sin mediar palabra, me dio un abrazo, ese que no correspondí y él se dio cuenta, pero es que antes de aceptar una muestra de afecto de ese hombre, tenía que darme muchísimas explicaciones, no iba a aceptar ni justificar más de veinticinco años de ausencia por mucho que mostrara interés hacia nosotros.

Entramos en el restaurante, él cabizbajo y de la mano de mi madre, yo detrás sin perderme detalle, o me aclaraban todo rápido o me iba a estallar la cabeza, no podía con más frentes abiertos. Nos acomodaron en la mesa que tenían reservada a su nombre y me sorprendí al ver que yo llevaba el mismo nombre que mi padre, pues mi madre nunca me dijo ni su nombre ni su apellido, siempre decía que, si no había querido saber nada de nosotros, tampoco ella iba a nombrarlo jamás, por mucho que yo le insistiera.

—Rafa, te llamas así, ¿verdad? —se dirigió a mí en tono de preocupación— Entiendo que estés reacio a mis muestras de afecto, pero te juro por lo que más quiero que yo no sabía nada de tu existencia porque, de otro modo, hubiera movido cielo y tierra hasta encontraros. Me hicieron creer que tu madre se había enamorado de otra persona y me había abandonado.

En ese momento, se acercó el camarero para tomarnos nota. Tenía el estómago cerrado, ya que era mucha información de golpe, y tenerlo ahí, justo frente a mí, me resultaba extraño y, en cierto modo, incómodo. Sin embargo, sabía que algo debía comer, o al final, entre unas cosas y otras, me buscaría un problema de salud. Ellos pidieron una botella de vino tinto de Rioja, para acompañar un delicioso guiso de carne con patatas al romero, mientras que yo preferí una copa de vino blanco y para comer una dorada a la sal, que en ese restaurante la cocinaban genial. Así, podría evitar sentirme demasiado pesado. Como entrantes pidieron una ensalada marinera junto con una tabla de embutidos ibéricos.

Cuando el camarero se marchó, le hice un gesto con la mano a Rafael, para que terminara de explicarme eso que me había insinuado, con lo cual continuó hablando, interrumpiéndose solo cuando el chico traía algún plato. Mi madre lo miraba embelesada, y asintiendo con la cabeza a todo lo que él estaba contando.

Mi cabeza estaba hecha un verdadero lío, como en esas películas donde tienes un ángel y un diablillo en los hombros. Por un lado, el angelito me susurraba que el pobre hombre había tenido

su parte sufrimiento, al igual que nosotros, pero del otro lado, el demonio que se reía diciendo que al menos él había tenido dinero para sobrevivir, y que todo eso era una milonga. Así que al final, no pude evitar decirlo.

—Rafael, eso que me cuentas me parece estupendo, pero pudiste indagar un poquito más por el pueblo, y te hubieras dado cuenta de que todo lo que te habían dicho era mentira. Me da la impresión de que te vino muy bien todo eso que te contaron para no tener que acarrear con un hijo y un escándalo —comenté irritado.

—Sé que no tengo derecho a pedir nada, y reconozco que en la parte en debí haber investigado más, tienes toda la razón. Sin embargo, para mí tener un hijo con tu madre no representaba un problema, sino más bien era un sueño, un proyecto de vida en común que nos habría evitado muchas lágrimas y sufrimiento a los tres.

—Por mi parte, el único sufrimiento que he tenido es ver a mi madre trabajar de sol a sol para sacarme adelante, mientras que tú, con toda probabilidad, estarías tan a gusto en tu casa, sin que te faltase de nada. Tu ausencia nunca me hizo sufrir, porque ella hacía de padre y de madre, y nunca me faltó cariño.

—Vuelves a tener razón. Económicamente no me ha faltado nunca de nada, pero sí me ha faltado lo más importante, el amor, porque yo sí que notaba su ausencia, la tuya no, porque no tenía constancia de tu existencia, pero en el fondo de mi corazón, sabía que ella no me haría eso, y en consecuencia nunca me casé ni tuve pareja, solo amigas con las que practicar sexo esporádico.

—Pues ni eso le vi a ella nunca, solo trabajar, trabajar y trabajar. Ni una cerveza se tomó nunca con amigas, decía que todo lo que pudiera coger de trabajo, nos iba a ayudar a salir adelante, a vivir con más comodidades —respondí enfadado, mi padre hablaba de amor cuando ella tenía las manos destrozadas de limpiar.

—Rafa, mi amor, no seas tan duro con tu padre, él también ha sido una víctima, igual que nosotros. Los verdaderos villanos son tus abuelos, que espero que algún día paguen todo lo que nos han hecho a los tres, ya sea en esta vida o en la siguiente. Rafael los llamó el mismo día que nos encontramos, exigiendo respuestas por lo que nos habían hecho, y ellos solo se limitaron a decir que lo repetirían sin dudar, que jamás consentirían que un Del Valle se casara y formara una familia con alguien de mi clase, una simple sirvienta.

En ese momento lo vi todo negro, si los llego a tener delante, no sé de qué hubiera sido capaz, denigrar así a mi madre, cuyo único pecado había sido enamorarse de su hijo hasta la médula, no iba a consentirlo.

Ya conocía el apellido y sabía exactamente dónde podía encontrarlos, y se me pasó por la cabeza coger el coche e ir hasta allí a cantarles las cuarenta, pero mi padre me frenó, haciéndome ver que no merecía la pena. Me dijo que, por supuesto iríamos, pero solo cuando tuviéramos todo en orden.

Me estuvo tranquilizando y me contó sus planes para el futuro, que no eran otros que no

separarse de mi madre jamás y hacer todo lo posible para que ella dejara de trabajar tanto. Decía que él tenía los recursos suficientes para que pudiera vivir como una reina, a lo que ella se negaba en rotundo.

Su intención era irse a vivir juntos a la casa de él, que era bastante grande y estaba ubicada en una zona privilegiada de la Alameda de Cádiz. Después de salir del restaurante, nos acercamos para que yo pudiera verla y así sentirme más tranquilo sabiendo que mi madre estaría bien allí.

La casa era digna de una película, tenía una cocina americana impresionante, con todo lujo de detalles, unida al salón por medio de una isla central. Los electrodomésticos en acero inoxidable, y el frigorífico de dos puertas en el que no faltaba absolutamente de nada. El salón era tan amplio que se podían organizar carreras de caballo, con un sofá *chaise longue* de piel en color gris y una mesa rodeada de seis sillas tapizadas a juego con el sofá. La televisión parecía una pantalla de cine, y tanto los suelos como las paredes eran de color blanco, con una decoración minimalista.

En el pasillo, había un cuarto de baño para invitados, mientras que los dos dormitorios principales contaban con su propio baño, incluso con *jacuzzi* en el más grande de todos, que era el que ocupaba mi padre. Sin embargo, la joya de la corona era la terraza, con vistas al mar y desde la cual se veía todo el paseo de la Alameda, un lugar que estaba seguro de que mi madre haría suyo, convirtiéndolo en su refugio personal para disfrutar de las tardes leyendo.

—Rafa, habíamos pensado que vinieras a vivir con nosotros —dijo mi padre con seguridad—. Pues tengo la intención de que tu madre se venga lo antes posible, vamos, mañana mismo si por mi fuera.

—Lo agradezco de verdad, papá, pero creo que querréis recuperar el tiempo perdido, y yo solo sería un estorbo. Mejor yo me quedo en mi casita y vendré de visita. —Me salió sin pensarlo.

—Me has llamado papá —dijo mirándome con las lágrimas saltadas—. Pero, contigo también tengo que recuperar el tiempo.

—Bueno, bueno, vamos a dejar el sentimentalismo para mañana. Conmigo recuperas el tiempo con una cervecita en el bar o invitándome a comer pescadito frito —le respondí entre risas para quitar hierro al asunto.

Y así, entre carcajadas, me di cuenta de que ya había resuelto una parte de mi vida, esa que parecía la más complicada, y el destino se encargó de ello. Ahora era el momento de enfrentar la otra parte, esa que tenía claro que me iba a costar la misma vida, por chulo y por bocachanca, pero que no cejaría en mi empeño.

Capítulo 20



Lucía

Los días transcurrían con más pena que gloria, seguía sin levantar cabeza y, con toda probabilidad, me iba a costar muchísimo recuperarme. Iba de casa al trabajo y del trabajo a casa, me duchaba, preparaba la clase del día siguiente y me sentaba a ver la televisión o a leer un libro.

El único sitio donde recuperaba la sonrisa era en mi clase con mis niños, esos cuyas ocurrencias me sacaban más de una carcajada al día. Esa mañana el responsable de mis risas fue Sergio, un precioso pelirrojo de cinco añitos que tenía una sonrisa de esas que cautivaban, se le había caído una paleta y decía que le había quedado la boca como una grapadora, no se podía tener más arte que ese niño.

Me llamaron de la conserjería del centro, porque había un repartidor preguntando por mí, así que llamé a Marina que estaba libre en ese momento, pues su grupo estaba impartiendo la clase de psicomotricidad, esa que daba Arturo. Me acerqué a ver qué quería ese repartidor, porque estaba convencida de que se habían equivocado. Cuando llegué, me encontré allí a un chico con un ramo de rosas enorme, y pensé que era de mis padres, ya que hoy era mi santo, les mandé un audio de WhatsApp mientras recorría el pasillo, pero me llevé una sorpresa, ya que me respondieron que ellos no me habían enviado eso, y que su regalo me lo entregarían por la tarde en mi casa.

Con voz temblorosa, le firmé la entrega y me dispuse a buscar la nota, para ver quién me las había enviado, y me quedé ojiplática, eran de Rafa. Me invadió una sensación muy extraña, mitad rabia y mitad dulzura, ya que en la nota no me pedía perdón, sus palabras textuales eran: *«Por favor, escúchame»*.

Si se pensaba que unas flores iban a hacer que lo olvidara todo y que correría a sus brazos, lo llevaba claro. Ni siquiera con todo el jardín de Versalles podría borrar el dolor que llevaba dentro, un sufrimiento del que él era el único responsable.

—Ponlas en agua y déjalas aquí en la conserjería o tíralas a la basura, lo que prefieras —le dije con rabia a mi compañera Ana.

—Pero ¿qué dices, chalada? Con lo bonitas que son, si no quieres llevártelas a casa, déjalas por lo menos en tu clase, en la ventana les dará el sol y tardarán menos en marchitarse. Lo que le ha tenido que costar este ramo al precio que están las rosas, indica todo lo que le tienes que perdonar —dijo ella muy convencida.

—Haz lo que quieras con ellas, como si te las quieres llevar tú y decirle a tu marido que te ha salido un admirador secreto, así se pone las pilas.

Reíamos las dos cuando vimos aparecer a Javi por el pasillo, que venía a hacer unas fotocopias y vio el ramo, que todavía sostenía yo entre mis brazos. Con la mirada me preguntó si eran de quién él pensaba, y yo simplemente me encogí de hombros, no me apetecía tener que dar explicaciones ahora, delante de Ana.

Al finalizar nuestra jornada laboral, y dado que por la tarde teníamos una reunión para planificar todo el tema de la Navidad en el colegio, como los actos, las fechas y otros detalles, además de las sesiones de evaluación de los alumnos, decidimos ir a comer los tres en el bar que está justo enfrente. Nuestros compañeros habían traído comida en táperes para calentar en la sala de profesores.

—¿Nos vas a contar de quién eran las flores? —preguntó Javi con una ceja elevada.

—¿Te han mandado flores? Siempre soy la última en enterarme de todo —protestó Marina.

—Esta mañana, cuando te quedaste con mis alumnos porque me llamaron de conserjería, era por eso.

—Pero cuando volviste no traías nada en las manos y, que yo sepa, un ramo de flores no te cabe en el bolsillo del pantalón.

—Es que no lo llevaba, le dije a Ana que lo pusiera en agua o hiciera con él lo que le diera la gana, que yo no me lo iba a llevar a casa. Y sí, antes de que digas nada, era de tu gran amigo. — Me dirigí a Javi.

—Deberías escucharlo, Lucía, solo eso. Luego mándalo a la mierda si quieres, pero merece la oportunidad de poder explicarse....

—Como hacen los niños de mi clase, que no te escucho cara cartucho, que no te escucho.

Y ya no lo dejé seguir hablando, estaba claro que él iba a sacar la cara y a defender a Rafa, pero yo no quería escuchar hablar de él, me negaba, pues entonces no lo olvidaría nunca, y eso se había convertido en la misión primordial de mi vida.

Entramos de nuevo al colegio para continuar con la reunión, esa que me resultó totalmente tediosa y aburrida, ya que las ideas eran siempre las mismas, expresadas con distintas palabras, que si tal villancico en el patio, que si ahí no que hace mucho frío, mejor en el salón de actos, que si tal canción es mejor, hasta que llegamos a ponernos de acuerdo pasaron más de dos horas.

Y por fin había terminado todo y podía irme a mi casa, donde podría retomar mi rutina diaria, esa que, tanto Marina como Javi, decían que era aburrida, comparándola con la de una ameba, pero para mí, estar en casa era sinónimo de seguridad y paz, así que no les prestaba atención. Ellos iban a ir al cine y me insistieron en que me fuera con ellos, pero no quería ir de aguantavelas, así que les solté una mentirijilla, diciéndoles que me dolía la cabeza, que prefería irme a casa, prometiendo que otro día podríamos ir todos juntos al cine.

Cuando llegué a casa, me di una ducha rápida y me puse mi pijama calentito, dispuesta a sentarme en el sofá con un delicioso chocolate caliente que había preparado. Justo en ese

momento, llamaron al telefonillo y, para mi sorpresa, era un paquete para mí. Al principio me puse a temblar, pensando que era otra de las sorpresas de Rafa, pero luego me acordé de lo que me habían dicho mis padres: que mi regalo llegaba por la tarde. Abrí la puerta y un chico muy amable me dio una caja de tamaño mediano. Al abrirla, no pude evitar que dos lágrimas se me escaparan, ya que me habían enviado una foto enmarcada de los cuatro, tomada cuando estuvimos aquí todos juntos para hacer la mudanza.

¡Dios mío, cuánto los echaba de menos! Junto a eso, venía una nota y una cajita más, que contenía una preciosa pulsera de una firma que me encantaba, con unos *charms* de profesora que me cautivaron por completo. En la nota, me decían lo mucho que me querían y que animaban a que disfrutara de esta nueva etapa, que ellos iban a estar ahí para mí siempre.

Coloqué la fotografía en el salón, puesto que Marina también salía y le gustaría verla ahí y no en mi habitación. Después de eso, me fui a leer un libro nuevo que me habían regalado ella y Javi el día anterior. Mi amiga siempre había sido así, incapaz de esperar hasta la fecha señalada para dar un regalo.

Me quedé dormida en el sofá y no me levanté ni siquiera para cenar. Marina, tan atenta como siempre, me cubrió con una manta para que no cogiera frío. Desperté un poco antes de que sonara el despertador, así que aproveché para vestirme y desayunar tranquila en casa. No me apetecía meterme hoy en el bar; una sensación extraña me invadía, esa intuición que te avisa de que algo va a suceder.

Al entrar en la cocina, ya estaba allí Chari, preparando el café y separando la ropa para poner varias lavadoras, así como con la tabla de planchar preparada para empezar con la faena de quitar la ropa del tendedero y ponerse a planchar.

—¡Qué madrugadora, Charito! —le dije divertida.

—Ay, mi niña, lo más bonito de todo el bloque, que no se entere Marina que se encela —habló bajito—. Hija, es que cuando suena el despertador de Rafael, y se levanta para ir a trabajar, no puedo estar más tiempo en la cama, así que me levanto a la vez que él y voy adelantando trabajo para que, cuando vuelva a casa, ya estar yo de vuelta y con la comida preparada.

—Pero ¿os habéis ido a vivir juntos? ¿ya, tan pronto?

—Hemos perdido veinticinco años, no pienso perder ni un minuto más de estar a su lado. Le ofrecimos a Rafa que se viniera a vivir con nosotros, pero ha preferido quedarse en nuestra casa. Aunque, su padre ya está arreglando los papeles para que lleve su apellido y poner la otra casa que tiene a su nombre, de modo que pueda dejar el trabajo como repartidor de butano, y centrarse en lo de la policía.

Aunque ella sabía que yo no quería que me nombrara a Rafa para nada, esta vez la dejé hablar y contarme lo que quisiera, ya que siempre había respetado mi decisión, por una vez no pasaba nada.

Capítulo 21



Rafa

Le había enviado a Lucía un ramo de rosas con una escueta nota en la que le pedía que me escuchara, que me diera la oportunidad de explicarme, pero seguía sin tener noticias de ella, pues mi número de teléfono, si lo hubiese querido buscar, lo tenía al alcance de su mano, tanto con mi madre como con mi mejor amigo.

Estaba claro que eso no había surtido efecto, tendría que buscar otra manera de llegar a ella, porque rendirme no entraba en mis planes, me iba a escuchar, aunque fuese lo último que hiciese, y si después de eso me quería lejos, lo respetaría, pero sin explicarme no me alejaría de ella.

Mi madre ya se había ido a vivir con mi padre, y la casa se me caía encima, pues estaba acostumbrado a llegar a casa y verla, a charlar un ratito los dos mientras cenábamos o a sentarnos frente a la televisión a ver una serie o película, y ahora me sentía demasiado solo. Me alegraba por ellos, por supuesto, porque a pesar de todos los intentos de mi familia paterna por separarlos, el amor había triunfado, y la veía más feliz que nunca, aunque al principio tuviera mis reticencias con respecto a mi padre y sus intenciones.

Me disponía a prepararme algo de cenar, pues ya me había duchado y puesto el pijama, cuando mi teléfono sonó, y en la pantalla pude ver que era mi padre. Me alarmé al ver la hora que era, porque no solían llamarme tan tarde, así que respondí rápido.

—Hola, papá. ¿Ocurre algo? —pregunté preocupado.

—Nada, hijo, no ha pasado absolutamente nada, simplemente te llamaba por si podíamos cenar los tres juntos, tengo algo que comentarte, y me gustaría hacerlo cara a cara.

—Pues, la verdad, es que me coges ya con el pijama puesto, pero si es urgente me visto y voy hacia dónde me digas.

—Ya lo suponíamos, por eso estamos en la freiduría comprando pescadito frito y con la intención de ir para tu casa, solo te he llamado por si te venía mal o estabas acompañado.

—¿Acompañado? Que chiste más bueno, papá. Anda, veniros para acá, que ya tengo una tortilla de patatas casi lista, es lo que me estaba haciendo para cenar —contesté entre risas a mi padre, y colgué el teléfono.

Mientras que no llegaban, puse la mesa con tres cubiertos y descorché una botella de vino blanco, yo era más de cerveza, pero mi padre era más sibarita en esas cosas, sería por la manera en que lo habían criado. Llamaron a la puerta en ese momento, y me dispuse a abrir, ellos

entraron con una sonrisa de quinceañeros enamorados y una bolsa que olía que resucitaba a un muerto. Se quitaron los abrigos, y se sentaron a la mesa.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que tenías que contarme? —le pregunté a mi padre, mientras cogía una rodaja de cazón en adobo que me estaba llamando desde que abrieron el cartucho.

—Eso, hijo, al grano, para qué vas a esperar a que terminemos de cenar —respondió mi madre entre risas.

—Pues verás, en realidad son varias cosas las que quiero hablar contigo...

Me comentó que ya tenía en su poder la documentación con el cambio de apellidos que había solicitado, lo que me convertía oficialmente en un Del Valle de pleno derecho. Me explicó que debía llevar esos papeles a la comisaría para hacer efectivo dicho cambio, tanto en mi DNI como en todos los documentos oficiales. Luego se levantó y me dio un abrazo, agradeciéndome que no hubiera puesto impedimentos para que pudiera ejercer como mi padre, después de todo lo que había ocurrido.

A continuación, sacó otra carpeta de su maletín, y me la tendió, eran las escrituras de una casa en una zona bastante cara de mi ciudad, y en la que constaba que esa propiedad estaba escriturada a mi nombre. Al principio me negué, pero me dijo que la aceptara en concepto de los veinticinco cumpleaños y navidades en las que no había recibido ningún regalo por su parte.

Lo tenía todo planeado, ya que quería que la pusiera en alquiler y, con ese dinero, pudiera dejar mi trabajo como repartidor de butano, que no era ninguna deshonra trabajar en eso, simplemente que ahora ya no sería necesario, y me centrara en las pruebas de la policía local, lo cual vi muy factible, ya que era en lo que yo realmente quería trabajar.

Por último, aunque no menos importante, me dijo que había hablado con un amigo suyo, que era notario, para que ejerciera de maestro de ceremonias en el enlace que quería contraer con mi madre, y que sería la semana siguiente, y en el que por supuesto, yo sería el padrino. Me miraban con lágrimas en los ojos, esperando a ver mi reacción, que no fue otra que levantarme y darles un beso y un abrazo a ambos, y reiterarme en mi enhorabuena a los dos.

Tras la cena, nos tomamos unas copas, ya que ninguno tenía que madrugar, mi padre quedó conmigo en que pasaría a buscarme a eso de las diez de la mañana para que viera la casa y la pusiéramos en una inmobiliaria, así como para acudir a los organismos oficiales a que cambiaran mis apellidos.

Era exactamente las diez de la mañana cuando bajé a esperar a mi padre, con la intención de invitarlo a desayunar. Sabía que tendría que ingeniármelas para convencerlo de que aceptara, porque si no, no habría forma de que me dejara sacar la cartera. Apareció tan elegante como de costumbre, y con esa sonrisa que lo caracterizaba desde que lo había conocido.

—Hola, hijo. ¿Ya estás listo?

—Sí papá, pero antes me gustaría que desayunáramos juntos, porque tenemos tiempo todavía, y quería hablar una cosita contigo, a ver si tus consejos me sirven de inspiración.

Nos sentamos en la terraza del bar en el que siempre quedaba con Javi, y pedimos un desayuno completo para los dos, solo que yo en vez de café me pedí un cacao, porque lo que menos necesitaba era más cafeína en mi cuerpo, con los nervios que tenía. Si me lo tomaba, mi padre iba a tener que buscar una cuerda y atármela al tobillo, para llevarme como un globo, porque andaba ya que me subía por las paredes.

—Pues, tú dirás —me dijo mi padre con curiosidad— ¿Qué es eso que te trae tan preocupado? Porque, aunque pienses que no, tanto tu madre como yo nos hemos dado cuenta.

—Mi madre lo sabe, se lo conté yo mismo, y tengo su punto de vista, pero ahora me gustaría conocer el tuyo, saber cómo actuarías en este caso. Verás, la verdad es que estoy locamente enamorado de Lucía desde el primer momento en que la vi en su tierra.

»No sé si mi madre te habrá contado que antes formaba parte de una comparsa de carnaval, algo que le encanta, y ella fue a vernos en una actuación que hicimos allí.... —le conté a mi padre toda la historia, con pelos y señales— Ahora me encuentro en un dilema, no sé cómo lograr que me escuche y me deje explicarle todo lo que hice y por qué lo hice.

—Uf, es muy fuerte todo lo que me has contado y, sinceramente, no sé cómo reaccionaría si estuviera en tu lugar. Lo que sí tengo claro es lo que no haría, y es rendirme. Si de verdad estás enamorado, lucha por ese amor y evita caer en los mismos errores que yo cometí, porque me he perdido muchos años a tu lado y al de tu madre por no luchar lo suficiente para aclararlo todo.

»Dices que a ella le gusta la comparsa, ¿verdad? —asentí con la cabeza— Entonces, eso puede ser una gran ventaja para ti, así que dale con todo y, si lo demás falla, siempre puedes recurrir a la comparsa como último recurso.

—Esa opción no la había contemplado, y la verdad es que tienes razón, podría hablar con los chicos y que me echaran un cable. Por cierto, ¿quién va a ser la madrina de la boda? ¿Alguna sobrina o empleada tuya? —interrogué a mi padre y vi en su cara un poco de desconcierto, la verdad.

—¿No te lo ha comentado tu madre? —negué con la cabeza— Qué lista es mi mujercita, ya me echó el marrón del asunto escaqueándose —dijo entre risas más para él que para mí—. Pues verás... es que... habíamos pensado...

—Al grano papá, no le des más vueltas y ve al meollo de la cuestión —contesté, entre enfadado porque no sabía qué podía pasar y divertido porque mi padre no arrancaba.

—Espero que no sea demasiado incómodo para ti, pero tanto a tu madre como a mí, nos gustaría que la madrina fuera Lucía, ella todavía no lo sabe, pero fue gracias a ella que nos encontramos de nuevo y volvimos a estar juntos, así que nos parece que sería una forma bonita de agradecerse.

Me quedé sorprendido y sin palabras, pero si era lo que mis padres habían decidido, ¿quién era yo para contradecirlos? Así que le dije que por mí estaba bien, si era lo que ellos querían.

Pero estaba por ver, si Lucía aceptaría.

Después de ingeniármelas, gracias a que conocía al camarero, pude invitar a mi padre a ese desayuno, que se hizo el enfadado cuando se dio cuenta.

Nos levantamos y nos pusimos en marcha, dirigiéndonos a todas las administraciones a las que teníamos que ir, dejando para el final la visita a la casa y a la inmobiliaria. Sin embargo, durante todo el camino, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que Lucía finalmente fuera la madrina.

Capítulo 22



Lucía

Durante toda la semana estuve recibiendo ramos de flores en el trabajo, de todo tipo y tamaño, tantos, que Ana ya no encontraba sitio dónde dejarlos, porque la conserjería del colegio parecía una selva, así que los fue repartiendo por todo el colegio. Siempre venían con la misma nota: «*Escúchame, por favor*». Este hombre estaba loco y me iba a volver a mí más loca todavía.

—Deberías escucharle, más que nada porque esto en vez de un colegio empieza a parecerse al set de rodaje de un catálogo de ramos de flores: «Floristería La Ilusión, donde si no tienes alergia, la contraerás del tirón» —dijo la loca de Ana, como si estuviera grabando el eslogan de un anuncio.

—Estás loquita, loquita, mi Anita. Y no sé, aunque empiezo a plantearme el escucharlo, aunque solo sea para que me deje tranquila —contesté entre risas.

Y lo decía en serio, o lo escuchaba, o no sabía de qué iba a ser capaz este hombre, me lo podía esperar todo, excepto lo que me tendría preparado unos días después.

Cuando entré en casa, me encontré con que Chari me estaba esperando en la cocina, y me extrañó bastante, la verdad, ya que ella solía terminar mucho antes de que nosotras llegáramos. Empecé a temer que el motivo por el que no se había marchado todavía, era que iba a dejar el trabajo, total ya no lo necesitaba. Con esa idea en la cabeza, me acerqué, pensando en qué íbamos a hacer sin ella, dónde encontraríamos a otra igual.

—Hola Lucía, corazón, no te he escuchado llegar. Me he servido un zumo mientras no llegabas, espero que no te importe —me explicó algo apurada.

—¿Por algún casual, eres tonta? Cómo me va a importar. Lo que sí me importa o, mejor dicho, me preocupa, es el motivo por el que me estás esperando. No irás a dejarnos, ¿verdad?

—¿A dejarnos? A ver si va a resultar que la tonta eres tú. Anda ya, dónde voy a estar yo mejor que aquí, con vosotras. Te estoy esperando por un motivo totalmente diferente —dijo riendo.

—Pues tú dirás. ¿En qué puedo ayudarte?

—¡Qué me caso! —exclamó totalmente entusiasmada—. Como gracias a ti, Rafael y yo, nos reencontramos, nos gustaría mucho que fueses nuestra madrina. Eso sí, también tengo que advertirte que mi hijo es el padrino, así que entendería que me dijese que no.

En *shock*, así me quedé tras escuchar las palabras de Chari, yo la madrina y Rafa el padrino,

esto era de locos. Nuestra vida daba para hacer una de esas series turcas que están tan de moda, porque hasta el protagonista *buenorro* teníamos, qué barbaridad, qué cabronazo era el destino cuando se lo proponía, yo que no lo quería ver ni en pintura, y hasta en la sopa lo iba a tener.

Después de asimilar el impacto de la noticia, reflexioné y llegué a la conclusión de que iba a aceptar el papel que me habían asignado en la boda. Pensé que con no dirigirle la palabra sería más que suficiente, y así se lo hice saber a Chari. Quedamos en vernos al día siguiente para buscar y comprar los vestidos, ya que la boda se celebraría ese mismo sábado. Marina también iría a la boda, en calidad de pareja de Javi, así que se apuntó con nosotras a esa tarde de compras.

Esa mañana no recibí ningún ramo de flores, lo que me hizo pensar que tal vez se había rendido, y eso me apenó muchísimo, ya que pensaba que insistiría un poquito más. Pero cuan equivocada estaba. Entré en mi aula para comenzar el día con mis niños, que siempre lograban sacarme una sonrisa, sentí que los necesitaba más que nunca, porque, aunque no quería admitirlo, me había afectado bastante no recibir ese ramo.

Cuando llegó la hora de salir, me quedé esperando en la puerta a Marina y a Chari para irnos de compras. La verdad, la que podíamos liar las tres juntas era chica, miedo me daba.

Marina llegó acompañada de Javi y Chari, y mientras caminaban iban cuchicheando. Sin embargo, cuando vieron que me acercaba cambiaron rápidamente de tema, comentando que las navidades estaban a la vuelta de la esquina, y que seguramente nos encontraríamos en alguna zambomba navideña. Después de despedirnos de Javi, las tres nos pusimos en marcha para disfrutar de una divertida tarde de compras.

Tras dar muchas vueltas y probarnos innumerables vestidos, por fin encontramos los que nos encantaron a las tres. La novia optó por un elegante vestido largo en tono champán, con una tira ancha en uno de los hombros y de corte griego, que tenía un drapeado en la cintura a modo de cinturón y una amplia abertura que dejaba entrever una de sus piernas, resultando de lo más sexi. Lo complementó con unas sandalias joya plateadas, así como el bolso y los pendientes, además de un pequeño abrigo de pelo blanco para protegerse del frío de diciembre.

Marina por su parte, eligió un vestido corto en color vino, adecuado para una ceremonia matutina, con un corpiño de cuello halter y la espalda al aire, mientras que la falda era acampanada desde la cintura. Los zapatos eran de salón negros, al igual que el bolso y un chal de pelo, que armonizaban perfectamente.

Por último, yo me había decantado por un vestido entallado que llegaba a la altura de las rodillas en un precioso color magenta, que tenía tanto en las mangas como en el escote un fino encaje del mismo color, y combiné el conjunto con zapatos y un bolso en un alegre tono verde pistacho, además de un abrigo corto en el mismo color que aportaban un toque divertido al conjunto.

Después de hacer las compras, decidimos acercarnos a hablar con la peluquera y maquilladora, ya que Chari dijo que le gustaría que nos arregláramos las tres juntas en mi casa. La idea era salir de allí rumbo al notario, yo con ella y Rafa con su padre. No quería una boda convencional, ya que su vida y su historia de amor tampoco lo habían sido.

Regresamos juntas a nuestra casa, y me resultó extraño ver el jaleo que había en el jardín comunitario, donde había una gran multitud, entre ellos la mayoría de los vecinos, junto con personas que no conocía. Al voltear la mirada, noté que tanto Chari como Marina tenían una sonrisa en la cara, de esas sonrisas que anticipan que algo emocionante está por venir, y efectivamente, así fue.

¡Una zambomba! No se le había ocurrido otra cosa a Rafa que contratar a un grupo de zambomba para que viniera a cantar a mi patio, no sabía dónde meterme de la vergüenza, si tenía alguna posibilidad de que lo perdonara, con esto la había perdido por completo.

—Lucía, Lucía, no corras mujer, que estamos aquí para cantarte —dijo uno de los componentes en tono de mofa.

—¡Qué suerte la mía, oye! —ironicé— Pues venga, que cuanto antes empecéis antes terminareis.

—No, no, si tenemos repertorio para seguir cantando hasta que decidas escuchar a este hombre, no hay prisa. Vamos allá chicos.

*«Pero mira como sufre el pobrecito Rafa,
Pero mira como sufre por esta muchacha
Anda morena no te hagas rogar más
Y escucha a este muchacho, lo que quiera explicar»*

Me quería morir, todo el mundo aplaudiendo y yo buscando algún agujero en el que meterme, y mientras él me miraba con carita de cordero degollado, cordero no sé, pero degollado iba a estar muy pronto como no parara esto.

—Bueno, pues como la muchacha no se decide, vamos a por otro villancico, a ver si este es capaz de ablandarle el corazón.

*«Hay que ver cómo está Rafa
Por culpa de la morena
Si no lo perdona pronto
Estamos aquí hasta Nochebuena
Anda, anda, no me seas malaje
Que si no me aligero
Se me va a quemar el potaje»*

Me mataron, con esa letra ya es que me mataron, y antes de que se decidieran a cantar algo más, levanté la mano para llamar su atención.

—Vale, vale, está bien, se acabaron los villancicos personalizados. —Me dirigí al grupo—. Tú, ¿quieres hablar? Vamos a hablar, pero el que hablemos no significa que te vaya a perdonar, una cosa no va implícita en la otra, ¿estamos? —le hablé esta vez a Rafa.

—Me parece perfecto, con que dejes que me explique, me doy con un canto en los dientes, la decisión final de perdonarme o no, la tienes tú —me dijo con una media sonrisa.

Tanto Chari, como Marina y Javi, que, dicho sea de paso, no sé de dónde había salido, nos miraron con una sonrisa de satisfacción. La madre de Rafa con alguna que otra lagrimita, aunque no tenía claro si era por las risas que provocaban los villancicos o si estaba realmente emocionada. Al final, decidieron que era un buen momento para ir a tomar algo. Me dieron las bolsas para que las subiera a casa y se marcharon, dejándonos a solas para que pudiéramos hablar tranquilos. Eso hicimos, subimos a casa para tener esa conversación que tanto me había costado darle la oportunidad.

Capítulo 23



Rafa

Me había llevado toda la mañana dándole vueltas al tema y, al final decidí hacerle caso a mi padre e ir a por todas, aunque me costara la misma vida, iba a conseguir que Lucía me escuchara. Si después de esto no lo hacía, lo próximo ya era llevarla a uno de esos programas de televisión en los que alguien te mandaba un mensaje para aclarar las cosas, esperaba no tener que llegar a ese extremo.

Contacté a través de una red social con uno de esos grupos que se dedicaban a cantar villancicos en las terrazas de los bares, y les expliqué mi situación, sabía que tenían muy poco tiempo para preparar nada, puesto que mi madre me había dicho que esa tarde la entretendría hasta media tarde, que más tiempo no tenía, pero el representante del grupo me dijo que, por el precio que le ofrecía por cantar, preparaban un repertorio entero hasta que consiguieran que me escuchara.

Y ahí estábamos, montando todo el equipo de sonido en el jardín delantero de su edificio, con todos los vecinos parándose y charlando entre ellos sobre lo que estaba sucediendo, lo que hacía que la situación se volviera cada vez más interesante. No podía evitar imaginar la cara que iba a poner cuando llegara, ya que llevaba muy mal ser el centro de atención, y el tinglado que había montado no era para menos.

A mi lado estaba Javi, quien en cuanto le conté lo que estaba tramando, me dijo que eso no se lo perdía ni, aunque le ofrecieran dinero por hacerlo. Me dijo que, si con las flores se había cabreado, con esto tenía dos opciones: o me salía con la mía y me escuchaba, o me daba una hostia y me denunciaba por acoso. La verdad, esperaba que escogiera la primera opción.

La vi llegar junto a mi madre y Marina, todas venían cargadas con bolsas, que supuse contenían los vestidos que se pondrían para la boda. En cuanto se dio cuenta de lo que se había formado en el patio, su cara tornó de color rojo. Le hice un gesto con la mano al chico que llevaba el grupo para que la llamara, porque si no lo hacía pronto, era capaz de salir corriendo. Ella se paró en seco y me miró, advirtiéndome con esa mirada que no me atreviese a hacerlo, pero le di carta blanca al grupo.

Cuando empezaron a entonar sus canciones, ella se sintió incómoda y no sabía dónde meterse. Mientras los vecinos animaban a los chicos a continuar, ella no estaba por la labor. Así que, en el segundo villancico que cantaron, decidió interrumpir a los chicos, dejándome claro que estaba dispuesta a escucharme, pero que eso no implicaba que me fuera a perdonar. En ese momento sentí un alivio inmenso, como si finalmente me hubieran quitado un gran peso de encima.

Mi madre y Marina le dieron a ella todas las bolsas para que las subiera al piso, mientras ellas,

junto con Javi, se iban a tomar algo, dándonos un poco de intimidad para tener esa conversación que teníamos pendiente, y que llevaba ensayando delante del espejo desde que la vi en el cumpleaños de mi amigo.

—Pasa, y siéntate donde quieras —me dijo desconfiada—. Normalmente te diría de ir a la terraza, pero hace demasiado frío.

—Donde tú quieras. ¿En el salón te parece bien? —Divagué esperando su respuesta.

—Sí, perfecto. Voy a dejar las bolsas en el dormitorio, coge unas cervezas de la cocina, si te apetece.

Entré en la cocina y abrí la nevera para coger lo que me había pedido, pero de repente me vino a la mente que mi madre me había dicho que a ella le encantaba sentarse con unas olivas y unas patatas chips, así como con un platito de jamón que ella siempre dejaba cortado antes de irse. Me tomé la licencia de prepararlo todo mientras que ella no salía. Lo llevé todo a la mesa del salón en el preciso instante en el que ella atravesaba la puerta del pasillo, y por su cara de sorpresa, no se esperaba algo así.

—Vaya, veo que te han hablado de mis gustos, porque a ti no te ha dado tiempo de saberlo —medio protestó.

—Pues sí, porque, aunque tú no te lo creas, he estado pendiente de todos tus movimientos desde que supe que estabas en Cádiz. Es verdad que mi madre me ha ayudado mucho, a pesar de que no ha querido decirme el color de tu ropa interior —bromeé para rebajar la tensión.

—Que sepas que tu vena payasa no va a hacer que se me ablande el corazón, que ese se ha vuelto ya de hierro forjado. Además, no tenías prisa por que te escuchara, pues dale y no pierdas más el tiempo. —Estaba claro que el resentimiento y el reproche iban a estar presentes en esta conversación, y con toda la razón del mundo.

—Está bien, veo que estás descosa de que me marche, ya empiezo.

—Eso lo decidiré más tarde, de todos modos, nos toca cumplir el papel de padrinos en la boda de tus padres, así que no te podré dar una patada en el culo todavía.

Era mi turno de hablar, de intentar que comprendiera mi punto de vista, y no pensaba perder la oportunidad de explicarme ante ella, tenía que usar todos los recursos a mi alcance para que de esa explicación naciera también el perdón por su parte.

Me abrí en canal a ella, contándole lo desubicado que me encontraba en el momento en que la conocí, en el que buscaba un lugar en la vida que no era capaz de encontrar. Nada me llenaba, y esa carencia la suplía con bromas y con chistes, pero en el fondo, me sentía vacío.

Por otro lado, le dije que, en el momento en el que nuestras miradas se encontraron, sentí un escalofrío recorrer mi espalda, como si fuera un presagio de que estaba ante la mujer de mi vida. Sin embargo, en ese momento no logré verlo, al igual que tampoco lo comprendí aquella mañana

cuando me marché de su casa, a pesar de que ya estaba completamente enamorado de ella.

También hablamos sobre Raquel, le conté que estaba intentando dejar atrás la imagen de mi morena, esa que tanto ocupaba mi mente, y que constantemente las comparaba, siendo Raquel la que siempre salía perdiendo. Le confesé que había actuado de una manera muy egoísta con ella, puesto que no le conté jamás de su existencia, y que el día que la vi en el cumpleaños, me quise morir. Lo que tanto había anhelado estaba justo frente a mí, justo en el momento en el que decidí darme la oportunidad de conocer a otra persona para intentar pasar página.

—No tengo derecho a pedirte que me perdones, solo quería explicarte mis razones y dar sentido a lo que hice, nada más. Intentaré vivir con este amor que siento por ti, que es tan grande que me duele, pero si tú eres feliz, yo también lo seré. —Me estaba levantando para irme, cuando me cogió del brazo.

—Espera, no te vayas. Ahora me toca a mí, yo también necesito que me escuches —suplicó con lágrimas en los ojos, las mismas que salían de los míos y que yo no me había dado cuenta.

Estaba completamente dispuesto a escucharla, no tenía intención de marcharme sin saber lo que tenía que decirme, que no fue otra cosa que ella también estaba enamorada de mí, pero que tenía miedo. Era un miedo abrumador, el temor a volver a sufrir, a caer tan profundo que le resultara imposible levantarse de nuevo. Nos dimos un abrazo, ambos necesitábamos sanar y juntos podíamos lograrlo.

—Vamos a intentarlo, Lucía, te juro por lo que más quiero que he cambiado, ya no soy la misma persona que estuvo en Santoña, de hecho, ya no estoy ni en la comparsa —se lo dije para que me entendiera.

—¿Y eso? Si llevabas mucho tiempo en el grupo, ¿os habéis peleado o algo?

—No, para nada. Siguen siendo grandes amigos, pero esa etapa ya quedó atrás. Busco tener estabilidad en todos los aspectos de mi vida. En lo económico, afortunadamente y gracias a la repentina aparición de mi padre, ya tengo la situación bastante controlada. Se resolverá por completo cuando logre coger mi plaza en la policía. Y en lo que respecta a lo sentimental, todo dependerá de que tú me digas que sí.

—No sé, Rafa. ¿Y si vuelves a desaparecer? ¿Y si me haces daño de nuevo?

—¿Y si cae un meteorito y se extingue la vida en la Tierra? Créeme cuando te digo que hay las mismas posibilidades de que caiga a que suceda eso que tanto temes.

—Te propongo algo, tomemos las cosas con calma, empecemos a conocernos como si fuera la primera vez que nos vemos. Podríamos ir al cine, a cenar, quizás a tomar algo. Deja que el tiempo decida si vale la pena darnos una oportunidad.

—Estoy totalmente de acuerdo, pero déjame que haga algo que llevo queriendo hacer desde que te vi en el cumpleaños de Javi —le dije expectante.

La besé, justo como llevaba tanto tiempo deseando hacer. Al principio fue un leve roce de labios, pero poco a poco se volvió más y más intenso, hasta que nos separamos, ambos sonriendo. Por fin, sentía que todo en mi vida comenzaba a encajar, algo que jamás pensé que llegaría a pasar.

Capítulo 24



Lucía

Después de la charla y ese beso, Rafa llamó por teléfono con su madre, para saber dónde estaban, y resultó que habían ido a recoger a Rafael a la salida del trabajo, y estaban sentados junto con Marina y Javi, en una terraza en la plaza de San Francisco, nos dijeron que nos esperaban allí y ya cenábamos todos juntos.

Llegamos con nuestras manos entrelazadas ya que, aunque habíamos dicho de ir despacio, esa era una de las cosas a las que Rafa no estaba dispuesto a renunciar, así como a los besos y, siendo sincera, yo tampoco lo estaba. En la mesa no solo estaban sentados los cuatro, sino que también se encontraba Rocío, nuestra compañera, quien al parecer había comenzado una relación con un chico que resultó trabajar en la asesoría de Rafael. Al pasar, como no había mesas libres, los habían invitado a sentarse con ellos.

Chari nos miró con mucho cariño y Rafael con asombro y orgullo, porque su hijo no se había rendido, siguiendo su consejo de luchar por lo que quería, aunque le hubiese costado trabajo. Marina y Javi con una sonrisa en los labios, dándonos a entender que estaba claro lo que sucedería en cuanto dejara hablar a Rafa.

—¡Ay, mi nuera bonita! —exclamó Chari— Este niño ha tardado en presentarme a una pareja, pero no podía haber hecho mejor elección que tú.

—Verás que al final me pones la cara colorada. Además, todavía no soy tu nuera, hemos decidido ir despacito, conocernos bien, antes de dar un paso en falso.

—No, si conoceros os conocéis muy a fondo —murmuró Marina, pero todos lo oímos y estallamos en una carcajada.

—Me acaban de invitar a una boda, y no puede haber una sin despedida de soltera, así que de eso me encargo yo —soltó Rocío.

Todos nos miramos, no queríamos darle un disgusto a la muchacha, pero teníamos claro que aquello nos iba a salir por un pico, porque ella era de gustos muy caros, vamos, que a una hamburguesería no nos iba a llevar.

Se decidió, entre todos, que no sería por la noche, sino al mediodía, empezaríamos con un almuerzo y luego una copa de tardeo, nada extravagante y todos juntos, ya que mi suegro decía que no dejaba sola a su futura mujer ni loco, para que conociera a otro y se fugara con él. Sería al día siguiente, que era viernes y festivo.

Esa noche, Rafa me acompañó a casa, y justo en ese momento, me entró una videollamada de

mis padres, esa que contesté con él a mi lado. Al ver a Rafa, mi madre se quedó boquiabierta, ya que conocía la historia y se sorprendió al escuchar que estábamos juntos. Me llamaba para contarme que al día siguiente llegarían a Cádiz, ya que había cambiado todos los turnos para poder cogerse el puente y venir a verme. No le dije nada de la boda ni de la despedida, prefería hablar antes con mis suegros, aunque estaba totalmente segura de que no iban a poner impedimento ninguno en que mis padres asistieran.

A las nueve y media de la mañana estaban llamando al telefonillo, y vi que eran mis padres junto con Rafa, que traía chocolate con churros para desayunar. Los esperé en la puerta de mi casa, que en ese momento estaba sola, ya que Marina se había ido a pasar la noche a casa de Javi, cada vez pasaba menos tiempo en ella, y tenía claro que en breve se iría a vivir con él.

Tras un fuerte abrazo a mis padres, Rafa se acercó y depositó un beso en mis labios, lo que hizo que me pusiera roja como un tomate. Le comenté a mis padres lo de la despedida y la boda de mis suegros, y mi chico los puso al día de toda la historia, mi madre lloraba como si le estuviesen contando el argumento de una película de amor.

Estuvimos toda la mañana instalando a mis padres en el cuarto de Marina, ya que ella me había dicho que pasaría todo el puente en casa de Javi, pero que vendría de vez en cuando a ver a mis padres y salir todos juntos por ahí. Después de eso, nos arreglamos y nos dirigimos dando un paseo hacia el restaurante en el que había reservado Rocío, ese que sabíamos que de barato no tendría nada, pero un día es un día.

Al llegar, les presenté a mis padres a todos. Mi madre hizo muy buenas migas con mi suegra, al igual que mi padre con mi suegro, al que le habló de su hermano, y de lo feliz que se encontraba en el norte, pues a él también lo habían repudiado por ser homosexual. Sigo sin entender cómo la gente puede ser tan retrograda, y sigan ocurriendo cosas como esta en el pleno siglo XXI.

Mi suegro había acordado con Rocío que todos los gastos corrían de su parte, así que, entre los dos, eligieron un menú cerrado, que consistía en paté de cabracho, con unas pequeñas porciones de pan tostado y mayonesa, unas delicias de pescado en adobo, un consomé al jerez y la estrella de la casa, unas tortillas de camarones.

—Por favor, de esto tengo que comerme yo un camión, qué porciones más ridículas —dijo Javi, con la confianza que le daba estar en familia.

—Es que esto no es un bar de carretera, esto es cocina gurmé —dijo Rocío indignada.

—Ya, ya, mucho gurmé y todo lo que tú quieras, pero en las tortillitas han puesto cuatro camarones, cada uno en una esquina, que parecen que van a jugar al pádel —le contestó Rafa con todo el arte.

Mi padre en ese momento estaba dando un sorbo a su copa de vino, y lo esparció con la carcajada que le salió y es que, como decía mi madre, este yerno suyo estaba sembrado. Ante la situación, todos empezamos a reírnos, mientras que Rocío se ponía como un salmonete, no sé si de la vergüenza o de la rabia, menos mal que el banquete de la celebración no se lo habían

encargado a ella, porque si no, veía a mi suegro pidiendo *pizzas*.

Una vez que terminamos de comer, nos dirigimos los ocho a un local de copas ambientado en los años ochenta, en el que había música en directo a esas horas de la tarde, y que tenía un ambiente muy acogedor. Javi pidió un reservado en el que estaríamos más cómodos, con una botella de champán, para empezar a abrir boca. No había visto a mi padre bailar en la vida, y mucho menos como aquella tarde, en la que parecía que le habían dado cuerda, ni Marina ni yo dábamos crédito a lo que veíamos.

Rafa y Javi fueron al servicio, y al salir, los interceptaron dos chicas esculturales, que intentaron engancharse de sus brazos, cada una con uno de ellos. Por los gestos que hacían intentaban que las invitaran a una copa, a lo que ambos, muy educadamente, se negaron, zafándose de ellas. Al llegar, y ver mi cara de haberlo visto todo, se acercó, me cogió por la cintura y me plantó un beso que me dejó con las piernas temblando.

—Quién nos ha visto y quién nos ve, hermano. —Reía Javi.

—Quita, quita, con el trabajo que me ha costado que me perdone, para joderlo ahora por una chorrada. Ese Rafa que se tiraba todo lo que se le ponía a tiro ya no existe —contestó él mirándome a los ojos.

—Ni yo, ni yo, que estoy muy a gusto con mi Marinita, y esa como haga algo, me corta los huevos.

Pasamos un par de horas más en el local y, finalmente, decidimos que era hora de regresar a casa, ya que al día siguiente era la boda. Tanto la peluquera como la maquilladora habían acordado llegar a mi casa a las ocho de la mañana para arreglarnos a todas. Por eso, tanto Marina como mi suegra debían llegar antes. Mi padre y Javi, por su parte, se irían a casa de mi suegro, ya que las mujeres saldríamos todas juntas por un lado, mientras que los hombres harían lo mismo, pero por su lado.

Capítulo 25



Rafa

Estábamos en la entrada de la notaría, esperando a que aparecieran las chicas, no sabíamos cómo vendrían vestidas, puesto que ninguna de ellas quiso que viéramos su *outfit*, decían que era como el vestido de la novia, alto secreto. Y allí aparecieron las cuatro, a cuál más bonita, mi madre irradiaba felicidad y Lucía, me pareció el ser más perfecto que mis ojos podían ver.

El acto en sí fue más un mero trámite que una ceremonia, en total intimidad, ya que la boda solo contaba con diez personas más los novios, porque mis padres decidieron que no necesitaban a nadie más, que estaban los que tenían que estar. La celebración se llevó a cabo en un local que se dedicaba a la organización de eventos, y que estaba situado cerquita de la plaza de España, con lo que nos fuimos hasta allí dando un paseo, yo de la mano de Lucía, pues no quería separarme de ella ni un segundo más de lo necesario.

El menú del almuerzo constaba de varios platos, comenzamos con una espectacular mariscada compuesta por gambas blancas, langostinos y cigalas, todo fresco y sabroso. Después, nos sirvieron un delicioso paté de cabracho acompañado de unas pequeñas tostas perfectas para untar. Como primer plato, disfrutamos de un salmorejo decorado con virutas de jamón ibérico, y también había unas tostas de queso de cabra con cebolla caramelizada que estaban de rechupete. Para el plato principal, nos sorprendieron con una dorada a la sal que estaba tan buena que no pudimos resistirnos a repetir. Y, por supuesto, todo ello regado con el mejor vino, ya que mi padre siempre dice que no hay que escatimar en lo mejor para la familia.

La tarta corrió cargo de una de las más prestigiosas pastelerías de todo Cádiz, y estaba hecha de bizcocho de chocolate blanco relleno de mermelada de fresa. Para decorarla, Marina, quien se encargó de comprarla, pidió que pusieran colocaran una figura de una novia agarrando al novio de la corbata, evitando que escapara, ya que decía que mi padre se había resistido.

El dueño del local, que estaba allí para supervisar que todo saliera perfecto, y que se llamaba Kiko, no paró de hacer bromas en toda la tarde, diciéndole a mi madre que tuviera cuidado, no fuera a ser que me diera un hermanito y al año siguiente celebráramos un bautizo.

Llegó la hora del baile y las copas, pero antes dijimos de darles los regalos a los novios, esos que no se esperaban nada y que se llevaron una sorpresa, pues entre todos les habíamos comprado un bono para un fin de semana en un *spa* de lujo que había en la sierra de Cádiz con todo incluido, desde el alojamiento hasta la pensión completa, así como el servicio de masajes. Aparte de eso, las chicas y a modo de burla, le regalaron a mi madre un salto de cama de lo más sugerente.

—Toma *suegri*, aunque el regalo es para ti, seguro que lo disfrutareis los dos —bromeó Lucía

al darle el paquete.

—¿Esto qué es? Ay, Dios mío que ya me imagino lo que puede ser y me muero de la vergüenza, y, encima, delante de mi hijo —respondió ella toda azorada.

—Mamá, por mí no te preocupes, que yo no miro —contesté entre risas.

Y es que, por mucho que ya fuera adulto, no quería saber determinados aspectos de la vida de mis padres, demasiada información que luego no podría apartar de mi mente y de mis retinas, no, me niego.

Mi intención era que esa noche Lucía la pasara conmigo, y a ser posible en mi casa, ya sé que habíamos dicho de ir despacio, pero es que el impulso era muy grande, no podía apartar de mi mente la única ocasión que pasé con ella. Me la llevé detrás de una columna y la besé, a continuación, se lo dije y, aunque al principio estaba un poquito reticente a venirse conmigo, al final cedió, estaba deseando que acabara todo.

—Papá, espera un momento —le dijo a su padre cuando ya nos marchábamos—. Toma las llaves, que hoy me voy a pasar la noche a casa de Rafa. Como no os vais hasta por la tarde, iremos a comer con vosotros para despedirnos.

—Perfecto cariño, pasadlo bien y tener cuidadito, que todavía me gustaría esperar un poco más antes de ser abuelo —bromeó su padre.

Madre mía, qué largo se me estaba haciendo el camino, no veía el momento de entrar por la puerta de mi casa y arrancarle ese vestido, aunque me parece que se lo tendría que quitar con cuidado, ya que lo necesitaba para volver a su casa a la mañana siguiente.

Tal como cruzamos la puerta de mi casa, la arrinconé contra la pared, besándola con toda la intensidad de la que fui capaz, y a la que ella me respondió de la misma manera. Deslicé mi mano por el bajo del vestido, acariciándole la parte interna de los muslos, sintiendo cómo ella se estremecía ante mi contacto, aun siendo por encima de las medias. Le subí el vestido para sacárselo por la cabeza, a la misma vez que ella se había deshecho de mi chaqueta y estaba desabrochando mi camisa. El tacto de sus dedos en mi pecho me supo cómo la más deliciosa de las caricias. Si con el traje puesto estaba para comérsela, tenerla en ropa interior era el culmen del placer, llevaba un conjunto que consistía en un sujetador de encaje con la braguita a juego, casi transparentes ambas cosas y con unas tiras que cruzaban por su barriguita a modo de adorno.

La cogí en brazos, y ella enroscó sus piernas en mi cintura, mientras nos besábamos cada vez con más intensidad. Era una tortura tenerla así y no entrar a matar, pero no teníamos prisa, la noche era muy larga. Me la llevé a mi dormitorio, y la recosté en mi cama muy delicadamente, mientras bajaba la cremallera de mi pantalón y lo dejaba caer al suelo junto con mi bóxer. Me dispuse a degustarla muy lentamente, a la vez que me deshacía de sus medias y sus braguitas, el sujetador había volado a mitad del pasillo, mientras ella se agarraba con fuerza a las sábanas.

Cuando ya la tenía desnuda, y después de llevarla al orgasmo con mis manos y mi lengua, entré en ella de una sola estocada, era la primera vez que no usaba preservativo en mi vida, y lo

hice porque ella me instó a que siguiera y no parara, ya que tomaba la píldora, no porque quisiera aumentar la familia, que sí que entraba en mis planes ser padre, pero no en ese momento, ahora nos tocaba disfrutar el uno del otro.

Estuvimos toda la noche enredados, perdidos en nuestra propia burbuja, y el último orgasmo nos llegó mientras contemplábamos el amanecer desde mi ventana, esa que se encontraba con la persiana levantada. Programamos una alarma para despertarnos a la una y media, así tendríamos tiempo suficiente para llegar a almorzar con mis suegros. Estaba convencido de que, si no aparecíamos, no se enfadarían, pero Lucía los quería despedir como se merecían.

Cuando finalmente llegamos, mis padres, junto con Marina y Javi, también se habían apuntado a almorzar con nosotros. Habían encargado una deliciosa paella de marisco en el chiringuito de La Caleta antes de salir, así que allí nos dirigimos todos juntos a disfrutar de la tarde. Era un plan perfecto antes de que mis suegros pusieran rumbo hacia Santoña.

Noté a mi padre inquieto, y me acerqué a interesarme por el motivo que lo tenía en ese estado, ya que me resultaba raro verlo así.

—Papá, ¿te ocurre algo? —Me acerqué preocupado.

—Pues la verdad es que sí, hijo. Llevo toda la mañana dándole vueltas a un asunto, algo que me gustaría hacer, pero no sé cómo os lo vais a tomar tu madre y tú.

—Cuéntamelo, y así te puedo dar mi opinión.

—Me gustaría que, ahora que somos una familia de verdad, vayamos a casa de mis padres, a la finca de Setenil, para que vean que el destino de cada uno está escrito y, como dice la leyenda, las personas estamos conectadas por un hilo rojo, el cual no se puede romper, por mucho que alguien lo intente.

—Pues por mí, perfecto, no tengo ningún inconveniente en ir con vosotros, y así le pongo cara a esas dos personas que tan mal corazón tienen. Además, de paso, podemos dar una vueltecita por el pueblo, para taparles la boca a todo aquel que habló mal de mi madre cuando se quedó embarazada.

Acabamos de comer y nos despedimos de mis suegros, a los que les quedaban un buen puñado de horas metidos dentro del coche. Les pedimos que nos avisaran cuando llegaran, sin importar lo tarde que fuera, y luego nos dirigimos a contarle a mi madre y a Lucía lo que habíamos pensado sobre ir al pueblo de mis padres para poner a esa gente en su sitio.

A mi madre, al principio, no le agradó la idea, pero al final entendió que era necesario hacerlo, por la salud mental tanto de mi padre como de ella, y accedió a que fuésemos al día siguiente, que también era festivo.

Capítulo 26



Lucía

Había pasado la boda, y ahora tocaba despedir a mis padres, con una sensación agridulce me había levantado ese día, ya que, por una parte, tenía todo lo que había deseado, a Rafa a mi lado y el trabajo que me gustaba en una tierra maravillosa, pero por otro, tenía a mi familia muy lejos y los echaba de menos.

La noche que habíamos pasado juntos fue una locura y, aunque fui yo la que dijo de ir despacio, eso se quedó en palabras, las mismas que se llevó el viento, porque desde el momento en el que tuve las manos de Rafa por todo mi cuerpo, decidí que no quería renunciar a ello, que bastante tiempo habíamos perdido por tonterías.

Despedí a mis padres entre besos, abrazos y lágrimas, esas que me limpiaba mi padre con su pulgar, prometiéndome que nos veríamos muy pronto y, si todo salía bien, para no separarnos más. Sus palabras me dejaron un poco descolocada, pues no entendía a qué se estaba refiriendo, y así se lo hice saber.

—No sé a qué te refieres con esas palabras, papá —me expresé esperando una respuesta.

—Pues a que tu padre ha solicitado el traslado a un instituto de aquí en el que se queda una vacante libre para el próximo curso, y al que le han dicho que tiene muchas posibilidades, ya que su única familia se encuentra aquí —dijo mi madre con una sonrisa.

—¿Es en serio? Pero entonces, ¿qué va a pasar con tu trabajo, mamá?

—No te preocupes, carió, con mi trabajo no va a pasar nada, porque me voy a prejubilizar este año en agosto. Así que me vengo al sur con mi maridito, mi hija y su familia para disfrutar del solecito que tan caro se vende por el norte. —Reía mi madre.

—Eso consuegra, y que los chicos nos den nietos pronto, y así podemos cuidar de ellos, ahora que todavía somos jóvenes —comentó mi suegra.

Entre risas y lágrimas, se subieron al coche con destino a Santoña. Ojalá que todo lo que me habían contado se convirtiera en realidad, porque así podría ver cumplido mi sueño por completo.

Rafa y su padre nos comentaron de ir a Setenil, para ver a la familia de este, y después de mucho divagar y discutir, decidieron ir al día siguiente, que también era festivo.

Mi suegro nos recogió debajo de mi casa a las nueve de la mañana, ya que quería llegar a una hora que no fuera muy tarde, para que no pudieran decirle que no recibían debido a la hora que

era, esa familia tenía que ser muy peculiar. Otra vez habíamos pasado la noche juntos, pero en esta ocasión en mi casa, donde Rafa había llevado una mochila con ropa, para emergencias decía, y me comentó de llevar otra a la suya, y así no tendría que salir con la ropa del día anterior, aunque en ese caso yo llevaba ventaja, puesto que Chari y yo teníamos la misma talla, y todavía quedaba algo de ropa en su antigua casa, esa que decía que había dejado para un imprevisto.

Después de casi dos horas, estábamos entrando por la verja de la finca, que más que eso era un cortijo en toda regla, una fila de árboles te recibía a ambos lados del camino asfaltado que llevaba hasta el edificio en el que se encontraba la vivienda, ya que alrededor de la misma, había otros edificios destinados a la ganadería y a las caballerizas, se notaba que a esa familia el dinero le tenía que salir por las orejas.

Nos bajamos del coche y Rafa cogió mi mano, estaba temblando y noté que necesitaba todo mi apoyo, al igual que su madre, a la que la cara se le había quedado blanca como la pared. Una mujer del servicio nos cortó el paso, en tanto en cuanto no había reconocido a Rafael, hasta que se fijó bien.

—¿Señorito Rafael? ¿Es usted? ¿Con Chari? —preguntó la mujer, que debía estar rondando los sesenta años.

—Sí, Manuela, somo nosotros, y este es nuestro hijo Rafa con su novia —contestó mi suegro con mucha amabilidad. Se notaba que le tenía cariño a esa mujer.

—Manuela, dame un abrazo —pidió mi suegra.

Se abrazaron los tres, y Manuela se acercó también a nosotros para darnos un beso y otro abrazo. Mientras tanto, mi suegro le preguntó por sus padres, que, resultó que estaban en el patio desayunando al solcito, como bien nos explicó Manuela. Esa que no se podía creer que mi suegra estuviera ahí, ya que sus señores se habían encargado de contar a todos la misma historia que le contaron a su hijo.

No pasamos ni diez minutos allí, solo el tiempo necesario para que vieran con sus propios ojos, la familia que habían formado y que se enteraran de que, por mucho que habían intentado separarlos, no lo consiguieron. Mi padre se despidió de ellos diciéndoles que para él ya estaban muertos, pues le habían hecho perder veinticinco años de felicidad por culpa del qué dirán, y ellos le contestaron que lo iban a desheredar, algo que a él le importaba un comino.

Salimos de allí con una satisfacción enorme, por el simple hecho de ver sus caras cuando vieron a su hijo con su mujer, que era la persona que menos habían pensado, y a su nieto, que era igual que su padre y su abuelo, era como ver a la misma persona en tres etapas distintas de su vida, por lo que me quedaba claro que mi chico a la vejez iba a estar de muy buen ver, porque tanto uno como otro, no aparentaban la edad que tenían.

Regresamos a Cádiz, con los deberes más que hechos, pero antes hicimos una parada para comer en una venta que tenía mucha fama. Allí degustamos los platos típicos de la sierra gaditana, comprando además para llevarnos y poder degustarlas en casa, varias tarrinas de «manteca colorá» como se llamaba esa delicia, que tenía chicharrones en su interior, y que

estaría de muerte untada en unas tostadas de pan de campo, que también habíamos comprado.

A partir de ese día, rara era la noche en la que Rafa y yo dormíamos separados, ya fuese en su casa o en la mía, siempre evitando separarnos. Su amigo, Javi, nos apodó «los agapornis» porque éramos inseparables, aunque no lo era él menos de Marina, la que también pasaba cada vez menos tiempo en casa.

Pasaron los días, y llegaron las navidades. Esa mañana habíamos tenido la función en el colegio, así como la entrega de notas, que en la etapa de infantil era más simbólica que otra cosa, ya que los niños eran demasiado pequeños para que eso tuviera un gran significado. Sin embargo, en las notas dejábamos reflejado, sobre todo, su comportamiento, ese en el que se debían marcar límites ya que, como decía mi abuela, el arbolito desde chiquitito, iba a determinar la persona que sería de adulto.

A media tarde, llamaron al timbre de casa, y cuál fue mi sorpresa al ver a mis padres en la puerta. No tenía ni idea de que iban a venir a pasar las fiestas, incluso había sugerido ir a su casa a pasar allí desde el día treinta hasta Reyes, pero mi querido novio, había organizado todo a mis espaldas.

Resultó que no venían solo a pasar las fiestas, sino a quedarse definitivamente, puesto que la plaza a la que optaba mi padre se había quedado vacante antes de tiempo y mi madre, al saberlo, solicitó que le adelantaran la prejubilación aun perdiendo dinero como le había sucedido, pero decía que un puñado de euros no le iba a impedir estar con su familia.

—Suegro, he pensado una cosa, a ver si os parece bien. —Se dirigió Rafa a mis padres.

—A ver, cuéntame qué es eso que has pensado.

—Pues, que vosotros necesitáis un sitio donde vivir, y yo me muero por convivir con Lucía, ¿por qué no os quedáis en mi casa y yo me vengo aquí definitivamente?

Mi boca se abrió de tal manera, que parecía que me iba a pasar como a los dibujos animados, que llegaría al suelo y se me saldrían los ojos de las órbitas.

—Me parece bien, siempre que nos la vendas. Verás, nosotros hemos vendido nuestra casa allí, y a muy buen precio, todo hay que decirlo, con la idea de comprar algo aquí, ya que el traslado es definitivo y a mi mujer le encanta esta tierra.

—Claro —dijo Rafael, mi suegro—, y con ese dinero podéis comprar este piso, seguro que, si yo hablo con los propietarios, a los cuales conozco porque son clientes míos, os harán muy buen precio.

Llamé a Marina para que viniera y pudiéramos decidir juntas qué hacer, tanto con este piso como con el que teníamos en Santoña. Al final, decidimos vender el del norte, quedándonos la mitad cada una, aunque ella no estaba muy de acuerdo porque decía que fueron mis padres quienes lo pagaron. Pero no la iba a dejar sin su parte. Ella se mudaría a vivir con Javi, y mis padres comprarían el piso de Rafa para que nosotros pudiéramos comprar el nuestro y vivir

juntos.

Epílogo



Lucía

Hoy es el día en que a Rafa le imponen una medalla, pues hacía unos días que había salvado la vida de un bebé que se había atragantado con una pieza pequeña que se había desprendido de un juguete. Su madre, presa del pánico, no había sabido cómo reaccionar.

Huelga decir que mi marido, sí, porque nos habíamos casado, hacía unos años que había conseguido su plaza de policía local, esa que tanto anhelaba. Pero mejor, os lo desgrano todo.

Nos casamos dos años después de irnos a vivir juntos, en una pequeña iglesia que hay en el barrio de la Viña. Estuvimos rodeados de nuestros seres queridos, incluyendo amigos, familia y compañeros de trabajo. Yo llevaba un vestido de corte sirena y escote corazón, que dejó a Rafa con la boca abierta, mientras que él lucía el traje de gala de la policía, al igual que todos sus compañeros del trabajo. Nos reunimos en torno a cincuenta personas, y nos fuimos a celebrarlo a un restaurante muy famoso en un enclave único frente al mar, donde comimos, bebimos y bailamos hasta altas horas de la madrugada.

Tenemos un niño de tres añitos llamado Julen, y que es el vivo retrato de su padre, tanto físicamente como en personalidad, y que, con su lengua de trapo, se mete a todo el mundo en el bolsillo. En estos momentos, estoy embarazada de casi nueve meses de una niña que se llamará Sofía, y a la que estoy deseando ver su carita, pues este embarazo me ha resultado demasiado pesado.

Por otro lado, mis suegros, Chari y Rafael, siguen tan felices como al principio. Tal y como vaticiné mi madre, nos trajeron un regalito en forma de embarazo del fin de semana que estuvieron en el *spa*. Así que sí, tengo una cuñadita de siete años que es la coquetería personificada, con el pelo negro como su hermano y los ojos verdes como su madre, y que tiene locos a todos los hombres de la familia.

Mis padres siguen viviendo en la casa que le compraron a Rafa. Él ya se ha jubilado y los dos disfrutan viajando, así como de la compañía de todos sus nietos cuando están en Cádiz.

Marina y Javi todavía no se han casado, dicen que a ellos no les hace falta pasar por ese trámite para ser un matrimonio, que son más felices viviendo en pecado, desde el mismo día en que Rafa y yo también decidimos vivir juntos. Tienen dos mellizos varones de cinco años, que, por una gracia de su madre, se llaman Pedro y Pablo. En estos momentos, está como yo, embarazada de nuevo, y esta vez de una niña, a la que mi marido dice que van a llamar Betty o Vilma, para tener todos los Picapiedra en la familia.

Rocío sigue tan loca y enamoradiza como siempre, rompió con su novio, y ahora está

empezando algo con el nuevo director del colegio, esperemos que este sea el definitivo, aunque ella siempre dice que mientras encuentra a su príncipe azul, no le importa pasarlo bien con las ranas.

Veo que mi niña que se acerca corriendo con un tarro de purpurina que le ha dado su tía, para que se la ponga en los pómulos, ya que son las dos igual de presumidas. Justo en el momento en que su padre se acerca y la coge en brazos, me da una contracción. Por el dolor que he sentido, no me he dado cuenta de que tenía el tarro en la mano y lo he soltado, se ha roto junto a nuestros zapatos, salpicándonos de lleno. Mi amiga, que nos ha visto, llega riendo y diciendo:

—Amiga, lo vuestro siempre va a ser un amor salpicado de purpurina.

Os dejo, que mi niña tiene ganas de salir, espero que sea una horita corta.

FIN